
Enemigas en Navidad
EVA GONZAY & JULIA C. BROWN

ENEMIGAS EN NAVIDAD

EVA GONZAY & JULIA C. BROWN

Copyright © 2026 Eva Gonzay & Julia C. Brown
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
X: @EvaGonzay
TikTok: eva.gonzay
X: @JuliaC_Brown
Instagram: @juliacbrown_writer
TikTok: juliacbrown_writer
Safe creative: 21.11.2026

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Capítulo 1

Amber Carver está sentada en el sofá, con las gafas de ver de cerca sobre la nariz, las piernas estiradas con los pies sobre la mesa y el portátil sobre el regazo mientras hace una videollamada con sus hijos gemelos, Noah y Chloe, que estudian su segundo año de carrera en Londres. Sus ojos de madre se fijan en todo, en la sudadera color mostaza con una mancha en el hombro de su hija y la camisa con el cuello arrugado de su hijo, pero se traga las ganas de decirles que se cambien, o que aprendan a planchar, y los sigue mirando con una sonrisa que no puede borrar de su expresión.

—Max nos dijo que su padre tiene un contacto en Múnich que trabaja con empresas de tecnología verde y nosotros le dijimos que tenemos una idea, yo tengo los contactos…

Amber intenta seguir el hilo de la conversación, pero cuando Noah empieza a hablarle de tecnología y términos que ella no comprende, le cuesta mucho entenderlos, aunque asiente constantemente para que al menos vean que les presta atención.

—Tú no tienes contactos —lo corta Chloe—, tienes conocidos a los que les has hecho los trabajos y ahora te deben favores, es diferente.

—Favores y contactos vienen a ser lo mismo —rebate él ante la mirada estupefacta de su madre, que prefiere no preguntar.

—¿Y en qué consiste esa idea? —interviene Amber tratando de poner paz.

Noah se coloca frente a la cámara con el entusiasmo que siempre muestra cuando le preguntan por sus ideas, el mismo que ponía cuando era pequeño y hacía un proyecto para ciencias que solía consolidarlo como ganador de varios concursos.

—Es una plataforma de gestión de residuos para pequeñas empresas europeas. Sé que suena aburrido, pero es que aquí, con todas las regulaciones que hay…

—No suena aburrido —miente su madre, y ve como Chloe contiene una risita.

—Claro que lo hace, mamá —interviene ella empujando a su hermano hasta que casi lo saca del encuadre—, pero el mercado es enorme y Max conoce a mucha gente en el sector.

Amber se acomoda en el sofá y deja que le hablen de detalles, de cifras y de plazos, y entonces se da cuenta de que sus hijos se sienten muy cómodos donde están; los ojos les brillan y no paran de reírse, felices, y eso le comprime el estómago cuando empieza a comprender que ellos no están hablando como alguien que pasará cuatro años en el extranjero y después volverá a casa con un montón de experiencias nuevas a sus espaldas; sus hijos, los dos —y eso es peor todavía—, hablan de planes de futuro, de un futuro en Europa, y eso implica que se queden allí.

—Mamá, ¿sigues ahí? —pregunta Noah, y Amber parpadea al darse cuenta de que se había quedado con la mirada clavada en el mueble que tiene en el salón.

—Sí, perdona, se me ha ido la conexión un momento —vuelve a mentir.

—Lo que te decía —sigue Chloe—, que esto es genial, no paramos de conocer gente y tenemos muchos planes.

El corazón de Amber se detiene por un instante.

—Me alegro mucho, de verdad —dice, sintiendo que se le cierra la garganta.

—¿Has hablado con papá? —pregunta Noah, cambiando de tema.

—Sí, hablé con él la semana pasada, está bien.

—¿Y el hospital? ¿Sabes ya si hay alguna vacante? —pregunta su hija.

Amber niega con la cabeza.

—No, todavía sigo esperando.

—Estoy segura de que te llamarán, eres la mejor médica del mundo.

—Soy la única que conoces —apunta su madre—, eso es diferente.

—Aun así, te has esforzado mucho para reciclarte.

A Amber le chirrían los dientes al escucharla. «Reciclarse». La palabra le parece, cuando menos, espeluznante y la pone de mal humor aunque sea verdad. Amber apenas había comenzado su carrera como médica cuando se quedó embarazada de los gemelos y, aunque lo intentaron durante cuatro años, criar a los niños y trabajar la tenía exhausta hasta el punto de que algunos días se sentía mareada. Fue entonces cuando ella y el que todavía era su marido,

Douglas, decidieron de mutuo acuerdo que lo mejor era que Amber dejara de trabajar y se dedicara a ellos. No se arrepiente de ello y jamás lo hará. Tuvo la suerte de ver crecer a sus hijos y de pasar todo el tiempo posible con ellos, pero cuando el año pasado se marcharon a Londres para instalarse y vivir allí el verano antes de comenzar el primer curso, ellos se dieron cuenta de que ya no tenían nada en común. Amber había pasado los últimos años de un matrimonio apagado refugiada en la idea de tener tiempo para arreglarlo cuando los niños se fueran, de que todo mejoraría, pero cuando llegó ese momento, todo fue a peor: se habían convertido en dos extraños, incapaces de sacar un tema de conversación, que se saludaban por la mañana y se daban las buenas noches al acostarse. Aun así, ella no había perdido la esperanza del todo hasta que una mañana de domingo cualquiera de hace apenas un año, Douglas se sentó frente a ella mientras comían y le hizo una pregunta que la dejó pensando demasiado tiempo.

—¿Eres feliz? —dijo él, y Amber dejó la cuchara en el plato mientras lo miraba.

—Supongo que sí —respondió al fin, y él sonrió y negó con la cabeza.

—Yo creo que no, y yo tampoco lo soy —dijo con una tranquilidad que estaba exasperando a Amber—. Esto no funciona y los dos lo sabemos. Te sigo queriendo, pero de otra manera, y creo que lo mejor para ambos es que lo dejemos aquí, sin dramas. Yo se lo explicaré a los chicos si quieres.

Amber no fue capaz de decir nada porque, aunque sabía que Douglas tenía razón, no lo había visto venir y la noticia le cayó encima como un jarro de agua fría.

—Te queremos, mamá, te llamamos la semana que viene —dice Chloe, y ella regresa al presente para ver a sus hijos despidiéndose con la mano.

—Y yo a vosotros —dice, lanzando besos al aire como una trastornada hasta que sus caras desaparecen de la pantalla.

Cierra el portátil, lo deja a un lado y se queda unos segundos sentada hasta que el silencio comienza a asfixiarla y se levanta. La casa siempre está así desde que Douglas se fue y, aunque antes tampoco es que hiciera mucho ruido, Amber no ha logrado acostumbrarse a que de repente su familia esté completamente dividida, con sus hijos al otro lado del mundo, su exmarido a ochenta

kilómetros y ella sola en una casa enorme cuyas paredes se le caen encima.

Pasó los primeros meses tras el divorcio sin saber qué hacer con su vida, llorando a cada rato porque no soportaba la tristeza y la soledad que sentía; después cambió el llanto por mal humor y con eso se quedó, tan amargada que empezó a desear que la asistente que viene a su casa dos veces por semana llegara para escuchar algo de ruido. Los últimos quince años se había dedicado por completo a sus hijos y a la casa, y ahora solo le quedaba un sitio enorme cuyas paredes hacían eco cuando estornudaba. Pensó que se acostumbraría, que con el paso de los meses estaría bien, pero comenzó a sentirse inútil y al final acabó haciendo un curso de reciclaje tras decidir que quería volver a ejercer su profesión a pesar de que no lo necesitaba, porque en su familia siempre había habido mucho dinero.

Coge las llaves y sale de su casa. Es noviembre en Ashby Hollow, un pueblo de la región de Nueva Inglaterra, y la temperatura es tan baja que Amber nunca sale a la calle sin una bufanda que le proteja el cuello porque es muy propensa a los catarros.

Mete las manos en el abrigo y camina calle abajo en dirección a *Chapter & Bean*, la cafetería-librería de su amiga Vivian. Le gusta vivir aquí: es un pueblo tranquilo, con casas grandes y jardines delanteros. El comercio de su amiga está en la calle principal, entre la ferretería y una de las tres inmobiliarias, con un amplio escaparate que Vivian llena de libros sin ningún criterio comercial; la prueba está en que esta semana hay varias novelas negras mezcladas con la biografía de un tenista y un libro de recetas. Amber siempre le dice que tiene que aprovechar las temporadas, poner libros relacionados con Halloween la última quincena de octubre o navideños en diciembre, pero su amiga solo sigue los consejos de su terapeuta cuando le dice que debe dedicarse más tiempo. Entonces se va de compras y después sale de fiesta como si tuviera veinte años en lugar de los cuarenta y cinco que tienen ambas.

Amber empuja la puerta con las mejillas rojas por el frío y la última bocanada de vaho escapando de su boca. Hay un par de grupos de estudiantes en las mesas, una pareja y dos chicas que están solas, igual que ella.

—No te esperaba hoy, ¿un café? —dice Vivian, señalando la máquina.

—Mejor un chocolate caliente, estoy helada —responde Amber llevándose las manos a la boca.

Vivian prepara dos tazas y, cuando están listas, le hace una seña a Selene, la chica que tiene por las tardes, para que se ocupe de la barra unos minutos que, según el día, se pueden convertir en una hora que pasa hablando con su amiga.

—Creo que Chloe y Noah no van a volver —suelta Amber de inmediato.

Las cejas de Vivian se levantan.

—¿Te refieres a esta Navidad? Creía que ya te habían dicho que se iban con unos amigos a París.

—No, no me refiero a eso, me refiero a volver aquí, conmigo. Creo que cuando acaben la carrera se van a quedar en Londres, o en Berlín, qué sé yo —explica angustiada.

—¿Te lo han dicho ellos? —pregunta Vivian, que es la madrina de ambos.

—No, pero lo intuyo por cómo hablan. Tienen muchos planes y hoy me han contado algo de montar un negocio con un tal Max, no sé. Siento que esa casa va a seguir silenciosa para siempre.

—Deja el drama de una vez, Amber. Sabes de sobra que, aunque vuelvan, harán sus vidas, ¿o es que eres una de esas madres pesadas que los quiere siempre bajo el ala?

—Claro que no, es que…

Amber tuerce el gesto. ¿Será que está menopáusica y por eso todo le afecta más?

—Te prohíbo que te angusties por eso hasta que ellos te lo confirmen. Además, mira el lado bueno: siempre podrás seguir viajando a Europa con la excusa de verlos, y conocerás sitios nuevos, y quizá a algún buen hombre que…

—Cállate, no quiero saber nada de hombres nunca más. Ya tuve bastante con Douglas.

—Está bien, hablemos de algo más interesante —dice Vivian—. Ya han subido las bases del concurso de decoración navideña de este año; la semana que viene abren las inscripciones.

La expresión de Amber se transforma, pasando de su mal humor permanente a tener los ojos brillantes de expectación, porque si hay algo que logra levantarle el ánimo y mantenerla enfocada, es el concurso anual de decoración navideña que ha ganado dieciséis veces en los últimos veinte años al convertir la fachada de su casa en

un espectáculo de luces y adornos que han hecho de su calle la primera que todos visitan cuando llega la época.

—Este año quiero hacer algo diferente con el porche.

—Siempre haces algo diferente, por eso ganas —sonríe Vivian.

—El año pasado estuve a punto de perder.

Vivian junta las cejas mientras piensa.

—Pero si ganaste con once puntos de diferencia…

—Eso es poco, demasiado ajustado.

Su amiga pone los ojos en blanco.

—Ya he encargado algunas cosas por internet, pero quiero ir a la tienda. Podríamos acercarnos el sábado.

—Genial, cerca hay un karaoke, podemos cenar y…

—Yo no voy al karaoke. Si quiero ver a alguien desafinar, solo tengo que centrarme en ti cuando cantas en el coro de la iglesia.

—Necesitas un polvo, en serio —dice su amiga, muy seria.

Amber la mira con gesto hastiado, porque hace mucho tiempo que descubrió que ella sola es capaz de resolver ese asunto de forma satisfactoria, por lo que no necesita incluir a nadie en su vida que después desaparezca como hizo su marido.

Abandona el establecimiento una hora después y, cuando está llegando a su casa, sus ojos se clavan en el camión de mudanzas que hay al otro lado de la acera. Amber ladea la cabeza y trata de averiguar quién ha comprado la casa que los Collins pusieron en venta hace apenas un mes, tras mudarse a California por trabajo, pero solo ve a los chicos del camión y acercarse a curiosear le parece demasiado descarado. Se gira y entra en casa. Mañana le preguntará a Prudence, su vecina de al lado y la anciana más cotilla que ha conocido en su vida; ella seguro que lo sabrá.

Capítulo 2

—Joder, ¿cuántas cosas has comprado? Porque es imposible que todo esto estuviera en ese cuartucho en el que vivías y llamabas piso.

Ruth tiene que esquivar el cojín que su mejor amiga Elena Bishop le lanza desde la otra punta del salón. Siempre ha tenido muy buena puntería y si no le ha dado en la cara es porque está agotada después de una larga guardia en urgencias.

—Lo tenía todo en un trastero —informa Elena y sigue sacando la ropa de cama de una de las cajas—. Lo que no recordaba era el síndrome de Diógenes que empezaba a tener cuando comencé a acumular tantas cosas.

Elena levanta un paño de color naranja que tiene un par de agujeros y lo mira intentando descifrar por qué demonios guardaría algo así. Abre la bolsa que ha puesto a su lado para tirar todo lo que le parece basura y se despide del trozo de tela inservible.

A pesar del cansancio —y del hambre que tiene— no puede evitar sonreír cuando recorre con la mirada su nueva casa. Llevaba tanto tiempo ahorrando para comprarla que se había olvidado de los viajes, las cenas en sitios que no fueran un *diner* de mala muerte y los gastos innecesarios como ropa nueva o calzado. Fue difícil: a sus treinta y cinco años, la enfermera de urgencias Elena Bishop es una mujer enérgica a la que le encanta disfrutar de la vida, vivir nuevas experiencias y conocer el cuerpo —muchos si es posible— de esas mujeres con las que tiene la suerte de ligar, pero pudo arreglárselas todos estos años y, después de vivir en un estudio de diecisiete metros cuadrados que realmente era el antiguo almacén de una tienda de máquinas de coser, consiguió mudarse a la casa de sus sueños.

—¿Esta la subo a tu habitación? —Ruth sostiene una caja con el nombre de «Herramientas» y a su lado el dibujo de una cara feliz que guiña un ojo—. No creo que sean precisamente alicates y martillos.

Ruth termina la frase moviendo las cejas varias veces y Elena suelta una carcajada que le hace doler el estómago.

—Sí, por favor, déjala sobre la cama.

Su amiga y también enfermera se gira para perderse escalera arriba en el mismo momento en que el móvil de Elena suena. Su pantalla le avisa de que son sus padres quienes la están llamando —usan un solo aparato los dos, algo que ella no comprende— y contesta antes de que se le escape ese rato que tiene de hablar con ellos cada semana.

—Hola, cielo. —La cara de Angela, su madre, aparece casi pegada a la cámara—. ¿Qué tal la mudanza?

—Hola, mamá. Bien, ya me han traído todas las cajas y estoy con Ruth organizando todo.

—Qué chica más maravillosa —suelta Angela con gesto soñador—. Ojalá un día os enamoréis porque hacéis una pareja estupenda.

Ruth hace una arcada desde la escalera y Elena se tapa la boca dramatizando. Su madre siente una debilidad absoluta por Ruth y durante un tiempo incluso intentó hacer de celestina, pero ella y su amiga solo son eso, amigas, dos mujeres que comparten una amistad profunda desde que estuvieron en la universidad. Nunca se gustaron, jamás se han dado un beso como suelen hacer algunas lesbianas a modo de saludo y, por supuesto, no se han acostado. Además, Ruth tiene predilección por las pieles oscuras: el 95 % de sus novias o ligues suelen ser afroamericanas de pelo rizado. Elena Bishop es tan blanca como un vampiro albino.

—¿Dónde está papá? —La enfermera hace el primer intento para desviar a su madre de un tema del que quiere huir.

Angela resopla y pone los ojos en blanco.

—Está limpiando un condenado pescado que atrapó esta mañana en el río. —La mujer gira el cuello y levanta la mano para llamar a su marido—. Como me siga alimentando de pescado, me saldrán escamas.

Elena sonríe; echa de menos a su madre y su extraño humor. Hace cinco años, al jubilarse, Angela y Henry Bishop se mudaron a Port Richey, una zona costera al norte de Tampa donde los días son cálidos, la playa es tranquila y hay mucho sitio para que su padre pesque. Angela le insistió a su hija en que se mudara con ellos: Florida está plagada de hospitales y, además, el puerto alberga a mucha gente mayor que con frecuencia necesita asistencia médica; pero Elena adora Nueva Inglaterra y, al menos por ahora, no piensa moverse de ahí.

Un pescado de tamaño mediano aparece en la pantalla y se oyen las quejas de Angela cuando Henry le acerca mucho el bicho. El hombre sonríe encantado, con ese rostro bronceado y los ojos tan azules como los de Elena.

—Mira qué maravilla, hija —saluda su padre moviendo al animal entre sus manos—. Ahora encenderé la barbacoa y cenaremos como se merece.

—Vaya, qué envidia —contesta ella más para complacer a su padre porque Elena no es muy fanática de la comida de mar—. ¿Cómo estás? ¿Cómo va la herida?

Henry levanta el brazo izquierdo e intenta mostrarle el trozo de piel que hace unas semanas estaba hinchado, pero se mueve tanto que la enfermera no puede verlo bien.

—No lo veo, papá. Es que no paras quieto.

—Ya está curado —afirma deteniendo sus movimientos—. Tu madre me ha puesto esa crema que me recetó la doctora y me hizo las curas como tú le dijiste.

La voz de Henry cada vez se escucha menos y Elena se da cuenta de que el hombre se está alejando del aparato. Angela vuelve a aparecer en pantalla y la enfermera se toma unos segundos para observarla bien. Huir del frío de Nueva Inglaterra y recibir una buena dosis diaria de vitamina D han hecho que su madre parezca varios años más joven. Es una mujer coqueta que ni por error muestra sus canas: desde que le salió la primera, empezó a teñirse el pelo. Tiene los ojos de un color gris bonito que nada tienen que ver con las tormentas y los rasgos finos que Elena ha heredado.

—En fin, ¿tienes el día libre? —quiere saber su madre después de soltar otro resoplido.

—Sí, anoche tuve guardia; apenas hemos dormido unas horas, pero mañana tengo el turno de la tarde, así que tendré tiempo de descansar.

Su madre asiente y Elena sabe que se está mordiendo la lengua para no reprocharle —otra vez— que no le haya pedido que la ayudara a instalarse en su nueva casa, pero la enfermera es consciente de las horas que se necesitan para llegar a Ashby Hollow desde Tampa y, con lo mayores que están sus padres, ella no iba a permitir que hicieran tal viaje. Elena les prometió que los esperaría cuando las temperaturas subieran más, con la condición de que se quedaran un par de semanas. Aun así, Angela está ofendida.

—Bueno, no te distraigo más, sé que una mudanza da mucho trabajo —dispara un dardo envenenado—. Hablamos la semana que viene. Te queremos, hija.

—Yo también, mamá. Cuidaros.

Elena cuelga la llamada y la culpa quiere aparecer, pero ella no lo permite. Ha tomado buenas decisiones por el bien de sus padres y no se arrepiente.

—Esta vez no has necesitado mucho para distraerla y que no empezara a decirte que estás muy sola y ya es tiempo de formalizar tu vida —dice Ruth volviendo de la cocina con un vaso de agua en la mano.

—Está enfadada porque cree que no quiero que esté aquí, así que habla conmigo lo justo, pero en cuanto se le pase, volverá con más intensidad —lamenta Elena, que conoce bien a su madre.

Angela Bishop no tuvo ningún problema cuando su hija, con quince años, le dijo que le gustaban las mujeres. Tampoco puso objeción cuando Elena traía chicas a casa; casi ninguna la visitaba dos veces y ella jamás pudo retener tantos nombres, pero desde hace algunos años —sobre todo desde que se marcharon a Florida— ha insistido en que Elena se deje de líos de una noche y empiece una relación en serio. El problema es que a ella no le cruza por la cabeza estar con una misma mujer tanto tiempo; le gusta salir por ahí de vez en cuando y disfrutar sin ataduras. A su madre —casada con el mismo hombre cuarenta años— le parece terrible y le encantaría que su hija supiera lo que es el amor de verdad.

—¿Indio o chino? —pregunta Elena después de estar media hora sacando platos y ollas de dos cajas—. Si no comemos, nos desmayaremos.

—Chino —se relame Ruth—. Cerdo agridulce y fideos picantes.

Elena entra a la aplicación y localiza la lista de favoritos que hizo cuando se compró la casa. La comida le encanta y, si alguien puede traérsela sin que ella tenga necesidad de pisar la cocina, mejor. El restaurante asiático está en el pueblo de al lado, tiene una excelente valoración y los clientes alaban lo rápido de sus entregas a domicilio. Para Elena es perfecto: tiene todo lo que ella exige.

En unos pocos minutos acaba el pedido de Ruth, al que le ha añadido empanadillas rellenas de carne y arroz frito con cerdo, huevos y verdura.

—Listo, ahora podem…

El timbre las interrumpe y ambas se miran. Elena, desde luego, no espera a nadie y, por muy rápida que sea la entrega del restaurante, es imposible que sean ellos. Camina hasta la puerta y se acerca a la mirilla; las casas del pueblo todas son iguales, con jardín delantero y sin rejas, por lo que el inesperado visitante debe estar justo detrás de la madera.

—¿Quién es? —susurra Ruth la pregunta, oculta en la pared lateral como si estuvieran huyendo de alguien.

—Una mujer mayor —dice Elena, y Ruth ladea una sonrisa: conoce la debilidad de su amiga—. Joder, no, esta debe tener como cien años.

Ruth suelta una carcajada que contiene con la mano mientras Elena niega con el gesto torcido. La enfermera abre la puerta y una señora de aspecto dulce le sonríe sin quitarle los ojos de encima.

—Hola, ¿la puedo ayudar en algo? —pregunta la enfermera, porque la mujer solo la observa —o mejor dicho, la analiza— en silencio.

—Hola, solo he venido a presentarme. —La anciana mueve la cabeza sin temor a ser descubierta, intentando ver hacia dentro—. Soy Prudence, la vecina de la casa de la esquina.

Elena lee de inmediato qué clase de persona es Prudence y, sin duda, va en contra de lo que significa su nombre, porque no tiene ninguna prudencia. Ha dado un paso adelante, se ha puesto de puntillas y curiosea lo que puede desde la puerta. Definitivamente es la chismosa que no falta en ninguna comunidad de vecinos.

—Yo soy Elena Bishop —se presenta la enfermera y entorna la puerta, haciendo que Prudence frunza los labios disgustada.

—Bienvenida a Ashby Hollow, entonces. —Prudence ahora tiene la cabeza ladeada, atenta a las dos cajas de plástico que hay a un lateral —. Somos un pueblo muy tranquilo, Elena. ¿Estás casada? ¿Dónde está tu marido?

Elena levanta las cejas: su vecina ha sacado la artillería pesada demasiado rápido, pero si cree que va a salirse con la suya, está equivocada.

—No, no estoy casada. Mantengo una relación poliamorosa abierta.

—¿Poli… qué? —Elena se regocija en la confusión de su vecina.

—Tengo vínculos románticos con varias mujeres a la vez. — Prudence se lleva la mano al pecho y Elena abre más la puerta,

haciéndole a su mejor amiga una señal para que salga—. Esta es Ruth, mi pareja principal. Las otras tres están en el trabajo ahora mismo porque, por supuesto, tienen que mantenerme. No me gusta trabajar.

Prudence se hace tres veces la señal de la cruz con los ojos muy abiertos mientras niega con la cabeza. Su vecina es la encarnación del demonio que vive en el más profundo pecado. Da varios pasos torpes hacia atrás y se gira sin siquiera despedirse.

—Gracias por pasar, Prudence. —Elena levanta la voz para que la mujer la escuche mientras corre lejos de su casa—. Eres bienvenida cuando quieras.

—Qué cabrona —suelta Ruth mientras observa cómo la vecina cruza la calle con movimientos mecánicos—. Eh, ¿quién es esa?

Desvían la mirada de la anciana y ven a una mujer que calculan que debe de tener unos cuarenta años. Va toda vestida de negro, de manera sencilla, con el cabello oscuro recogido en una cola alta. No pueden distinguirla bien del todo, pero su atractivo es notorio. Se dan cuenta de que la mujer entra en el jardín de la casa que está justo frente a la de Elena, pero tiene que detener sus pasos porque una muy angustiada Prudence la coge del brazo.

—Esta vecina sí que merece la pena —opina Ruth—. Veinte dólares a que no logras una cita con ella en tres días.

—Si la consigo en dos, quiero el doble de la pasta —contesta Elena y ambas sellan la apuesta con un toque de puños.

A pesar de que las dos están de camino a la cuarentena, para estas cosas siguen comportándose de manera infantil. Hacen apuestas estúpidas sobre quién besa a la chica antes, quién consigue su número con facilidad o quién se la lleva a la cama. Lo consideran un juego, aunque las dos son cuidadosas de ser respetuosas: no quieren ser como los típicos estudiantes de fraternidad abusivos; de hecho, se han llevado más de un bofetón por después sincerarse con ellas y decir que todo comenzó con una apuesta.

—La dulce Prudence no ha tardado en contarle a tu vecina las aberraciones de la nueva propietaria. —La mujer de negro las observa a las dos desde el otro lado de la calle, pero no como lo hizo la anciana, sino con una sonrisa ladeada que augura cosas muy buenas.

Capítulo 3

Amber casi no ha dormido a pesar de haberlo intentado, pero la emoción de saber que hoy le llega el pedido que hizo a la tienda de adornos le aceleraba el pulso de tal manera que le era imposible conciliar el sueño. En un día normal, eso la habría hecho estar de mal humor —más que de costumbre—, pero hoy está encantada, sentada en el sofá con las piernas recogidas a un lado mientras espera entretenida con su *tablet*, donde ya ha añadido varios adornos más a la cesta de una nueva tienda que ha encontrado que tiene unos renos luminosos con un sistema hidráulico que los hace moverse como si volaran de verdad.

—Qué maravilla —murmura complacida mientras visualiza el vídeo de muestra del vendedor.

Cuando lo añade a la cesta, le llama la atención una estrella gigante que quedaría genial en el centro de su tejado. Duda sobre si añadirla porque ya ha comprado otro adorno para ese sitio, pero al final la incluye con una sonrisa torcida al recordar que esta es una de las ventajas de estar divorciada, porque ya no tiene que escuchar a su exmarido suplicando que no gaste tanto en adornos.

Una sombra cruza el salón y, cuando Amber levanta la mirada para ver a través de la ventana, descubre que un camión está aparcando en su entrada. Se levanta de un salto, se pone un abrigo y sale disparada intentando recordar cuándo fue la última vez que esperó algo con tantas ganas. Puede que fuera el año pasado cuando los gemelos le dijeron que vendrían a verla en Acción de Gracias.

Es temprano y hace mucho frío, pero Amber apenas lo nota, demasiado eufórica por el momento.

—Buenos días —dice el conductor del camión cuando baja y se dirige a la parte trasera, donde Amber lo espera ansiosa, abrazándose el cuerpo—. ¿Amber Carver? —pregunta el hombre, que es grande como un armario, tiene la cabeza rapada y una barba tan poblada que podría hacerse un peluquín.

—Soy yo —dice con una sonrisa que él le devuelve antes de abrir las puertas.

—Tengo diecisiete bultos para esta dirección, ¿es correcto?

Amber no tiene ni idea: tendrá que revisar el albarán cuando empiece a abrir las cajas, porque compró tantas cosas que algunas deben estar agrupadas.

—Sí —responde expectante.

El hombre le entrega la carpeta para que firme mientras va descargando las cajas.

—¿Dónde las dejo, señora?

—En la entrada del garaje, por favor; yo me ocuparé de meterlas después.

Se hace a un lado mientras observa cómo las apila en su entrada y, cuando por fin termina, le entrega el documento firmado, se guarda su copia en el bolsillo trasero del pantalón y va directamente hacia las cajas. Amber abre la puerta del garaje y después se agacha frente a la primera caja, corta la cinta del precinto con un cúter que acaba de coger y lo primero que aparece es una guirnalda que compró para la baranda del porche; debajo hay una funda para el buzón que lo convierte en una bola de Navidad que tiene carga solar y va cambiando de color. Cierra la caja dispuesta a abrir la siguiente cuando ve algo que se mueve en el límite de su jardín.

—Hola.

Amber levanta la cabeza y descubre a una mujer en el inicio del camino; tiene las manos metidas en los bolsillos de una sudadera azul que a ella le parece demasiado fina para la temperatura que hace, pero lo que de verdad le llama la atención es la sonrisa encantadora con la que la mira. La reconoce de inmediato: es la nueva vecina, la que vio ayer asomada a la puerta de la casa de enfrente justo antes de que Prudence cruzara a toda prisa y la agarrara del brazo para contarle —muy agitada— que la chica que había comprado la casa de los Collins vivía en pecado con cuatro mujeres que la mantenían.

Se incorpora y camina hacia ella mientras se fija en sus rasgos conforme se acerca. Tiene los ojos de un azul clarísimo, la piel muy pálida, que contrasta con el tono sonrosado de sus mejillas y la punta de la nariz, y una expresión de simpatía que hace que Amber se sienta como una gruñona.

—Soy Elena Bishop, tu nueva vecina —se presenta la recién llegada, extendiendo la mano hacia ella.

Amber se la estrecha y se pregunta qué crema debe utilizar para tener la piel tan suave.

—Amber Carver.

Elena le sonríe y le mantiene la mano sujeta durante un segundo más de lo necesario mientras la mira de arriba abajo con un descaro que no se molesta en disimular.

—Quería venir a presentarme ayer, pero la mudanza fue una locura —explica Elena señalando su casa con la barbilla—, y ahora te he visto aquí fuera y me he dicho que era un buen momento para cruzar.

—Bienvenida al barrio —contesta Amber con el tono más amable que probablemente ha utilizado con alguien desconocido en lo que va de año.

—Gracias. —Elena echa un vistazo hacia las cajas—. ¿Decoración de Navidad?

Amber se gira extrañada de que lo sepa, pero entonces ve el lateral de algunas de las cajas estampado con el logo de la tienda y unas campanitas junto a una hoja de muérdago.

—Sí, son algunas cosas nuevas para este año.

—Me encanta la Navidad —suelta Elena con un entusiasmo que hace que a Amber empiece a caerle bien, porque, si le gusta, será una más de las personas que se quedarán embobadas frente a su casa cuando termine de decorarla—. En mi anterior apartamento tenía tan poco espacio que no me cabía ni el árbol, pero aquí podré poner muchas cosas.

—Seguro que sí —dice Amber, preguntándose si debería ofrecerse para ayudarla a adornar el interior de su casa, pero apenas tendrá tiempo con todo el trabajo que tiene en la suya.

—¿Hace mucho que vives aquí? —pregunta Elena, apoyándose en un poste de luz con los brazos cruzados, acomodándose como si tuviera intención de que esta conversación se alargara.

Amber la mira un momento y se da cuenta de que no le molesta hablar con ella, quizá porque esa expresión simpática la hace sentirse cómoda a pesar de que tiene mucho que hacer.

—Veinte años.

Elena silba y sus labios carnosos se arrugan en el centro de su boca como si estuviera dando un beso, y Amber se siente

desconcertada por haber pensado en eso.

—Entonces conocerás muy bien este pueblo. Sitios para cenar o tomar algo… —Ladea la cabeza con expresión coqueta y, aunque Amber ya sabe de qué pie cojea su vecina porque Prudence se lo contó con detalle, se sorprende al sentirse halagada de que una chica tan atractiva como Elena se haya fijado en ella—. ¿Vives sola?

«Qué directa», piensa Amber.

—Sí.

—¿Marido, novio? —sigue sin cortarse.

—Divorciada —responde Amber, que no entiende por qué le está dando toda esa información a una persona a la que conoce desde hace cinco minutos en lugar de contestarle lo que le hubiera dicho a cualquiera: que su vida privada no es asunto suyo.

—Ah —dice Elena, cada vez más interesada—. Yo estoy soltera.

«Estupendo, quiere convertirme en su quinta mujer», piensa Amber, y la idea le resulta tan absurda que se le escapa una sonrisa.

—¿Qué? —pregunta Elena, mirándola a los ojos.

—Nada, es solo que Prudence me contó algunas cosas sobre ti ayer.

Elena abre mucho los ojos cuando recuerda a la anciana curiosa que trató de sonsacarla, y después suelta una carcajada ruidosa que la obliga a echar la cabeza hacia atrás, exponiendo su garganta de un modo que hace que Amber —durante solo una décima de segundo— se imagine mordiéndola como si fuera una vampiresa.

—Espero que no creyeras nada de lo que dijo; le tomé el pelo —confiesa Elena, cruzándose de brazos—. Me pareció demasiado curiosa y le dije que vivía en una relación poliamorosa con cuatro mujeres.

—Que te mantenían —añade Amber.

Elena vuelve a sonreír y Amber se ve contagiada de una forma que la hace sentirse absurda. ¿Qué le pasa con esta chica? Es evidente que es una descarada que o bien está jugando a coquetear con ella para divertirse o de verdad quiere llevársela a la cama y después pasar a la siguiente y, aun intuyendo todo eso, Amber está disfrutando de este rato a su lado.

—Te recomiendo no darle más material a Prudence: con lo que le dijiste, ampliará la historia cada vez que la cuente.

—Y acabará convirtiéndome en una madame que somete a todas las mujeres en su sótano, azotándolas en el trasero y…

Amber da un respingo y Elena se detiene, consciente de que debe frenarse.

—Perdona, seguiré tu consejo. Nada de mentir a Prudence, anotado. En fin, ya que sabemos que las dos estamos solas y sin compromiso…

—No sé a dónde pretendes llegar —la ataja Amber, alzando una mano; pero, en lugar de salirle cortante, el tono le sale divertido, casi coqueto, y las pupilas de Elena se agrandan.

—A ningún sitio todavía. —Elena levanta las manos fingiendo una inocencia que desde luego no tiene, y Amber se queda con la mirada fija en el hoyuelo que se ha dibujado en su comisura izquierda—. Solo estoy siendo amable con mi nueva vecina, que sin duda es mi favorita.

Amber niega con la cabeza.

—Debo ser la primera que conoces, entonces. Se te pasará.

—Lo dudo. —Elena da un paso hacia ella y, justo cuando Amber va a preguntarle qué hace, aparece un segundo camión de reparto con el mismo logo que el anterior, que gira por la esquina y reduce la velocidad conforme se va acercando.

Amber se gira hacia su casa con gesto extrañado y después mira el camión.

—Qué raro —murmura—. Yo diría que ahí está todo lo que pedí.

—Oh, ¡ese es el mío! —Elena da un saltito de alegría que desconcierta a Amber.

—¿El tuyo?

—He comprado un montón de cosas para decorar la casa, sobre todo para la fachada. Me he dejado una fortuna, pero es que la Navidad me encanta y siempre he soñado con tener una casa así para poder adornarla.

El rostro de Amber se ensombrece.

—Esta tarde trabajo, pero mañana mismo pienso empezar a montarlo todo; hasta tengo bocetos de cómo quedará —sigue Elena sin notar que la expresión de su vecina se va endureciendo con cada nueva palabra que sale de su boca—. He visto que en el pueblo hacen un concurso de decoración navideña y me voy a inscribir. ¿Tú lo conoces? ¿Has participado alguna vez?

El estómago de Amber se contrae.

—Lo conozco, sí —responde notando cómo la ira le va invadiendo todo el cuerpo.

¿Cómo se atreve esta recién llegada que ni siquiera forma parte de la comunidad?

—¿Se apunta mucha gente? —insiste Elena con entusiasmo, sin darse cuenta del efecto que sus palabras están provocando en esta mujer que está deseando tener bajo su cuerpo—. Porque tengo muchas ideas y, si me queda como quiero, creo que tengo bastantes posibilidades. He comprado un proyector de copos de nieve para la fachada y unos renos con sensores que…

Elena sigue hablando, pero Amber no la escucha porque, cuando ha oído lo del proyector, ha apretado tanto la mandíbula que está segura de que se ha partido un diente. Ella también lo ha comprado; era una de sus novedades para este año y ahora tendrá que devolverlo y encontrar algo mejor, porque esta chica descarada que tiene el valor de mentir a una anciana adorable como Prudence también lo va a utilizar, y Amber sabe de sobra que la repetición de ciertos elementos en varias casas es algo que penaliza lo suficiente como para que pierda el concurso.

La mira con furia y la sonrisa que hace unos minutos le parecía encantadora ahora le está produciendo acidez en el estómago.

—Me alegro por ti —la corta de forma brusca—. Deberías irte; a los repartidores no les gusta que los hagan esperar. Ya nos iremos viendo.

Amber se da la vuelta y camina hacia su garaje mientras Elena le mira el trasero en lugar de sentirse ofendida por su grosería, sin saber que su comentario acaba de ser una declaración de guerra para su vecina, que la ha convertido en su enemiga principal de esta Navidad.

Capítulo 4

Amber Carver no ha dormido mal, ha dormido fatal. Ha tenido pesadillas de todo tipo, desde que alguien robaba su decoración navideña —segurísima de que se trataba de su nueva vecina encapuchada— pasando por un incendio que se carga su preciosa casa hasta ella misma en la cárcel por enzarzarse en una pelea con una anciana dentro de una tienda de adornos porque ambas habían cogido la última decoración al mismo tiempo. Se ha despertado muy temprano, con el pecho sudado y la respiración agitada. Maldiciendo que Elena Bishop haya comprado la casa de enfrente justo en estas fechas. Ha salido de la cama con enfado —el típico que lleva acompañándola ya demasiado tiempo— y se ha dado una ducha muy caliente para luego prepararse un buen café con leche con un toque de canela. De repente, ha empezado a llorar porque su hija Chloe le había mandado una foto junto a su hermano rodeados de amigos y a ella se le ha hundido el pecho de pena, porque echa tanto de menos a los gemelos que hay días en que piensa que debería mudarse a Londres. Después ha pasado al enfado absoluto porque su exmarido había prometido venir a las nueve de la mañana de ese día para empezar a ayudarla con la decoración, pero un mensaje de texto en su móvil le ha indicado que llegaría a las diez.

Ahora está allí mirándolo, rabiosa, mientras el hombre arma con concentración una de las diez casitas luminosas que irán repartidas por el césped.

—Deja de mirarme así —pide Douglas y frunce el ceño cuando se da cuenta de que algo ha hecho mal porque le sobran cuatro piezas de la primera casita que ha terminado—. Te mandé un mensaje anoche avisándote de que llegaría una hora después, por lo que ni he venido tarde ni he faltado a nuestra cita.

Amber suelta un bufido largo y luego chasquea la lengua. ¿Cuándo se convirtió en una mujer tan amargada? Ella misma se da cuenta de que su carácter se ha ido ennegreciendo cada vez más y que ahora le

molestan el doble las cosas que antes apenas le afectaban, justo como esta de que su exmarido mueva la hora en la que han quedado.

Douglas y Amber se llevan razonablemente bien tras el divorcio —bueno, unos meses después, porque cuando él se marchó, ella estaba muy enfadada—: nunca pasan más de un par de semanas sin verse, se mandan algún mensaje de vez en cuando y a menudo hacen videollamadas con sus hijos para que los gemelos sepan que, aunque papá y mamá ya no están juntos, siempre podrán contar con ellos. Douglas está abierto a ayudar cuando ella lo necesita y, sin que Amber ni siquiera lo mencionara, su exmarido se ofreció para echarle una mano con la decoración navideña. Sabe que Amber se lo toma muy en serio y que jamás sonríe tanto como en estas fechas, así que él viene hasta su antigua casa para trabajar bajo sus órdenes.

—Podré perdonarte si tienes todo esto listo antes del mediodía. —Señala con la mano una docena de objetos decorativos más las jodidas casitas en las que está trabajando—. Además, y aunque no te lo merezcas, haré ese pollo al horno que tanto te gusta.

Douglas sonríe. Debajo de esa figura rabiosa que se hace pasar por su exmujer, sabe que aún está Amber, la chica genial de la que se enamoró, con la que vivió los mejores años de su vida y la que le dio lo que más ama, sus hijos.

—Ese pollo te encanta y estoy bastante seguro de que ya lo tienes hecho. —Douglas aprieta los labios para no reírse porque ha escuchado el murmullo de Amber y con total seguridad, aunque no la haya visto, ha puesto los ojos en blanco—. ¿Tú qué vas a hacer? Porque exiges, pero pierdes el tiempo reprochándome cosas sin sentido.

—He sacado todo de las cajas, lo he ordenado y ahora empezaré a colocar las luces —contesta ella y se acerca a Douglas—. Estás intentando poner parte del suelo en el tejado.

El hombre mira la casita que tiene en las manos, luego la hoja con las instrucciones y se da cuenta de que Amber tiene razón. Suelta un «ahhhh» de que por fin sabe qué ha hecho mal y empieza a desmontar la decoración para esta vez hacerlo bien.

—Por cierto, los gemelos necesitan un coche —deja caer Douglas, conocedor de la animadversión que tiene su exmujer a cualquier cosa que haga anclar más a sus hijos a Inglaterra.

Amber aprieta con fuerza la bolsa de burbuja que acaba de coger al desenvolver a un gran Papá Noel.

—Viven en el centro de Londres. Tienen el metro a su disposición y una cuenta de Uber asociada a nuestra tarjeta para casos puntuales o salidas nocturnas —explica Amber como si se lo estuviese discutiendo a sus propios hijos—. No necesitan un coche.

Douglas deja la decoración en el suelo y se gira hacia ella. La observa durante unos segundos y piensa lo mismo de siempre: Amber Carver es una mujer increíblemente atractiva, pero le duele verla tan apagada, triste y rabiosa.

—Bee, no estás siendo razonable. —Douglas la llama de la misma forma cariñosa de siempre. Amber quiere lanzarle un reno a la cabeza—. Viven en el centro, pero el Reino Unido es inmenso. Nuestros hijos son jóvenes, curiosos y muy activos; les encanta conocer nuevos sitios, hacer rutas, viajes en carretera. Sabes lo responsables que son y yo no quiero privarlos de disfrutar de su vida.

Amber siente que se marchita por dentro. Quizá sea por la edad o porque dedicarle todo su tiempo a los gemelos durante tantos años creó una conexión más fuerte que la que normalmente existe entre una madre y sus hijos, pero tiene la sensación de que los va perdiendo poco a poco. Es plenamente consciente de que está siendo egoísta. Vivian le ha repetido millones de veces que esto es lo que pasa cuando crecen y que ella debe echarse a un lado para que lo hagan.

—Mira, no solo son maravillosos, sino que no recuerdo ni una sola vez que te quejaras porque no te han llamado o porque se niegan a venir o, peor, que te den largas para que no vayas a verlos —le dijo Vivian una noche mientras cenaban en su casa y ella se quejaba como una señora de cien años con problemas en las articulaciones—. ¿Sabes cuán difícil es tener hijos así de buenos? Déjalos que hagan sus vidas, Amber, y tú céntrate en de verdad en vivir la tuya.

Maldita Vivian, siempre teniendo la razón.

—No van a tener nada último modelo o lujoso —responde con la boca pequeña sin mirar a Douglas—. Nosotros, a sus edades, tuvimos ese coche horrible que nos dio tu padre.

Douglas abre los ojos, estupefacto.

—Era un Ford Mustang de 1967 completamente original. Era el coche favorito de mi padre; lo compró en una subasta donde se gastó tanto dinero que mi madre por poco lo echa de casa. Pagó aún más por la restauración y las piezas. —Douglas levanta las manos

mientras Amber tiene un gesto de desconcierto. A ella le parecía una chatarra—. Éramos la envidia de todos nuestros amigos.

Amber se concentra en una caja de luces que compró específicamente para el marco de la puerta principal, para no entrar en una discusión absurda con su exmarido.

—En fin, había pensado en uno pequeño de esos híbridos —sigue el hombre—. Tendríamos que añadir la plaza de aparcamiento a la cuota de la residencia, pero allí tienen punto de carga, así que no habrá problema.

Amber sigue moviendo las manos sobre las luces cuando algo le chirría y se detiene. Entrecierra los ojos, se gira y mira a Douglas, que le rehúye la mirada.

—¿Cómo sabes que en el aparcamiento hay punto de carga?

Douglas se rasca la barba durante unos segundos y Amber confirma que se ha puesto nervioso.

—No sé, en alguna conversación que he tenido con ellos ha salido el tema y eso —responde de forma ambigua.

—Oh, pensaba que era porque ya habíais hablado de la compra del coche, elegido modelo y reservado la plaza de aparcamiento incluso antes de que yo dijera que sí, pero sé que son solo suposiciones; vosotros nunca haríais algo así a mis espaldas.

Douglas baja la mirada. No se siente avergonzado, pero ver el dolor en los ojos de Amber no le gusta. Su exmujer está en un momento vulnerable y él lo entiende: todo le afecta más de lo que debería y por lo visto esto le ha parecido una traición. Decide dar un paso al frente.

—Puedo comprender cómo te sientes, pero, Amber, ¿has pensado por qué los gemelos no hablan estas cosas contigo? Eres una madre estupenda, la mejor, pero estás tan obsesionada con el hecho de que tus hijos han crecido y han decidido una vida lejos de ti que te has convertido en alguien poco accesible según para qué cosas. —Douglas nota cómo el gesto de su exmujer va cambiando—. Te quieren y saben lo mal que lo estás pasando, te lo aseguro.

Amber se lleva las manos a los labios, no tenía ni idea de lo que con su actitud estaba logrando. Los crio para que tuvieran confianza en sus padres y fueran capaces de sentirse seguros como para contarles cualquier cosa, no para que evitaran hablar por miedo a las reacciones que pudieran tener.

—Joder. —Cierra los ojos un momento y de inmediato siente la mano de Douglas en el hombro—. Soy una histérica, ¿verdad?

—Eres una madre que echa de menos a sus hijos —corrige—. Te ha venido todo de golpe, que ellos se fueran, nuestra separación… es solo cuestión de que te adaptes, nada más.

Asiente porque él tiene razón. Lo del divorcio la sorprendió, aunque al poco tiempo comprendió que era lo mejor; lo de sus hijos al otro lado del mundo, eso sí le jodió.

—Gracias, Douglas. De vez en cuando necesito esto para abrir los ojos.

—Para eso estamos los maravillosos exmaridos —bromea él y de inmediato cambia de tema para aflojar la tensión—. Oye, no me habías dicho que la casa de los Collins se había vendido por fin.

La tensión no afloja, se duplica y el pobre Douglas está a punto de saber el motivo.

—No me lo recuerdes —bufa Amber y clava su mirada en la casa de su vecina—. Una chica que ha asustado a Prudence nada más mudarse, que además pretende presentarse al concurso y que me mira como… como si quisiera comerme.

Una perfecta «O» se dibuja en los labios de Douglas.

—¿Has ligado con la vecina? —De los dos, él siempre ha sido el más cotilla, aunque lo niegue.

—¿Es lo único que has escuchado? Además, no me des tanto mérito, esa chica parece que le pone los ojos encima a cualquiera que tenga tetas.

Nada más soltarlo se siente vulgar y también escocida ante su propio comentario. Elena es carismática, muy atractiva y le cayó bien desde el principio; lástima que tenga que considerarla una rival.

—Es mi enemiga —dice con aplomo—. He tenido que devolver un par de decoraciones porque ella también las había comprado y no pienso perder puntos por eso.

Douglas se deja caer en la silla acolchada que tiene al lado, fascinado con lo que le está contando.

—¿Y ya sabes qué va a poner ahí fuera? —Mueve la cabeza señalando el jardín de la vecina.

Amber niega con los labios fruncidos.

—Solo sé que usará el proyector de copos de nieve para la fachada, pero, por lo entusiasta que se mostró ayer, creo que pondrá muchísimas cosas del estilo.

—Vaya, sí que te ha salido una buena competencia. —Douglas se frota las manos, sonriente porque al menos esa enemiga, como Amber la llama, la mantendrá entretenida un tiempo—. ¿Y a qué se dedica? ¿Sabes algo más de ella?

—Si me dejo llevar por lo que le dijo a Prudence, no hace nada más que ser mantenida por sus cuatro mujeres. —Douglas abre mucho los ojos y luego suelta una carcajada—. Pero ella lo desmintió ayer, así que no tengo ni idea de lo que hace.

—Imagino la cara de esa arpía chismosa cuando se lo dijo. —Douglas siempre ha detestado a esa mujer—. Sé que le tienes cierta estima, pero no hace más que contar la vida privada de los vecinos, inventarse cosas y luego ir por ahí dando pena.

Amber no contesta. Douglas ha acertado en cada palabra, pero ella no siente ningún rechazo por la mujer mayor.

—Bueno, sigamos con esto porque con lo lento que avanzamos, no vamos a poder montar nada hoy.

Douglas se pone de pie de un salto y se cuadra en una pose militar antes de seguir armando casitas. Amber sonríe por sus tonterías y coge las luces para empezar a colocarlas. Tiene que hacerlo bien, muy bien, para no permitir que su enemiga le arrebate su preciado primer puesto como la mejor casa decorada de todo el barrio.

Capítulo 5

Amber no sabe las horas que lleva despierta, pero al final se rinde y decide levantarse para no seguir perdiendo el tiempo en la cama. Es de noche todavía cuando mira a través de la ventana, y cuando coge su móvil, resopla al ver que ni siquiera son las seis de la mañana y que tiene un mensaje de Chloe donde hay una foto de ella comiendo pizza y la frase «te echo de menos, mamá», que hace que Amber sienta ganas de llorar y conteste con un millón de emoticonos de besos y corazones que inundan la pantalla.

Se pone las zapatillas, baja a la cocina y enciende la luz de la encimera, que es bastante más suave que la del techo, cuyo resplandor blanco y potente ahora no podría soportar. Se prepara un café con leche, añade un poco de canela y lo remueve durante un rato hasta que se da por satisfecha y se acerca a la ventana del salón para bebérselo.

Fuera está nevando de forma dispersa y las farolas de la calle crean una especie de halo anaranjado bajo la luz que le produce tranquilidad. A Amber siempre le ha gustado esa imagen porque le recuerda a cuando los gemelos eran pequeños y se levantaban y corrían hacia las ventanas para ver si había nevado lo suficiente como para hacer un muñeco de nieve o jugar a lanzarse bolas. Ella tenía que ser la mala y obligarlos a desayunar primero porque su exmarido siempre se mostraba dispuesto a dejarlos salir.

—Son niños, mujer —le decía apaciguador—, deja que salgan y se cansen.

—El desayuno es la comida más importante del día y en esta casa nadie se la salta —respondía ella con un tono autoritario que sus hijos repetían burlones.

Da un sorbo a su café y entonces sus ojos se clavan en la casa de enfrente, sin parpadear, como si necesitara asegurarse de que lo que está viendo es real y no una alucinación o una de las pesadillas que está viviendo desde que hace una semana conoció a su horrible vecina.

La fachada de Elena está a medio montar, igual que la suya, pero lo que ya está colocado le provoca un pinchazo en el estómago que hace que le suba una arcada ácida que le deja un regusto asqueroso en la boca. La barandilla del porche tiene una guirnalda amplia de abeto artificial con luces cálidas que no son las típicas bombillas parpadeantes, sino un filamento continuo que da un brillo dorado que hace que tengas que quedarte mirando. En la puerta hay una corona enorme que tampoco es la clásica verde con un lazo rojo; es una con ramas secas y piñas, lo que parecen bayas de acebo y un par de estrellas de madera, como si la hubiera sacado de una portada de esas revistas de decoración que Amber suele hojear. Ella quería comprar algo parecido para su puerta, pero no encontró el adorno en ninguna puerta, por lo que está claro que Elena conoce alguna página que a ella —que tiene un listado en Excel con todas las tiendas decentes donde comprar— se le ha escapado.

Pero eso no es todo: a un lado del porche hay un cartel de madera apoyado en la pared con unas letras que ella no alcanza a ver desde aquí, aunque lo que más le irrita es lo que hay en el césped, donde entre la poca nieve que se está aposentando, se ven los postes que sin duda sostendrán algo en algún momento.

Es bonito, jodidamente bonito, y eso la enerva porque si le gusta a ella que lleva años ganando el concurso, quiere decir que Elena tiene muy buen gusto para la decoración navideña y que las mismas personas que alaban su casa probablemente alabarán la de su vecina.

Se queda mirando con la mandíbula apretada porque, aunque la decoración de su vecina no está terminada, si sigue a este ritmo, ella va a tener un serio problema este año.

Está a punto de apartarse de la ventana cuando algo más le llama la atención y la deja clavada en el sitio. No es otra decoración; es la puerta de Elena abriéndose y de ella sale una figura que Amber necesita varios segundos para identificar, pero cuando lo hace, los ojos se le desorbitan de la sorpresa. Es Cristal Brown, su asistente, la mujer que viene a su casa un par de veces a la semana desde hace años porque es tan grande que a Amber le cuesta ocuparse de todo. El ardor le vuelve a trepar por la garganta porque no se lo puede creer: Cristal es una mujer discreta y leal que tiene una llave de su casa, y Elena, que lleva en el barrio apenas una semana y ya se ha convertido en su peor pesadilla, parece no conformarse con darle un

dolor de cabeza con el concurso, sino que ahora aspira también a robarle a su asistente.

La ve bajar los escalones del porche de Elena mientras termina de abrocharse el abrigo, y es entonces cuando Amber repara en que no lleva ropa de trabajo ni la bolsa con la que siempre viene porque dentro tiene su delantal y una muda para cambiarse después.

Se le seca la boca y las cejas le salen disparadas hacia arriba, ¿se la está tirando? Claro que sí, no puede ser otra cosa, y menos a estas horas. La rabia la recorre con tanta fuerza que, sin pensar en lo que hace, deja la taza sobre la mesa del salón con tal brusquedad que parte del líquido se derrama sobre el cristal y antes de darse cuenta, ya tiene la puerta abierta y la nieve le está cayendo en la cara.

Amber cruza la calle viendo por el rabillo del ojo a Cristal, que se aleja sin ser consciente de que su jefa la ha visto y ahora está hecha una energúmena. Llega a la puerta de Elena y de cerca, la corona que hay colgada todavía le parece más bonita y no puede evitar rozarla con los dedos con añoranza. ¿Y si se la roba? No, eso sería descarado, sería mejor cogerla, pisotearla y después tirarla al contenedor. Se ríe con maldad ante la sola tentación de hacerlo, pero lo descarta de inmediato porque ella no es una salvaje ni una tramposa, y no necesita este adorno ridículo para ganar el concurso, lo que sí necesita es gritarle a su vecina para que el veneno que tiene dentro salga por algún sitio, porque si se lo queda, acabará poniéndose enferma.

Golpea la puerta con fuerza, con la palma abierta y tanta rabia que le pica la mano cuando da el último de los cuatro golpes. Al momento, como si estuviera pasando por ahí o esperando a que su amante regresara a por más, Elena aparece al otro lado con una camiseta de tirantes y las bragas, el pelo revuelto y esa sonrisa ladeada que Amber recuerda del día que se conocieron, la misma que habrá utilizado para atraer a Cristal bajo sus garras de depredadora, pero que con ella no va a funcionar.

Amber ve la sorpresa en la cara de Elena, que sin duda no la esperaba y, aunque la sonrisa se le borra un momento, cuando repara en que es ella, la vuelve a desplegar con alegría. ¿Es que no tiene vergüenza? Se irrita Amber, cuyos ojos bajan sin su permiso y se quedan clavados en las piernas desnudas de su vecina durante un tiempo que le parece excesivo.

—Amber —dice Elena, ladeando la cabeza, encantada con la presencia de su vecina.

—No solo pretendes robarme el protagonismo en el concurso que llevo ganando desde que tú ibas en pañales —ladra Amber, descontrolada—, sino que ahora también quieres quitarme a mi asistente —escupe sin piedad, consciente de lo estúpido que es lo que dice, pero incapaz de detenerse.

Elena se apoya en el marco de la puerta, se cruza de brazos y la mira con las cejas levantadas. ¿Es que no tiene frío? Por supuesto que no, probablemente todavía le dura el calentón que ha tenido con Cristal. Amber jadea solo de pensarlo, enfurecida, y Elena vuelve a torcer la sonrisa como si se estuviera divirtiendo con la escena.

—¿Qué será lo próximo? —sigue Amber como una adolescente rabiosa—. ¿También vas a quitarme a mis hijos?

Se detiene porque de repente se queda sin aire, no porque no pueda seguir reprochando cosas absurdas, y Elena la observa en silencio durante un par de segundos que a ella se le hacen muy largos.

—No te he robado nada —responde al fin, con una calma que exaspera más a su vecina—. Lo único de lo que soy culpable es de haberle quitado las bragas a Cristal.

La afirmación es como una bomba que hace que Amber se tambalee antes de que su boca se abra para decirle que no solo es descarada y grosera, sino también ordinaria, pero la forma de mirarla de Elena con esos ojos azules tan bonitos la deja completamente muda. Se queda mirándola mientras procesa lo que acaba de escuchar y de pronto, en lugar de rabiosa, se siente ridícula cuando es consciente de lo que ha hecho. Ha cruzado la calle en pijama y zapatillas para acusar a su vecina de robarle la asistenta cuando sabía de sobra lo que había pasado ahí, ¿por qué ha ido entonces? Amber no es capaz de encontrar una explicación razonable a su comportamiento, que sin duda no es el de una mujer respetada de cuarenta y cinco años.

—¿Quieres un café? —pregunta Elena de pronto.

—¿Perdona?

—Un café. Yo ya no me voy a acostar y tú pareces necesitarlo. No sé tú, pero a mí se me están helando las piernas. —Los ojos de Amber bajan otra vez con un descaro que no es propio de ella, como nada de

lo que ha hecho desde que ha salido de su casa—. Y de paso me explicas por qué te molesta tanto que me haya apuntado al concurso.

—A mí no me molesta.

Elena levanta una ceja.

—No me molesta —insiste Amber, haciendo una pausa para buscar una excusa que no encuentra—. Y no necesito café, gracias.

Amber se da la vuelta y cruza la calle con prisas, sintiéndose tan abochornada por su comportamiento que no puede quedarse en casa. Se da una ducha rápida, se viste y media hora después, entra en la cafetería de su amiga Vivian.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —pregunta Vivian sorprendida y preocupada al mismo tiempo—. ¿Ha pasado algo? ¿Los gemelos están bien?

—La que no está bien de la cabeza soy yo —rezonga dejándose caer en un taburete.

A esas horas apenas hay nadie, solo los vecinos más madrugadores que están sentados tranquilamente en sus sitios de siempre, así que Vivian prepara dos cafés con leche y se planta frente a Amber al otro lado de la barra.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué dices eso?

Amber toma un sorbo de café y la observa un momento antes de empezar a relatar todo lo que ha hecho desde que se ha despertado, desde endemoniarse con la nueva decoración de Elena, hasta su ataque de histeria al ver salir a Cristal de su casa y la escena ridícula que ha protagonizado mientras su vecina la miraba con las piernas desnudas y esa desfachatez que sin duda la caracteriza.

Cuando termina de hablar, Vivian se tapa la boca y Amber no sabe si está horrorizada o se aguanta la risa, pero su amiga confirma lo segundo cuando aparta la mano y suelta una carcajada estridente y profunda que le sacude el cuerpo entero mientras la mira con los ojos brillantes.

—Estupendo —farfulla Amber.

—Perdona, nena —dice Vivian sin poder dejar de reír—, pero es que te imagino allí con pijama y los pelos de loca acusando a esa pobre chica y…

—¿Pobre?

—Venga, no seas quisquillosa y reconoce que has exagerado y has montado un drama sin motivo. No es asunto tuyo con quién se acuesta tu asistente. Cristal puede hacer lo que le dé la gana.

—Ya lo sé, y eso no me importa —asegura, aunque su estómago sigue un poco extraño—. Es su descaro: acaba de llegar y no deja de meterse en mi vida.

—Madre mía, ahora tengo muchas ganas de conocer a esa chica. Escúchame bien: está en su derecho de apuntarse al concurso y de follarse a todo el barrio si le apetece. Míralo de esta manera. —Vivian levanta la mano cuando Amber abre la boca—. Que compita contigo le da más emoción. Reconoce que últimamente te aburre porque apenas hay gente que se esmere como tú.

Amber quiere contestarle algo cortante, pero se queda callada porque por mucho que le cueste admitirlo, desde que Elena Bishop se mudó a su calle, Amber siente muchas cosas, pero aburrimiento no es una de ellas.

Capítulo 6

Amber corre feliz por una pradera verde y despejada, se detiene justo en lo alto cuando llega a un árbol frutal que tiene a su alrededor flores de muchos colores. Sonríe contenta porque, a pesar de que se ha movido muy rápido, no está cansada, su cuerpo bulle de energía y levanta la mirada al cielo para que los rayos de sol le calienten el rostro. Lleva un vestido pomposo de color rosa claro que le parece precioso y con las yemas de sus dedos coge la fina tela de la falda larga. La alza unos centímetros y entonces Amber empieza a girar sobre sus pies, da vueltas y vueltas al ritmo de una melodía llena de violines. De repente se para, la ve venir a lomos de su caballo, un corcel grande y fuerte que galopa en su dirección y frena frente a ella. Elena se baja de un salto, con una sonrisa ladeada y una rosa en la mano. Habla, le dice algo, pero Amber no logra entenderlo porque la melodía cada vez suena más fuerte y más fuerte y...

—Mierda. —Amber Carver se lleva una mano al pecho, sobresaltada, y se incorpora sobre su cama algo desorientada—. Me he dormido.

Lo dice en voz alta primero mirando la claridad que entra por la ventana y después buscando su móvil, que no deja de sonar.

—¿Hola? —Carraspea cuando se da cuenta de que su voz ha sonado como si, en efecto, acabara de despertar.

—Doctora Carver, buenos días. —Amber siente un cosquilleo en la boca del estómago que la hace salir de la cama. Hace mucho que nadie la llama doctora—. La llamamos del Mercy Ridge Medical Center, ¿tiene unos minutos?

—Sí, sí, por supuesto. —Pone el móvil en manos libres mientras se coloca la bata. No quiere destemplarse.

—Soy Cindy Kennedy, directora de Recursos Humanos del hospital —se presenta la mujer—. La llamo porque hemos tenido una baja en urgencias que se alargará bastante y quería saber si podemos contar con usted.

Amber se tapa la boca para evitar que un grito de celebración asuste a Cindy. Lleva esperando esto desde no sabe cuándo y llega en el momento perfecto porque siente que cada día se levanta más amargada, sufre porque sus hijos parece que harán vida en otro continente y porque su odiosa vecina incluso se mete en sus sueños. Volver a trabajar bajo una rutina, con horarios establecidos por otros y conocer gente nueva es justo lo que necesita para mantener su agitada mente ocupada.

—Claro, por supuesto. ¿Cuándo me necesitan?

—Me temo que de inmediato. —Cindy guarda silencio y solo el sonido de un tecleado lejano queda entre ellas.

—¿Quiere decir... ya? —Amber está entusiasmada, pero esperaba al menos tener una semana para hacerse a la idea de que después de tantos años volvería a ejercer su profesión.

—Sí, nuestro centro de salud es el único en cuarenta kilómetros —explica la directora con tono calmado—. Solemos atender a los habitantes de los pueblos de alrededor y las urgencias acostumbran a ser animadas. No podemos darnos el lujo de trabajar con poco personal.

Es lo lógico, piensa Amber, porque en su antiguo hospital en la ciudad, trabajar con pocos médicos o enfermeras era tentar a la suerte ya que en una noche podría complicarse todo demasiado.

—De acuerdo, sí, me parece bien.

A Amber no le queda más opción si quiere empezar a trabajar porque sabe lo difícil que es que la llamen de otro hospital dado su largo parón profesional a pesar de haber pasado todas las pruebas que exigen para volver a ejercer después de tanto tiempo sin hacerlo. Además, su primera opción siempre ha sido el Mercy Ridge Medical Center, está cerca de su casa, lo reformaron hace unos años y tiene un gran servicio de urgencias. De lo contrario —si es que la llaman— tendría que conducir como poco dos horas cada día y, después de una guardia larga, es lo que menos le va a apetecer.

—Nos gustaría que viniera esta tarde al hospital, así podremos revisar juntas el contrato, el salario y las normas —explica Cindy como si el discurso se lo supiera de memoria—. ¿A las tres está bien?

—Allí estaré —contesta Amber de inmediato—. Y gracias por llamar, Cindy.

—Es un placer, doctora Carver. Bienvenida al Mercy Ridge Medical Center.

Cuando la llamada acaba, Amber se queda muy quieta durante unos segundos y después suelta un grito estruendoso a la vez que da un salto. Se arrepiente nada más despegan sus pies del suelo, cuando siente el tirón en la espalda baja y en su tobillo.

—Ay, joder —se queja porque, aunque tiene cuarenta y cinco, lleva meses con un ritmo de movimiento más bien bajo y eso la hace sentir como una señora de setenta años.

Después de salir del baño, baja a la cocina para hacerse un café bien cargado. Hacía meses, no, quizá años, que no se despertaba tan tarde. No es que sea mediodía, apenas son las nueve, pero Amber a menudo abre los ojos cuando aún es de noche y ya está en marcha a las seis de la mañana.

Entorna los párpados cuando se lleva el primer trago del líquido oscuro a la boca: su vecina, «la coqueta» y también enemiga acérrima, ha agregado unas cajas de regalos, unas guirnaldas preciosas y unos palos de caramelos de tamaño mediano que, con total seguridad, irán alumbrados. Aprieta los dientes, ¿cómo no se le ocurrió antes a ella? Además, vuelve a confirmar el buen gusto de Elena porque nada se ve recargado, todo parece estar en el sitio adecuado del jardín.

Chasquea la lengua y le da un buen sorbo a su café.

—Mierda —gime. Se acaba de quemar la lengua porque se ha olvidado de lo ardiente que estaba.

Se lleva una mano a la cintura mientras niega con la cabeza, esa maldita chica la está poniendo demasiado nerviosa. Parece que ahora toda su vida gira en torno a Elena, la competición navideña, su asistenta, sus sueños... Amber abre mucho los ojos cuando recuerda lo que estaba ocurriendo antes de que Cindy Kennedy la llamara: ¿Elena subida a un corcel? Tiene que ser una broma y ¿por qué soñaría eso Amber?

Intenta quitarle importancia, ahora mismo tiene que dedicar unas horas a colocar las luces en los dos arbustos y luego prepararse para ir al hospital. Lo que quiere es mantenerse ocupada hasta que llegue el momento de ir a firmar el contrato, está tan inquieta como cuando acabó la carrera y tuvo que atender a su primer paciente sola. Sonríe al recordarlo, se había preparado mucho para ese gran día porque el sueño de toda su vida era ser médica y cuando lo logró, pensó que ya nada sería tan emocionante, pero cuando quedó embarazada supo con toda certeza que su verdadera pasión era convertirse en madre.

No se arrepiente ni un poco de haber colgado la bata para criar a sus gemelos y aunque ese papel seguirá vigente el resto de su vida, siente una ilusión tremenda de volver a una sala de urgencias.

Cuando se pone un par de pantalones cómodos y una chaqueta para salir al terrible frío de Ashby Hollow, su móvil vuelve a sonar, pero esta vez se trata de su exmarido.

—Hola, Douglas —saluda y se sienta sobre la cama con las piernas cruzadas por los tobillos.

—Amber, ¿cómo estás hoy?

Sabe que Douglas lo pregunta por el nivel de mal humor que no ha podido controlar desde hace tiempo. Se preocupa por ella y Amber lo agradece, por eso no lo manda a la mierda cuando él sugiere que debería ir a terapia, buscarse un novio o adoptar un perro.

—Feliz, tengo buenas noticias, me han llamado del hospital.

—Vaya, me alegro muchísimo —dice Douglas de inmediato—. Has encontrado plaza enseguida, ya verás lo bien que te va.

Amber apenas puede escuchar el final de la frase, de repente empieza un ruido de voces que la hace separar el móvil de la oreja.

—Lo siento, estoy entrando a una clase de yoga —explica el hombre antes de que Amber pregunte dónde está—, pero quería avisarte de que la semana que viene les entregan el coche a los gemelos. El concesionario me acaba de mandar un correo.

—Ha sido bastante rápido, ¿no? —pregunta Amber con desconfianza. Está muy segura de que Douglas lo había gestionado todo antes de que ella estuviera de acuerdo.

—Sí, sí, parecen muy eficientes. Tengo que dejarte, Bee, la clase va a comenzar. —La rapidez con que habla confirma sus sospechas—. Enhorabuena por la plaza, doctora Carver.

La línea queda en silencio y Amber sabe que la próxima vez que vea a su marido, lo hará confesar y lo chinchará un poco por esas clases poco convencionales a las que está asistiendo ahora. Su marido es de jugar al ajedrez mientras se fuma un puro; ir a yoga significa que hay una mujer allí que le interesa.

✦ ✦ ✦

Cuando faltan veinte minutos para las tres de la tarde, Amber se baja de su coche y levanta la mirada hacia la fachada del hospital. Le gusta la estructura bien cuidada y la organización del espacio exterior. Se ajusta el abrigo, no es el día más frío, pero sí hace bastante aire y se ha dejado en casa la bufanda.

—Buenas tardes, ¿puede indicarme dónde está el departamento de Recursos Humanos?

Una mujer de mediana edad, mejillas redondas y melena gris la mira por encima de unas finas gafas de lectura. La observa de arriba abajo como adivinando de quién se trata y luego compone una sonrisa amable.

—Buenas tardes, señora… —Ladea la cabeza unos centímetros a la vez que se inclina hacia adelante.

—Soy la doctora Amber Carver y tengo una cita con Cindy Kennedy.

—Ah, es usted la nueva de urgencias, ¿no? —quiere saber la mujer y Amber, si no se equivoca, cree que esta es quien sabe todo lo que ocurre en el hospital—. Yo soy Rose Thompson, la recepcionista del turno de la tarde.

—Así es. —Amber estira los labios—. ¿Me dice a dónde debo ir, Rose?

La mujer da un salto ágil desde su silla y sale del mostrador. Echa un vistazo a la entrada y después vuelve a sonreírle a Amber.

—Claro, pero déjeme que la acompañe porque puede ser algo confuso. —Rose atraviesa las puertas automáticas con Amber a su lado—. Y dígame, doctora Carver, ¿vive usted cerca?

—Diría que sí, en una de las urbanizaciones del norte. —Amber no es de las que dan información concreta de su vida a nadie, aunque sospecha que, con Rose, seguir esa regla será complicado.

—Las casas de esa zona son preciosas —la recepcionista camina despacio como si quisiera ganar tiempo para preguntar más cosas—. ¿Y está casada?

—¿Lo estás tú, Rose?

La mujer se tensa, no se esperaba esa pregunta.

—Sí, desde hace treinta años —contesta moviendo la cabeza—. Tengo tres hijos y ocho nietos. Estoy deseando jubilarme para pasar más tiempo con ellos.

Por suerte, llegan hasta la puerta de Recursos Humanos —que no ha sido para nada complicado conseguir— y Rose da varios toques a

la madera para anunciarse.

—Danielle, la nueva doctora de urgencias está aquí —le dice a una chica de aspecto dulce que parece ser la secretaria—. La señora Kennedy la está esperando.

—Claro, por favor, pase, doctora. Cindy enseguida estará con usted.

Amber entra a la pequeña oficina y se sienta en una de las sillas que Danielle le señala.

—Bienvenida, doctora. Si necesita algo, ya sabe dónde puede encontrarme. —Rose señala con el pulgar el pasillo por donde acaban de caminar.

—Gracias, Rose. Ya nos veremos por aquí.

La recepcionista cierra la puerta tras marcharse y Danielle observa a Amber con una mueca en la cara.

—¿Cuántas preguntas le ha hecho Rose en los dos minutos que han tardado en llegar aquí?

—Solo le he dado tiempo a dos, pero he contestado una.

—Muy inteligente, doctora. —Sonríe Danielle mientras mueve la cabeza—. Rose es la mayor fuente de información de este hospital, no es mala mujer, pero le gusta mucho saber de todo un poco.

La puerta interior se abre y por ella sale una mujer baja con la melena rubia y corta bien peinada. Lleva un traje de color rosa palo que no le queda muy bien; Amber piensa que parece un algodón de azúcar.

—Buenas tardes, doctora Carver. —Cindy extiende su mano y ambas la estrechan—. Pase, por favor.

Amber se pone de pie, pero antes de seguir a la directora de Recursos Humanos se gira hacia Danielle.

—Gracias por la información, iré con cuidado con Rose.

La respuesta de la chica es un asentimiento de cabeza y Amber curva los labios. No ha comenzado a trabajar, pero ya siente ese burbujeo en el pecho, el del buen rollo con los compañeros, el del trajín de un día complicado y eso la hace pensar que su vida está irremediablemente a punto de cambiar.

Capítulo 7

Amber está sentada en su coche, con las manos en el volante y la mirada fija en la fachada del Mercy Ridge Medical Center. Hoy es su primer día y el edificio le parece mucho más grande que ayer; hay un vaivén constante de gente que entra y que sale y ella tiene un burbujeo en el estómago que la hace suspirar cada pocos segundos. Está muy nerviosa, más de lo que hubiera esperado, y aterrorizada, eso también, porque son demasiados años sin ejercer y el miedo a hacer algo mal, equivocarse o simplemente no saber reaccionar a tiempo en una emergencia le está cerrando la garganta.

—No pienses en eso —se dice a sí misma.

Es una mujer segura, siempre lo ha sido, y debe entrar ahí con la cabeza alta y los nervios aplastados en la parte más profunda de su cuerpo, pero le está costando apartarlos. Se ha despertado muy temprano, eso por no decir que apenas ha dormido porque no ha dejado de imaginarse situaciones, frases con las que dirigirse a sus pacientes, otras con las que presentarse a sus compañeros, y la única que se anteponía a las demás constantemente era la peor.

«Hola, soy Amber y me siento como una momia que se tiene que quitar todas las vendas para encontrar a la doctora que hay debajo».

Se mira en el retrovisor y se espanta de su propia cara de susto. ¿Qué demonios le pasa? Ella es médica, lo era hace quince años y lo sigue siendo ahora. Mira la hora en el salpicadero: todavía le quedan veinte minutos porque obviamente ha venido casi una hora antes, así que coge el teléfono y llama a su amiga Vivian porque necesita escuchar una voz familiar y sus hijos estarán durmiendo o en clase; no lo tiene claro del todo ni le da la mente para ponerse a calcular.

—Buenos días, doctora, ¿ya te has puesto la bata? —pregunta Vivian en tono alegre.

—No sé si puedo hacer esto: estoy tan cagada que creo que el coche huele a mierda.

La línea se queda en silencio.

—¿No has entrado todavía? —El tono de Vivian ha cambiado por completo, y no suena a preocupado; suena a enfado o decepción.

—No, llevo media hora en el coche intentando convencerme de que estoy preparada, pero…

—Amber Carver —la corta Vivian—. Mueve ese puto culo redondo que tienes y sal del maldito coche. Tú no eres una recién graduada en su primer día; ya pasaste por eso, así que esa carta ya no sirve. Eres una mujer hecha y derecha con dos hijos maravillosos gracias a tu sacrificio, y mereces estar ahí tanto como cualquier otro, así que entra de una vez y hazlo con la cabeza alta.

Amber abre la boca para agradecerle las palabras que le han arrancado una sonrisa y levantado el ánimo.

—Y ahora te cuelgo, que me estoy cagando.

La línea se queda en silencio y la doctora parpadea antes de soltar una risotada.

Entra al hospital y, aunque a Rose ya la ha catalogado como cotilla al mismo nivel de su vecina Prudence, Amber se alegra de ver una cara conocida.

—Buenos días, doctora Carver, ¿ha dormido bien? A veces los primeros días…

—Buenos días, Rose, tengo un poco de prisa —la corta con amabilidad y avanza por el pasillo hacia la zona de urgencias.

Cuando pasa la tarjeta que ayer le dio Kennedy por el lector y entra, se detiene junto a la puerta y lo observa todo con atención y el corazón en la garganta. Hay un pasillo central con boxes con cortinas a cada lado, un mostrador de enfermería al fondo y varias pantallas de ordenador. Hay personal yendo de un lado a otro y Amber siente la misma adrenalina que experimentaba hace años.

—¿Es la doctora Carver?

Amber se sobresalta y, cuando gira la cabeza, se encuentra a una mujer de pelo castaño, ojos oscuros y expresión serena.

—Soy la doctora Nelly Cadwell. Lamento no haber estado ayer cuando vino a firmar; era mi día libre.

—No se preocupe —contesta Amber mientras la observa.

La doctora Cadwell es joven; calcula que no puede tener más de treinta y siete años, incluso menos, y a Amber se le encoge el estómago porque ella no había previsto estar a las órdenes de alguien más joven que ella, pero claro, ahora no es la doctora de veintitantos que fue en su día; ahora tiene cuarenta y cinco y definitivamente se

siente como un fósil que debería estar expuesto en un museo y no en la sala de urgencias de un hospital.

—Bienvenida al equipo —dice Cadwell con una cordialidad que a Amber le parece sincera, pero ella tiene la mente en otra parte, en una donde se da cuenta de que esta mujer tiene mucha más experiencia que ella—. Vamos, le presento al personal.

Amber la sigue por el pasillo intentando aparentar serenidad a pesar de que se siente torpe, lenta y fuera de lugar.

«Eres médica», se recuerda cada pocos segundos.

—Brooke, ven un momento. —Cadwell hace una seña a una mujer de piel oscura que está en el mostrador frente a uno de los ordenadores—. Doctora Carver, esta es Brooke Callahan, la jefa de enfermeras.

Amber recibe el segundo mazazo de la mañana porque está segura de que Brooke también está por debajo de los cuarenta.

—Encantada, doctora —dice Brooke con una sonrisa.

—Lo mismo digo —responde ella forzando otra que probablemente le ha torcido la cara y ha hecho que parezca que tiene algún tipo de tic nervioso.

—Brooke conoce esto mejor que nadie —explica Cadwell—. Si tiene cualquier duda, ella es su persona.

Dejan a la jefa de enfermeras y Cadwell le enseña toda la zona mientras le habla del funcionamiento: cómo se hace el triaje con los pacientes, qué boxes son para casos leves y cuáles para los más graves, dónde está la sala de trauma, el acceso a radiología o el laboratorio. Amber asiente y trata de tomar nota mental de todo, aunque está segura de que dentro de un minuto no recordará dónde está nada y tendrá que preguntarlo cuando toque.

Están pasando junto al box tres cuando algo se mueve por la periferia y Amber gira la cabeza como si esta respondiera a la llamada de algo y, cuando ve lo que es, el corazón se le detiene. Elena Bishop —esa vecina que ha llegado para robarle su premio y colarse hasta en sus sueños— está al fondo del pasillo escribiendo en una tableta. Lleva el uniforme de enfermera, el pelo recogido en una coleta alta y unas zapatillas blancas que parecen mucho más cómodas que los zuecos que Amber ha traído.

—Ah, espere —dice Cadwell cuando sigue la dirección de su mirada—, voy a presentarle a una de nuestras veteranas.

Amber quiere decirle que no es necesario, que ya la conoce —por desgracia—, que esa mujer es su peor pesadilla, pero la jefa de urgencias ya está levantando la mano.

—Elena, ¿puedes acercarte un momento?

Elena levanta la mirada y, cuando sus ojos se encuentran con los de Amber, la expresión concentrada le cambia por completo y pasa de la sorpresa a un destello de diversión que se convierte en una sonrisa ladeada. Deja la tableta sobre el mostrador y se acerca a ellas con las manos en los bolsillos y una tranquilidad que enerva a Amber.

—Doctora Carver, ella es Elena Bishop —la presenta la jefa de urgencias sin darse cuenta de la tensión que refleja Amber—. Es la enfermera con más antigüedad, y también la que le he asignado para que esté con usted las primeras semanas.

A Amber se le descuelga la mandíbula.

—Vaya, menuda casualidad —murmura Elena con regocijo.

—¿Os conocéis? —pregunta Cadwell sorprendida.

—Sí, somos vecinas: Amber vive justo enfrente de la casa que he comprado.

—Ah, pues estupendo —dice la mujer—, será más cómodo para la doctora si ya conoce a alguien —añade mirando a Amber, que solo piensa en coger a esta mujer por el cuello y apretar mientras le exige que le asigne otra enfermera.

—Desde luego que sí —responde Elena—, me encargaré de que sus días aquí sean muy llevaderos. —Sus ojos se clavan en Amber y la doctora ve cómo lentamente se le va torciendo la sonrisa y las pupilas se le dilatan.

Amber sabe muy bien cómo la está mirando: lo hace con hambre, como si estuviera imaginando mil cosas que podría hacerle mientras ella está desnuda, y el pensamiento, en lugar de ofenderla, le hace sentir una sacudida de vértigo que la deja sin aliento.

—En fin, tengo cosas que hacer —dice Cadwell—. La dejo en buenas manos, doctora Carver.

La mujer se aleja por el pasillo y Amber siente ganas de salir corriendo tras ella.

—Así que doctora —dice Elena, cruzándose de brazos. Amber solo la mira—. Pues bienvenida. Será un placer estar contigo.

El maldito tono descarado hace que Amber trague saliva. ¿Qué demonios le pasa?

—Voy a cambiarme —dice Amber.

—¿Sabes dónde está el vestuario? Te puedo acompañar.

—Sé dónde está, gracias.

Amber la esquiva y avanza por el pasillo buscando la maldita puerta con acceso restringido al personal hasta que al fin la encuentra y se pierde tras ella, literal, porque hay otro pasillo con una docena de puertas que hace que tenga que ir leyendo cartelitos como si tuviera cinco años.

El turno empieza con calma para sorpresa de Amber, a la que le temblaban las manos cuando ha entrado al box de su primer paciente, pero era un cuadro leve de gripe que ha podido diagnosticar con rapidez, y así con los dos siguientes, pero, hacia la mitad de la mañana, traen a un hombre de unos cincuenta años que se sujeta el antebrazo izquierdo con una mueca de dolor en la cara y, cuando Amber entra, Elena ya le está tomando las constantes.

—Richard Meyers, cincuenta y dos años, sin alergias conocidas —dice su vecina maldita—. Se ha caído en la entrada de su casa; ha resbalado con una placa de hielo. Dolor en el antebrazo izquierdo, no hay deformidad visible, movilidad parcial. Tiene un pequeño rasguño superficial en la frente que ya le he limpiado.

Amber coge la tableta y repasa los datos mientras se acerca al paciente.

—Señor Meyers, soy la doctora Carver. ¿Puede decirme dónde le duele exactamente?

El hombre se señala la zona del antebrazo y Amber le palpa con cuidado. No hay crepitación, la rotación es dolorosa pero no imposible y la hinchazón es moderada. Todo indica que es una contusión o, como mucho, una fisura, pero el rasguño de la frente pone nerviosa a Amber a pesar de que solo es eso, un rasguño.

—¿Se ha golpeado la cabeza al caer?

—No, bueno, me he rozado la frente con el escalón, pero la cabeza no me duele.

Amber asiente y mira la pantalla. Debería pedir una radiografía del antebrazo y ya está, pero la idea de equivocarse en su primer día le tiene el pulso desbocado en las sienes. ¿Y si el golpe de la frente es más grave de lo que parece? El hombre podría no estar recordándolo bien y ella no puede cometer ningún error.

—Vamos a pedir una radiografía del antebrazo y un TAC craneal, y una analítica completa con coagulación.

Elena, que está tomando nota, levanta la cabeza de golpe.

—¿Un TAC?

—Sí.

—¿Podemos hablar un momento, doctora?

Las dos salen del box y se quedan a un lado del pasillo.

—No ha perdido la consciencia y no tiene vómitos ni desorientación. Es un rasguño superficial.

—Quiero asegurarme —responde la doctora sin mirarla.

—Amber, son pruebas innecesarias —insiste Elena, y Amber sigue sin levantar la vista porque, desde que han empezado a trabajar, a Elena se le ha activado un modo profesional que está muy lejos de esa actitud descarada y en apariencia rebelde. La enfermera tiene una solvencia que Amber ha visto pocas veces, se mueve con seguridad, se anticipa a cualquier cosa que ella necesita y siempre parece saber lo que hay que hacer, y le cuesta mucho asimilar que su vecina es una enfermera extremadamente competente.

—Prefiero ser prudente que pasar algo por alto.

Elena asiente y deja de replicar porque en el fondo la entiende. Es su primer día aquí y no quiere cagarla, algo que les ha pasado a muchos, incluida ella cuando comenzó.

—Lo pediré ahora mismo.

—Gracias.

Dos horas más tarde, Amber firma el alta del señor Meyers, que se marcha con el brazo vendado y un cabestrillo porque no tiene más que una inflamación. Amber se queda en el pasillo sin tener claro si lo ha hecho bien o mal, y entonces escucha la voz de Cadwell.

—¿Qué tal su primer día?

—Bien, creo que bien —responde girándose.

—Me alegro, ¿tiene un minuto? —Cadwell le señala su despacho con la cabeza y Amber la sigue y, cuando la jefa de urgencias cierra la puerta, se sienta en una silla.

—Doctora Carver, entiendo que es su primera jornada y que llevar tiempo sin ejercer genera inseguridad, pero no puede pedir un TAC craneal ni una analítica completa con coagulación para un hombre que se ha caído y apenas tiene un rasguño en la frente.

A Amber le arde la cara. ¿Debería haber hecho caso a Elena? Ni de coña: Elena no es médica, solo es una vecina molesta a la que ahora tiene que soportar también aquí.

—Quería asegurarme de que no se me escapara nada.

—Y lo entiendo, pero este hospital que siempre está muy vigilado y las pruebas innecesarias no nos las podemos permitir —explica sin reproche, solo como aviso—. Si pidiéramos un TAC cada vez que un paciente entra por la puerta con un golpe en la frente, tendríamos una lista de espera de tres días en radiología.

Amber sabe que tiene razón, pero está tan abrumada por todo lo que está experimentando en su primer día que no es capaz de parar.

—Con el debido respeto, llevaba años sin atender a un paciente y mi prioridad es no cometer un error que perjudique a alguien, no tener en cuenta ese tipo de cosas.

—La mía es que este departamento funcione —espeta Cadwell con menos amabilidad que antes—. Confíe en su formación, doctora Carver. No la habríamos contratado si no estuviera capacitada. Si tiene dudas con un diagnóstico, consúlteme a mí o a cualquier otro compañero antes de solicitar pruebas que no están justificadas. ¿De acuerdo?

A Amber no le queda más remedio que asentir y asumir que seguirá teniendo dudas y tendrá que preguntarle a una mujer que tiene diez años menos que ella.

—De acuerdo.

Capítulo 8

Elena Bishop suspira con cansancio porque, a pesar de que ha podido dormir unas cuantas horas después de acabar el turno, siente pesadez en el cuerpo y pocas ganas de socializar, pero su amiga Ruth le ha pedido —rogado, si es más exacta, como una niña pequeña cuando quiere que le compren un caramelo— que saliera a tomar una cerveza esta noche. No lo está pasando del todo bien; estas fechas navideñas la entristecen porque es justo la época en la que perdió a su familia en un desafortunado accidente de tráfico. La familia Abernathy regresaba de un partido de hockey con su hermano Mike cuando un conductor perdió el control del camión y los embistió hasta sacarlos de la carretera. Fallecieron de inmediato. Ruth se enteró porque la policía fue a buscarla al hospital mientras estaba trabajando y desde ese instante detesta que llegue diciembre. Elena intenta alejarla de este ambiente festivo todo lo humanamente posible e insiste en que no tiene que ayudarla con la decoración de su casa, pero a Ruth eso sí le gusta porque dice que se contagia de un espíritu diferente: el de la competición por el primer premio.

La enfermera se baja de su coche y se ajusta mejor el gorro para que le cubra por completo las orejas. Cada día que pasa, el frío es más insoportable y con ello las capas de ropa que tiene que ponerse para no morir congelada. Cruza la calle a paso rápido y se planta frente a la puerta de Tessi's, un bar *queer* que queda a unas pocas millas de Ashby Hollow y que tiene un ambiente agradable, buena cerveza y música decente.

—Eh. —Ruth alza la voz a la vez que levanta la mano. Está sentada en una mesa a la derecha.

Elena se quita la chaqueta, los guantes, la bufanda y el gorro casi con desesperación. Una de las cosas que no le gustan es el cambio de temperatura cuando entra a algún sitio: la hace sentir enferma, su cuerpo no lo lleva bien y por lo general acaba mareándose.

—Hola, no hay casi nadie. —Elena se deja caer en la silla al lado de su amiga después de haber dado un vistazo a su alrededor.

—Mejor, cuando esto se llena, sabes que es insoportable —contesta Ruth y levanta su vaso hacia la camarera que espera detrás de la barra para pedir dos más—. ¿Qué tal el día?

—Como siempre —contesta Elena y, de momento, decide no revelar la identidad de la nueva doctora de urgencias—. A Teddy lo ha vomitado un borracho.

Ruth levanta las cejas y luego rompe a reír. Teddy Harris es un enfermero que siempre va de punta en blanco, de los que se cambian el pijama hasta tres veces por turno; es capaz de ducharse en cada descanso y lo que más odia en el mundo es el vómito. El pobre chico tiene un imán y, de alguna manera, siempre acaba lleno del contenido estomacal de alguien.

—¿Cuántos van este mes? ¿Tres? —pregunta Ruth buscando en su memoria el número de incidentes.

—Cuatro —corrige Elena y después le regala una sonrisa coqueta a Elisa, la camarera con la que se ha acostado un par de veces, aunque sigue asegurando que es heterosexual—. La apuesta gorda es que llega a siete antes del 31 de diciembre. Hay cincuenta dólares en juego.

Ruth la escucha mientras toma un gran trago de su cerveza, pero de repente parece recordar algo y por poco se atraganta.

—Hablando de apuestas —dice con una sonrisa tan amplia que hace que Elena entrecierre los ojos—. Parece que hay una por aquí que ha perdido.

Elena niega con la cabeza. Es consciente de que la apuesta la perdió hace días, pero está segura de que Ruth —una auténtica fanática de todo lo que conlleve cierto reto— estará complacida con el nuevo giro de acontecimientos y querrá escuchar la nueva propuesta.

—Las cosas han cambiado. —Hace una pausa teatral, se lleva el vaso de cerveza a los labios y lo pone sobre la mesa con cuidado—. Puedo subirla a ciento cincuenta dólares…

Vuelve a guardar silencio mientras disfruta de los gestos que va dibujando Ruth en su rostro. Primero abre mucho la boca, luego parpadea como si fueran las alas de un pájaro y finalmente aprieta los labios con fuerza. A esta chica le encanta una apuesta.

—Necesito saber más; es la primera vez que ponemos tanto dinero en juego y tengo que analizarlo todo.

—Es justo —concuerda Elena—. Lo único que pido esta vez como cambio de la apuesta original es tiempo. He estudiado al sujeto y la nueva situación; es más complicado de lo que pensé.

Ruth frunce el ceño, confundida, pero también desconfiada. Tiene que ir con cuidado y no caer en las tretas de Elena, que, por ganar, puede hacer trampas.

—¿A qué nueva situación te refieres? —quiere saber la otra enfermera—. ¿Vive con alguien acaso?

Elena niega y se saca los labios llenos de cerveza con una servilleta.

—Amber Carver es la nueva médica de urgencias en nuestro hospital. —Ruth vuelve a abrir la boca con asombro—. Y, como bien sabrás, eso sube el nivel de dificultad.

—La doctora Carver —dice Ruth en voz baja—. Joder, suena bastante sexy.

Elena mueve la cabeza lentamente de forma afirmativa mientras ladea una sonrisa gamberra.

—Con el uniforme se ve increíble; le queda como un guante. —Elena recuerda el momento en que ha mirado esta mañana de espaldas a su nueva compañera y cómo el pantalón del pijama se ajustaba tan bien a su trasero—. Cadwell me ha puesto con ella para que la ayude, y no pretendo sabotear su trabajo por una apuesta.

Ruth está de acuerdo y sabe que, aunque las dos parecen dos adolescentes tontas haciendo estas apuestas entre ellas, tiene la certeza de que no le hacen daño a nadie. A Elena, Amber le atrajo desde el primer momento en que la vio frente a su casa hablando con Prudence, por lo que, de cualquier forma, iba a intentar conquistarla. Meter dinero en la ecuación es solo una forma de añadir adrenalina a la situación. Además, tanto ella como Elena son muy profesionales mientras están trabajando y, aunque hayan tenido algún escarceo dentro del hospital, lo que prima siempre es cumplir con el deber.

—Entonces, ¿qué propones? —Ruth necesita los puntos claros para seguir adelante.

—Fecha límite: diez de enero —comienza diciendo Elena—. No solo estoy tomando en cuenta que ahora trabajamos en el mismo sitio, sino que competimos por el primer puesto del concurso de casas decoradas del barrio. Si Amber pierde, me odiará tanto que me colgará un cartelito en el cuello que ponga «La peste» y será imposible acercarme a ella.

Ruth piensa durante unos segundos y decide que no le gusta el planteamiento.

—Tienes hasta el cinco de enero. —Levanta ambas manos de la mesa—. Estás haciendo una apuesta sobre unas bases que prácticamente te convierten en ganadora. Si se enfada contigo porque llegas a ganar el concurso, es tu problema; tienes que arreglártelas tú sola.

El gesto serio de Ruth hace que Elena suelte una carcajada. Su amiga se toma muy en serio estas cosas y no deja pasar ninguna de las tonterías que Elena a veces le intenta colar. Extiende la mano y ambas la estrechan.

—Empieza desde ahora mismo. —Ruth ajusta su reloj como si estuviera a punto de comenzar una carrera—. Y ¿sabes qué? Me siento con suerte; esta vez ganaré yo.

Ruth se roza las palmas de las manos varias veces mientras imagina en qué gastará esos ciento cincuenta dólares.

—¿Qué tal, chicas? —Una mujer rubia con la zona izquierda de la cabeza rapada se acerca a su mesa.

Elena levanta una ceja y Ruth niega con la cabeza. Sin embargo, ambas saludan a Stacy con la misma educación de siempre.

—El viernes por la noche habrá una fiesta en el pueblo, por si queréis venir, estáis cordialmente invitadas.

Stacy posa sus profundos ojos color azul en Elena, que va a darle un trago a su cerveza.

—Mmm, tenemos guardia, pero gracias. —Ruth es quien declina la invitación, y la expresión alegre de Stacy pasa a una más triste.

—Bueno, pues, ya nos iremos viendo entonces. —La mujer se despide y, antes de alejarse de la mesa, le deja un apretón suave en el hombro de Elena.

Las dos amigas aguardan en silencio a que Stacy se haya alejado lo suficiente para hacer muecas de asco casi idénticas.

—Menuda zorra —masculla Ruth. Para ella, que jamás usa ese tipo de expresiones en contra de las mujeres, es la única palabra con la que puede definir a Stacy William. Esa chica es lo más parecido a una novia que ha tenido Elena en los últimos años. Primero estuvieron teniendo sexo de forma intermitente por unos meses, después empezaron a concertar algunas citas camufladas como quedadas entre amigas y después la rubia le pidió a Elena empezar a salir formalmente. Durante tres meses todo fue bastante bien y Ruth

estaba contenta de ver a su amiga tan feliz, pero, de un día para otro, Stacy empezó a cancelar sus encuentros, a darle largas o incluso a desaparecer por días. Elena estaba preocupada, incluso llegó a pensar que le estaba escondiendo algún tipo de adicción, pero lo que realmente estaba ocurriendo es que Stacy se había empezado a acostar con la directora casada del colegio al que iba su hermano. La chica perdió la cabeza por esa mujer —y hasta ahí Elena no la culpó —, pero lo que no pudo perdonar la enfermera es que no se sincerara con ella y terminara su relación. Tiempo después, Stacy volvió a buscarla, completamente arrepentida de lo que había hecho. Elena no quería saber nada: ya había pasado página y no le interesaba nada de ella.

—No te guardo rencor, Stacy —le dijo Elena cuando aceptó tomarse un café con ella después de tanta insistencia—, pero no por eso voy a volver a salir contigo.

—Sé que no hice las cosas bien, Elena, yo…

—Mira, entiendo cuando alguien te gusta mucho de repente, tanto que no puedes pensar si estás haciendo bien o mal, pero yo siempre te pedí sinceridad. —La enfermera la miró con intensidad porque esa era casi su única regla en la relación además del respeto, claro—. Y tú preferiste no solo engañarme, sino permitir que lo pasara mal, pensando en dónde lo había jodido todo.

—Lo lamento, de verdad que sí. —Stacy le tomó la mano sobre la mesa y Elena se lo permitió—. Eres una mujer increíble y espero que al menos me permitas ser tu amiga.

Elena hizo una mueca con los labios y después respondió:

—No creo que eso sea posible; me siento traicionada y dudo que podamos retomar la amistad que teníamos —se sinceró—, pero jamás te negaría el saludo, Stacy.

Y Elena no mintió: sigue saludando a Stacy cada vez que se encuentran, pero poca cosa más. Ella a menudo las invita a alguna fiesta —parte de su trabajo es organizarlas— y Elena, la mayoría de las veces, dice que no.

—¿Algún día dejarás de odiarla? —pregunta Elena con tono burlón.

Ruth niega de inmediato.

—Stacy William no solo te hizo daño, sino que arruinó cualquier posibilidad de que tu madre dejara de intentar emparejarnos. —Se termina su vaso de cerveza con el ceño fruncido.

—También podrías poner de tu parte e invitar finalmente a Callahan a salir. Pareces una novata asustadiza.

Elena no es de insistir, pero detesta ver a su mejor amiga babeando por los pasillos del hospital cuando la jefa de enfermeras está trabajando. A Ruth le atrae mucho y Elena está bastante segura de que Nelly también siente lo mismo.

—Sabes que no sale con nadie del trabajo —se defiende Ruth; ella ni es novata ni está asustada. Bueno, quizá un poco de miedo sí que siente—. Un par de enfermeros y hasta el doctor *TodasSeMuerenPorMisHuesos* lo intentaron sin éxito.

—Eso es porque está harta de los hombres, Ruthie —dice con convicción; todos allí saben que Nelly es bisexual, pero lleva años sin salir de verdad con alguien—. Además, ella no se acuesta con nadie del trabajo, pero, si eres toda una dama y la invitas a cenar sin esperar acabar en la cama con ella, seguro que sale bien.

Ruth parece pensarlo por un momento, pero luego descarta la idea. No dejará que Elena le meta cosas en la cabeza porque, a pesar de que Nelly le gusta más de lo que le admite a su amiga, ella no es tan fuerte como para soportar la ruptura de una relación y después tener que ver a esa persona cada día en el trabajo.

Se pone de pie con un salto y coge los dos vasos de cerveza.

—Voy a pedir la última; supongo que no quieres tener resaca para empezar con ganas nuestra nueva apuesta navideña.

Capítulo 9

—Mira esto —dice Amber acercando la cara a la tableta del portátil.

Está en el *Chapter & Bean* con su segundo café con leche y canela. Lleva más de una hora navegando entre los catálogos de decoración navideña, saltando de una tienda a otra, abriendo pestañas, guardando productos en la lista de deseos como una obsesa, comparando precios y medidas y girando la pantalla hacia su amiga Vivian cada vez que encuentra algo que le llama la atención.

El establecimiento está cerrado por día de descanso y en el interior solo están Amber, comportándose como una trastornada, y Vivian, intentando escribir en el libro de cuentas, pero apenas logra concentrarse porque la doctora no para de interrumpirla.

—Es bonito, sí —dice Vivian con expresión resignada.

—No es bonito, es perfecto —corrige Amber—, y lo mejor es que nadie en Ashby Hollow lo tiene, lo he comprobado. He comprobado las fotos que colgaron el año pasado en la web del concurso y las de años anteriores, nadie lo ha puesto nunca.

—¿Has repasado todos los años del concurso? —pregunta Vivian, asombrada por el nivel de competitividad.

Amber la mira como si no entendiera la pregunta: por supuesto que lo ha hecho. Vivian se da por vencida y cierra el libro de cuentas cuando concluye que va a ser imposible poder escribir un número sin que su amiga abra la boca.

—Me parece que te estás obsesionando demasiado este año, Amber. Eres una excelente decoradora, conviertes tu jardín en un auténtico espectáculo cada año y este no va a ser menos. ¿Por qué estás tan ansiosa?

—Porque todos los años mi competencia eran los Henderson con su ridícula fachada con Santa Claus, los Murray con sus luces parpadeantes que provocan epilepsia y algún otro que destacaba de forma puntual —responde la doctora, mirando la pantalla—. Este año la cosa ha cambiado: hay alguien más que tiene criterio y, si me relajo, se podría llevar el primer premio.

—¿Te refieres a Elena?

Escuchar su nombre le produce una especie de temblor en el labio, una respuesta automática de su cuerpo ante su vecina, pero también le provoca un leve cosquilleo en el estómago para el que Amber no tiene ninguna explicación científica, así que lo ignora.

—Me refiero a la mujer que lleva dos semanas viviendo delante de mi casa y ha conseguido que todo lo que me molestaba se multiplique por diez. —Amber aparta la tableta por fin y se centra en su taza—. Tiene un gusto estupendo para la decoración, Vivian, me jode mucho admitirlo, pero es la verdad: todo lo que ha puesto hasta ahora es precioso, elegante y original, y cada vez que miro por la ventana tiene algo nuevo. Y lo peor es que sabe exactamente dónde colocar cada cosa sin que parezca sobrecargado, no como los Aston, que compran cosas increíbles, pero las colocan sin ningún tipo de criterio y acaban sepultando la casa.

Vivian solo la mira, sin interrumpirla, porque sabe que, cuando su amiga se pone así, hay que dejarla desahogarse hasta que se queda vacía.

—Y ahora la tengo que soportar en el hospital. —Amber se inclina hacia delante y apoya las dos palmas y la cabeza sobre la mesa en un gesto exageradamente dramático.

La dueña del *Chapter & Bean* suelta una carcajada potente y Amber levanta la cabeza resoplando.

—No te rías, esto es serio. La jefa de urgencias me ha puesto a esa enfermera que se tira a mi asistente como niñera y, si gana el concurso, no voy a poder aguantar tenerla al lado. Todavía no me puedo creer que, de todas las enfermeras que hay, me la tuviera que asignar a ella; yo no necesito a nadie que me diga lo que tengo que hacer.

—Vamos a ver. —Vivian le pone la mano en el brazo—. Este es tu primer trabajo en muchos años, es normal que te pongan a alguien al lado que te enseñe cómo funciona todo; de hecho, me parece la única opción lógica.

—Soy doctora, Vivian, no una becaria.

—Sí, pero tu título no te enseña dónde está cada cosa en ese hospital, ni cómo funciona su sistema informático ni a qué hora cambian los turnos. Reconoce que no tienes razón.

Amber aprieta los labios, consciente de que no la tiene, pero no piensa admitirlo.

—¿Sabes lo peor? Que encima lo hace bien —admite con una mueca que le retuerce la boca y vuelve a hacer reír a la dueña del establecimiento—. Es competente, se anticipa a todo y parece tener un don para conectar con los pacientes que desde luego yo no tengo.

—Porque eres una amargada —suelta Vivian—. Desde el divorcio y la marcha de los gemelos te has vuelto una gruñona y siempre vas con esta expresión tensa y enfurruñada a todas partes, ¿cómo esperas que un paciente conecte contigo si lo que le das es miedo?

—Gracias por tu comprensión.

Vivian se encoge de hombros.

—¿Por qué no intentas relajarte y ver el lado bueno de las cosas?

—Pues ya me dirás cómo.

—Para empezar, deja de pensar así de tu vecina, la has convertido en el blanco de tu ira, odiándola sin motivo cuando deberías fijarte en lo importante.

—¿Qué es? —murmura Amber, fingiendo desinterés.

—¿Qué hubieras preferido en el hospital? ¿A ella o a una inútil que no sabe diferenciar una venda de una sábana? O peor, a una vaga de esas que se escabullen siempre que pueden y cargan de trabajo a todos los que tienen al lado.

Amber la mira fijamente.

—Te ha tocado Elena, que al parecer es competente hasta la médula, te puede facilitar el trabajo con los pacientes y estar pendiente y avisarte cuando te vuelves loca y pides pruebas que no necesitas.

—Puede, pero sigue siendo mi competencia en el concurso y se está tirando a mi asistente, a lo mejor lo has olvidado —rezonga Amber.

—Es imposible que se me olvide porque no dejas de repetirlo. Vamos a desgranar esto por partes. —Vivian toma un sorbo de su té y hace una mueca de asco al comprobar que está frío—. Para empezar, no es asunto tuyo con quién se acuesta Elena, y tampoco Cristal.

—Lo es si el primer día ya me estuvo insinuando que quería algo conmigo.

Vivian sonríe.

—A eso se le llama intentar ligar y, si no dio sus frutos, es lógico que pase a la siguiente, a no ser que estés celosa.

—¡Yo no estoy celosa! ¿De qué iba a estarlo? A mí no me gustan las mujeres y, si me gustaran, ella sería la última en la que me fijaría.

Es una grosera que le mintió a Prudence. ¿Qué clase de persona miente a una anciana adorable como ella?

—¿Adorable? Tú eres la primera que despotrica sobre lo cotilla que es, la que mira por la ventana antes de salir si sabe que Prudence puede estar cerca.

Amber se calla.

—Siguiente parte: el concurso. Deja de quejarte de todo lo que compra y coloca en su jardín, a ti lo que te jode es que no se te haya ocurrido a ti antes que a ella, pero eso no es culpa de Elena, es tuya. ¿Quieres ganar el concurso? Deja de gastar tanta energía odiándola y céntrate en la decoración como haces cada año, que, por cierto, este vas un poco con retraso con tanta tontería, y, como no espabiles, se cumplirá el plazo y tú todavía estarás sentada delante de ese aparato horrible tratando de encontrar la decoración estrella.

Amber se queda callada a pesar de que tiene muchas ganas de rebatir los argumentos de Vivian, pero no puede hacerlo porque en el fondo sabe que tiene razón, que ha convertido a Elena Bishop en el blanco de su frustración, culpándola de todo lo malo que hay a su alrededor cuando su vecina lo único que hace es sonreír con esos labios que se estiran de forma perfecta, sonrosados y bien hidratados… Amber frunce el ceño y se enfada consigo misma por pensar en eso.

—¿Nos vamos ya? Tengo hambre.

Vivian asiente y se levanta. Normalmente, los días que el *Chapter & Bean* está cerrado suelen venir aquí por la tarde y entre las dos hacen una limpieza a fondo del local; después se sientan en una de las mesas como ahora y hablan durante un par de horas antes de irse a casa de Amber, donde su amiga —que antes tenía mucho tiempo libre— suele preparar alguna cena elaborada porque dice que para ella sola no le apetece, y Vivian está encantada porque uno de los fuertes de Amber es su mano con la cocina.

Bajan la persiana y caminan a paso rápido hacia su calle porque hace un frío del demonio y, en cuanto han puesto un pie fuera, a las dos se les han helado las orejas. Al fin doblan la esquina y, cuando están llegando a su fachada, Amber se detiene en seco con la vista fija en la de Elena, notando cómo la furia la recorre y hace que los puños se le cierren solos.

—No me lo puedo creer —murmura, y trata de calmarse porque esto es justo lo que sabe que no debe hacer, pero es que esa maldita

casa…

La fachada de Elena tiene las luces encendidas y es un auténtico espectáculo que hace que sea imposible que pases por delante y no te gires, pero lo que la ha enfurecido es lo que hay en el jardín, porque los sensores que vio el otro día ya tienen colocados los renos. Son tres, de tamaño natural, con una estructura de metal cubierta de luces blancas que les da un aspecto limpio y elegante. Uno tiene la cabeza agachada como si estuviera comiendo y los otros dos la levantan como si estuvieran listos para salir volando.

—Son preciosos —dice Vivian.

Amber tuerce el gesto y, cuando piensa que su noche no puede empeorar, es cuando las ve. Elena y su amiga salen del garaje con una caja y una escalera. A Amber le entran ganas de correr hasta su casa y entrar antes de que su vecina la vea, pero solo le da tiempo a pensarlo porque en ese momento los ojos de Elena se clavan en ella y la sonrisa le sale automática y luminosa como las luces del jardín.

—Dios mío, parece que le encantas de verdad —dice Vivian, divertida.

—¡Doctora Carver! —grita Elena al mismo tiempo que deja la escalera —y a su amiga— plantadas en el jardín, y cruza la calle hacia ella—. ¿Qué tal? ¿Dando un paseo? —pregunta, alternando la mirada entre ella y Vivian.

—Más o menos, ya estamos volviendo a casa para cenar.

—Mmm, qué bien —asiente Elena, y a Amber las rodillas se le convierten en mantequilla.

¿Qué ha sido ese tono? ¿Y esa forma de mirarla como si fuera un caramelo que quiere chupar?

—Soy Elena Bishop —dice, presentándose a Vivian.

—Vivian, un placer, he oído hablar bastante de ti —suelta mordaz, ganándose una mirada reprobadora de Amber.

—¿De verdad? —pregunta Elena, complacida, con los ojos puestos en su vecina—. Espero que hayan sido todo cosas buenas.

—Han sido cosas variadas —interviene Amber antes de que su amiga abra la bocaza.

—Variadas… —repite Elena, mirando a la doctora con las pupilas dilatadas—. Estás muy guapa, por cierto.

—¿Qué? Estoy igual que siempre.

A Amber le ha llegado el comentario con la fuerza de un bofetón, solo que no le duele nada; al contrario, la ha invadido una sensación

de placer que la tiene completamente desconcertada.

—Pues esto, guapa —insiste con una sonrisa torcida que deja muda a Amber.

Vivian hace un ruido raro cuando intenta contener la risa y Amber le da un codazo en las costillas.

—En fin, siempre es un placer verte, doctora, pero tengo que volver o mi amiga me matará. Encantada de conocerte, Vivian.

Elena cruza la calle y Amber se queda en el mismo sitio, incapaz de dar la orden a sus pies para que se muevan.

—Joder —sonríe Vivian.

—No digas nada.

—Claro que sí, esa mujer te ha devorado con los ojos, Amber. Cuando dijiste que insinuó que podíais quedar, pensé que exagerabas, pero te quedaste corta: de verdad se quiere acostar contigo —dice emocionada.

—No digas tonterías, si fuera por ella, creo que se acostaría con cualquier mujer que tuviera delante.

—A mí me tenía justo ahí y ni siquiera me ha mirado, solo tiene ojos para ti —insiste, disfrutando mucho de la expresión desconcertada de su amiga, que vuelve a sentir ese cosquilleo en el estómago y empieza a estar preocupada.

Capítulo 10

Amber abre los ojos de golpe con la respiración agitada. Siente el cuerpo entero vibrando y necesita unos segundos para reponerse de todo lo que está sintiendo. ¿Se ha corrido? No, no puede ser, eso es imposible. Ella no se ha tocado, estaba durmiendo profundamente y de repente ha empezado a soñar con algo. No sabe exactamente qué era, pero lo único que sí sabe es que unos ojos muy azules la miraban fijamente, acompañados de una sonrisa torcida que ha reconocido bastante bien. Luego ha empezado a sentir cosquillas en el bajo vientre, y ha sido tan placentero que ella se ha quedado allí, dondequiera que estuviera, disfrutando de esas sensaciones. Poco después ha empezado a ver muchas luces, como esas que su vecina ha puesto en el jardín delantero de su casa, y entonces ha sentido la explosión en su interior, junto con una humedad que le recorría la entrepierna.

—Pero... joder —farfulla cuando decide comprobar sus sospechas y mete una mano por dentro de sus bragas. Da un pequeño respingo: está aún sensible y resbaladiza—. Lo que me faltaba.

Sale de la cama pateando las sábanas con enfado y ni siquiera se detiene para ponerse la bata. Va directamente al baño y abre el agua caliente mientras se desviste, evitando verse en el espejo porque siente vergüenza de sí misma.

Mientras se aclara el champú del cabello, Amber intenta pensar si alguna vez le ha pasado esto, pero por mucho que rebusca en su memoria, no recuerda que se haya corrido alguna vez mientras dormía. Tal vez cuando era joven, pero no puede confirmarlo, mucho menos en este momento en el que su mente es un torbellino de pensamientos que no deberían estar ahí.

Apenas tarda media hora en estar lista para salir de su casa; hoy tiene turno por la mañana y, como suele ser más tranquilo, seguro que tendrá que rellenar mucho papeleo. Se llena de energía porque, a pesar de que los médicos suelen odiar esa parte, ella tiene la esperanza de poder estar a solas, lejos de Elena Bishop. ¿Cómo la

mira a la cara después de este particular sueño que ha tenido? De inmediato su rostro se calienta y puede sentir sus mejillas a punto de explotar. Todo esto es un problema que ni en un millón de años pensó que podría pasarle, odiar a una mujer que vive frente a su casa, la misma que se ha convertido en su enemiga en Navidad, con la que tiene sueños eróticos y a la que tiene que ver casi cada día en el trabajo que llevaba tiempo deseando recuperar.

—Madre mía. —Aprieta el volante con las dos manos y toma una respiración tan profunda como necesaria.

Conduce durante los pocos minutos que la separan del Mercy Ridge Medical Center y aparca su coche en uno de los laterales. Luego se baja con un pequeño termo de café en la mano y camina sin detener sus pasos, levantando la mano para saludar a Rose, que, por fortuna, está ocupada atendiendo a dos personas.

—Buenos días, doctora Carver. —La figura de la enfermera Bishop se materializa frente a ella, haciendo que Amber suelte el termo de café gracias al salto que da.

El envase metálico cae como una piedra al suelo y rueda unos centímetros hacia adelante. El contenido no se derrama gracias a su tapón hermético, pero el susto se le ha metido a Amber en el cuerpo.

—¿Te has propuesto matarme? —ladra la médica y se agacha para recuperar su termo.

Elena levanta ambas manos buscando una tregua para una discusión que no ha comenzado, pero que ya ve venir.

—Lo siento, justo salía del box y me he topado contigo —explica la enfermera y se rasca la mejilla izquierda, dejándose una pequeña marca que Amber mira embobada sin saber por qué.

Se limita a asentir y seguir el camino hasta el vestuario. Elena Bishop es capaz de poner cada uno de sus nervios al límite con tan solo aparecer en su campo de visión. Abre su taquilla, se quita las capas de ropa que lleva y, por último, coge una de las batas limpias que suele dejar allí.

En cuanto pone un pie en el pasillo, no tiene ni siquiera tiempo de ordenar sus pensamientos: las puertas se abren y una camilla empujada por dos paramédicos entra en la zona de urgencias. Amber acelera el paso hasta encontrarse con ellos.

—¿Qué tenemos? —pregunta al mismo tiempo que saca una linterna de su bolsillo y revisa los ojos de la paciente.

—Mujer, ochenta y cuatro años, pérdida súbita de consciencia hace aproximadamente quince minutos. La familia refiere que estaba sentada a punto de empezar a desayunar cuando se desplomó. Sin traumatismo aparente.

Amber observa a la frágil mujer: tiene los ojos cerrados y parece serena.

—¿Constantes? —inquiere y siguen avanzando hasta que señala un box libre a la derecha.

—Presión arterial de ochenta y seis sobre cincuenta y dos. Frecuencia cardíaca de ciento dieciocho, ritmo irregular. Frecuencia respiratoria de veintidós. Glucemia de ciento seis. Temperatura no tomada. Pupilas isocóricas y reactivas.

—Doctora. —Elena aparece de repente al costado de Amber y acerca el carro para tener todo a mano.

Durante varios minutos las mujeres trabajan juntas como si llevaran años haciéndolo; Elena coloca una vía y suministra la medicación que Amber va diciendo.

—Señora Travis, ¿puede oírme? —quiere saber Amber cuando la mujer abre los ojos lentamente—. ¿Sabe dónde está?

—¿En un hospital? —La respuesta en forma de pregunta le sale baja y temblorosa.

—Sí, está en la sala de urgencias del Mercy Ridge Medical Center. Soy la doctora Carver y esta es la enfermera Bishop.

Amber sigue haciendo comprobaciones y, esta vez, segura de sí misma, pide algunas pruebas que le parecen necesarias. Elena va moviendo la cabeza, asintiendo y, por alguna razón, la doctora Carver siente ese respaldo como el apoyo que necesita para patear con fuerza al síndrome del impostor que aparece de vez en cuando tras tantos años sin ejercer.

—Buen trabajo —escucha Amber mientras rellena la ficha de la señora Travis—. Te estás adaptando bastante rápido.

Su jefa, la doctora Nelly Cadwell, aparece a su lado con una carpeta en la mano. Le cae bien esta mujer: es tranquila, pero directa, y tiene mucho conocimiento a pesar de ser más joven que Amber. Hace un par de días han comenzado a tutearse y entre las dos está naciendo una posible amistad.

—Gracias, jefa —contesta y se sorprende de su creciente buen humor.

La mañana avanza con la tranquilidad que Amber esperaba; apenas se ha cruzado con Elena y las pocas veces que lo ha hecho ha conseguido que su corazón trabaje a una velocidad normal y evite recordar ese vívido sueño cada vez que sus ojos azules se posan sobre ella, pero, como es habitual en urgencias, la calma se acaba. Un chico de dieciséis años entra con una herida en el lado izquierdo de la frente. Estaba corriendo en el patio del colegio y, al pasar muy pegado a una verja, un alambre que estaba suelto le ha hecho un corte profundo. No hay caída, por lo que se pueden saltar el TAC; solo hay que ponerle un par de inyecciones y suturar la herida.

—¿Qué pasa, chaval? —saluda Elena cuando se acerca a él y levanta una mano para chocar los puños—. No sabes la suerte que tienes.

El chico, alto, de cabello oscuro y ojos marrones, frunce ligeramente el ceño con confusión.

—¿Por qué? —Se señala la cara—. Tengo una buena herida, no creo que eso sea suerte.

Elena empieza a preparar la medicación, la aguja y el hilo de sutura, así como el sedante local.

—Te está atendiendo la mejor doctora de todo el hospital. —Elena mira de reojo a Amber, que se ha quedado quieta un instante—. Además, es la más guapa de todas. ¿A que tengo razón?

El paciente enrojece de inmediato, casi tanto como Amber, que intenta disimularlo revisando las constantes en el monitor, pero no puede evitar esbozar una pequeña sonrisa. Elena Bishop tiene esa forma tan natural de soltar frases que a ella, lejos de molestarle como quiere hacer ver, le elevan la autoestima lo suficiente como para sentirse una mujer bastante guapa. No es que no crea que lo sea, pero hace tiempo que nadie la halaga de esa manera.

—Oye, ¿estás jugando a Wolverine? —pregunta Elena cuando, al acercar la bandeja con los materiales, nota cómo el chico se pone muy nervioso.

—Sí. —Él levanta la mirada y se centra en ella—. Es una pasada.

—Lo es —concede Elena y le hace a Amber una señal con la cabeza —. Uno de los mejores de ese estilo a mi parecer. —Se hace a un lado después de guiñarle un ojo al chico—. Ahora vamos a dejar que esta maravillosa doctora haga su magia. Ya verás que bien te queda esa cicatriz.

Una hora después, Amber está firmando el alta de Jason, su joven paciente. Está terminando de introducir la información en el sistema central cuando Elena se apoya sobre la mesa en la que la doctora está trabajando.

—Te has ganado un desayuno, Carver —dice con voz calmada, aunque con un deje seductor—. Lo has hecho muy bien allí dentro.

Amber vuelve a sentir cómo el calor se apodera de su cuerpo y tiene que carraspear para que no se escape un jadeo.

—Solo he hecho mi trabajo —dice e intenta disimular el sofocón—. Tú sí que lo has hecho bien, hablando de videojuegos para que se calmara.

Elena encoge los hombros y ladea una sonrisa.

—También lo hice en beneficio propio: llevo semanas intentando pasar una pantalla y Jason me ha dado la solución. —Mueve las cejas varias veces—. ¿Vamos?

Amber está segura de que aceptarle un café a esta mujer no tiene nada de malo. Son compañeras, Elena se ha comportado bien con ella y quiere desmentir esas palabras de su amiga Vivian, «la has convertido en el blanco de tu ira», en las que, por supuesto, no tiene razón.

Decide seguir a la enfermera hasta la cafetería; ambas están en silencio hasta que llegan al mostrador. Amber elige un sándwich de queso y huevo que acompañará con un café. Elena se pide un donut y un *latte* e insiste en pagarlo todo.

—¿Cómo va la adaptación? —pregunta la enfermera y después toma un sorbo de su bebida—. Yo la veo bastante bien.

Amber mastica su sándwich y luego se limpia la boca con una servilleta de papel.

—Mejor de lo que pensé, la verdad. —Se detiene un segundo para reflexionar sin ser del todo transparente con su enemiga navideña. Decide que, en este caso, lo será—. He pasado muchos años fuera de un hospital y tenía miedo de haber perdido el ritmo. Ya no soy una doctora joven.

Elena inclina la cabeza hacia un lado y pasea los ojos por el rostro de Amber. Le parece una mujer preciosa, natural y con unos atributos que llaman mucho la atención.

—Para este oficio, es mejor no ser joven —aporta Elena y sonríe después de darse cuenta de que Amber parece acalorada—. Más años, más experiencia.

Amber se muerde la lengua para no decirle que, en su caso, no es así, porque todos esos años, que deberían ser de experiencias, han sido de cuidar a sus hijos y verlos crecer.

—Por cierto, enhorabuena, no sabía que eres la campeona del concurso decorativo de Navidad. —A Elena le brillan los ojos, pero a Amber se le cierra la garganta. No le gusta el tema que ha sacado, porque, de un segundo a otro, la enfermera ha pasado de ser su profesional compañera a su irritante vecina con buen gusto.

—Se me da bien. —Le da un mordisco al sándwich que ahora ya no le sabe tan bien y desvía la mirada hacia otro sitio.

Elena nota la tensión de inmediato y no puede evitar sentir una ligera molestia. Amber cambia de humor según la ocasión, y cuando compone ese gesto de enfado parece una mujer mayor completamente amargada. No sabe por qué pasa esto, pero la enfermera está convencida de que esta mujer necesita un poco de alegría en su vida. De manera —muy arrogante—, piensa que parte se la dará ella cuando por fin pueda llevársela a la cama y ganarle a Ruth ciento cincuenta euros, y la otra, cuando Amber se convierta en una buena adversaria que haga de esto una verdadera competición.

—Pues a mí también se me da bien y lamento decirte que este año quedarás en segundo lugar. —Elena sonríe cuando Amber arruga el ceño. Sus ojos sueltan fuego—. Yo me llevaré el primero.

Coge su bandeja y se aleja de la mesa antes de que la doctora Amber Carver atente en contra de su vida.

Capítulo 11

—Coño —gimotea la doctora Amber Carver cuando se incorpora tras haber estado arrodillada en el césped unos minutos.

Se hace un masaje en la espalda baja con gesto dolorido, clavando ambos pulgares con fuerza a ver si los músculos le dan una tregua. Está mayor, ¿cómo es posible que, teniendo cuarenta y cinco años, se sienta de noventa? Las piernas las tiene ligeramente hinchadas y los tobillos le crujen, por no hablar de sus rodillas, que se quejan cada vez que tiene que subir unas escaleras.

Suelta un suspiro que le sale entrecortado y bastante dramático cuando piensa que tiene un largo turno esta tarde. Hoy es de esos días en que, aparte de echar muchas horas, las urgencias parecen multiplicarse porque la entrada al fin de semana siempre llega acompañada de accidentes que apenas ocurren el resto de la semana. Sin embargo, está conforme —que no feliz— porque ayer fue su día libre y pudo dedicarlo a terminar casi del todo con la decoración navideña; solo le quedan algunos retoques, que dejará para cuando le lleguen un par de adornos que pidió anoche a última hora.

Decide entrar en casa —las manos se le han quedado heladas—, pero cuando está a punto de atravesar la puerta, el sonido de unas zapatillas impactando contra el asfalto le hace girar el cuello. Entrecierra los ojos; cómo no, Elena Bishop va ataviada del típico traje deportivo que usan los corredores en invierno, con la melena recogida y el móvil pegado al brazo. Parece joven, llena de energía y muy atractiva.

—Hola, doctora. —La chica disminuye la velocidad gradualmente hasta detenerse del todo. Apoya las palmas sobre sus rodillas buscando oxígeno y luego levanta la mirada con una sonrisa ladeada —. ¿Qué tal tu día libre?

Bueno, Amber le podría decir que una puta mierda porque tuvo una larga conversación con su hija Chloe, que empañó la alegría que le había proporcionado tener la decoración para el concurso casi

finalizada. No lo hace, por supuesto; se limita a levantar el dedo pulgar como si tuviera doce años.

—Genial, he descansado mucho. —Sufre el karma instantáneo por mentir con un pinchazo en la espalda que disimula girándose un poco—. Voy a... —Señala la puerta a su espalda y Elena se despide con un movimiento de mano.

—Nos vemos luego en el hospital.

La enfermera se gira y Amber se descubre repasando su cuerpo con descaro. La mujer está de espalda, así que se siente valiente para mirar con atención. No es porque le guste, claro que no: a Amber no le gusta esa vecina insufrible; simplemente le parece interesante la ropa que lleva. Bufa cuando se da cuenta de lo estúpido que es su pensamiento y entra a su casa azotando la puerta, rabiosa por su propia reacción.

Cuando entra en la cocina, la foto de tamaño mediano de sus gemelos, pegada a la nevera, la lleva de vuelta a la conversación que tuvo con su hija. Ya habían planificado la llamada, pero cuando se conectaron, frente a la cámara solo apareció la chica.

—Noah está en una cita, mamá —informó a la vez que puso los ojos en blanco—. Me dijo que mañana por la noche te llamaría sin falta.

Amber no le dio importancia; su hijo solía quedar a cenar por ahí con alguna chica o se reunía con sus amigos, pero Chloe compuso un gesto cómplice y se acercó a la cámara buscando intimidad.

—Creo que con esta va muy en serio —susurró con una sonrisa y Amber se quedó paralizada.

No es que no quisiera que Noah tuviera una relación; de hecho, ella siempre había fomentado lo mismo que tuvo con su marido Douglas: un largo matrimonio con dos hijos maravillosos. Obtener experiencias está bien, pero la doctora Carver está más a favor de la estabilidad que de las noches de pasión. Sin embargo, esta información solo le confirma —una vez más— que los gemelos están en aquel continente para quedarse. Tienen muchos proyectos en mente, grandes amigos y, ahora, al parecer, noviazgos oficiales. Esbozó su mejor sonrisa; no quería que Chloe pensara que su madre no se alegraba por él.

—Es maravilloso —dijo quizá demasiado alegre—. ¿Quién es la afortunada?

—No diría que esa chica es una afortunada; aguantar a tu hijo es como ver una película de terror en medio de un bosque oscuro. —Chloe era tan dramática como su madre—. Estudia para ser abogada, es un año mayor que nosotros y llevan viéndose un par de meses. Nada serio al principio, pero esta noche han ido a una cena familiar, así que...

La conversación fluyó durante media hora; después se despidieron con cariño y, al colgar la llamada, Amber rompió a llorar.

Sabe bien que está exagerando, que los hijos, al final, hacen la vida que desean, pero a ella le está costando asimilar todos estos cambios que acompañan la adultez de sus gemelos.

• • •

A las seis de la tarde, Amber siente que no puede más. Está siendo una guardia horrible y apenas ha podido parar para descansar porque no han dejado de entrar una urgencia tras otra. Ahora necesita un café que le devuelva la energía, así que sale del vestuario, después de refrescarse, directamente a la cafetería.

—A ti te buscaba. —Elena aparece con su habitual sonrisa, le da un rápido repaso y se extiende el brazo—. Para ti. Te lo mereces.

Amber mira a la enfermera y después el vaso de cartón que le ofrece. Desprende el dulce aroma del café que ella necesita, así que lo coge y se lo lleva a los labios para saborearlo.

—Mmm —gime con los ojos cerrados cuando la bebida baja por su garganta—. Gracias, está perfecto.

Es la tercera o cuarta vez que Elena aparece con un café, un zumo de manzana o un donut. Lo hace después de trabajar juntas durante horas sin descanso o al inicio de la jornada. Al principio, Amber la miraba con desconfianza, pero muy rápido se acostumbró a esos detalles porque la enfermera parece adivinar lo que ella necesita en todo momento y eso le encanta, aunque no lo admita en voz alta.

—¿Tienes un momento? —pregunta Elena cuando los segundos pasan y ellas siguen en medio del pasillo—. Quiero consultarte una cosa.

Amber le dice que sí de inmediato porque los ojos de la mujer frente a ella ya no muestran el toque pícaro que suele tener cuando la

mira ni el tono sugerente que usa para hablarle. Hay seriedad en ella, igual que cuando están atendiendo a un paciente.

—Claro, te sigo.

La enfermera camina hasta la cafetería, elige una mesa y se sienta justo al lado de Amber. A la doctora Carver le llega el olor cítrico de Elena; no sabe si es un jabón, un perfume o una crema corporal, pero siempre huele a verano, a una mezcla de sol y limonada casera.

—¿Qué opinas de esta herida? —Elena le muestra la pantalla del móvil con una fotografía—. Es de mi padre. Es demasiado torpe, pero, a pesar de que ha ido dos veces al hospital, la tiene hinchada y le pica mucho.

Amber amplía la pantalla e intenta analizar lo que ve. La foto está bien hecha, pero no se aventura a dar un diagnóstico sin poder examinarla en persona.

—¿Es alérgico a algo? —quiere saber después de que Elena le ha dicho qué le han recetado.

—Que yo sepa no —contesta, pero lo hace con las cejas arrugadas porque no está del todo segura—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque para una herida así, lo que está tomando es lo correcto, pero fíjate en los bordes. —Amber señala una zona rojiza que no parece lisa—. Es como un leve sarpullido y esto me hace pensar que la crema que le recetaron le causa alguna alergia. Convendría que volviera al hospital y que se la cambiaran por otra que tuviera unos componentes menos irritantes. Si no ha tenido fiebre ni dolor intenso, apunto a que sea algún tipo de reacción.

—No lo había pensado —murmura Elena mientras mueve la cabeza—. Hablaré con él, gracias, Amber.

La doctora le sonríe y se termina el café con un último trago largo. Está a punto de levantarse cuando Elena lanza una pregunta que no se esperaba.

—Oye, ¿estás bien? Hoy te has quedado varias veces absorta y, no sé, pareces agotada.

Amber levanta la mirada y se queda en silencio mientras medita qué clase de respuesta va a darle. No es la primera vez que tiene una conversación algo más personal, aunque sin entrar en detalles. Mientras han tomado café, han comentado sobre temas del hospital, alguna que otra cosa del concurso de Navidad, que convierte a Amber en un monstruo, o cosas sencillas como que los Bishop viven en Tampa. Amber ha descubierto que entre las dos hay cosas en

común; Elena la hace reír y —asombrosamente— la enfermera se ríe de alguna tontería que suelta la doctora.

—Mi hijo tiene novia. —Amber se atreve a hablar de sus gemelos, algo que no había hecho hasta ahora, salvo aquella vez que perdió la cordura y le gritó a Elena que si también se los quitaría a ellos—. Y estoy bastante triste.

—Vaya —suelta Elena con las cejas levantadas.

Amber se apresura a explicarse.

—No soy una madre obsesionada con sus hijos, no me malinterpretes; quiero que sean felices y que se enamoren —dice de carrerilla y tiene que hacer una pausa para tomar aire—, pero han crecido demasiado rápido, se han marchado al otro lado del mundo a estudiar y de repente tienen planes para quedarse allí. Se ven llevando a cabo proyectos, emprendiendo y, por lo visto, teniendo relaciones sentimentales estables.

La sonrisa que Elena dibuja en sus labios no es esa irreverente que usa normalmente para intentar seducirla. Es cálida, cercana, como si quisiera trasmitirle tranquilidad. Amber se queda petrificada cuando la enfermera pone una mano sobre la suya.

—No sé lo que es tener hijos, pero sí sé lo que es estar lejos de mis padres —explica en voz baja—. Mamá estuvo meses intentando convencerme de que me fuera a Tampa con ellos: viven en una zona con puerto y muchos jubilados, así que hay trabajo asegurado. Me echan de menos, pero ¿sabes qué? Yo también a ellos, solo que ahora me toca a mí vivir y quiero hacerlo en un lugar que me gusta.

Elena le da un ligero apretón y le suelta la mano. Amber siente el corazón tan acelerado que tiene que respirar varias veces para calmarlo. Las palabras de la enfermera le han dejado la garganta seca, pero su tacto ha hecho que su cuerpo vibre al completo.

—Supongo que es así y tendré que acostumbrarme. —La doctora se recompone—. Pero creo que me está costando un poco más de la cuenta.

—Bueno, quizá es porque necesitas distraerte un poco más —aconseja Elena y el brillo pícaro vuelve a su mirada—. No todo es trabajar y estar en casa; también puedes hacer cosas divertidas para mantenerte ocupada.

Elena se lleva una mano al mentón como si estuviera madurando una idea en su cabeza y luego levanta uno de sus dedos.

—Se me ocurre que tú y yo podríamos cenar juntas. —Levanta las dos manos y su gesto pasa a ser medianamente inocente—. Como compañeras de trabajo y vecinas, claro.

Amber está a punto de darle una negativa automática, pero, antes de soltarla, lo piensa un instante. Elena parece una mujer segura, que no duda en soltarle comentarios directos y ligar con ella sin reparo, pero Amber ha detectado que se pone nerviosa cuando acepta algunas de sus invitaciones, así sea simplemente a tomar café. Así que cambia las tornas: ahora es ella la que quiere ver cómo se comporta su vecina.

—Vale, me parece bien.

El gesto de sorpresa de Elena es como para retratarla. Tiene los labios separados y los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

—¿Por qué no habría de serlo? —Amber se levanta de su asiento—. En mi casa, mañana, ¿te viene bien?

Elena salta como un resorte y también se pone de pie.

—Sí, claro. Mañana puedo.

—Perfecto, trae vino. —Hace una pausa muy medida—. Le diré a Vivian que traiga el postre.

—¿Vivian? —Elena se siente completamente perdida.

—Me has dicho de cenar como amigas, ¿no? —pregunta con una sonrisa—. Vivian es mi mejor amiga. Te caerá bien.

Amber se marcha y deja a la enfermera con un gesto que nada tiene que ver con alegría. El juego ahora lo ha puesto a su favor y quiere averiguar qué tan desvergonzada es Elena Bishop cuando le quitan el poder.

Capítulo 12

—Bueno, entonces, nos vemos esta noche —dice Elena cuando ambas cruzan juntas la puerta del hospital—. Cena de amigas; estoy deseando conocer a Vivian.

—Seguro que sí —murmura Amber tan bajo que la enfermera no puede escucharla.

—¿Qué?

—Que no olvides el vino.

—Jamás se me ocurriría.

Amber se desvía hacia su coche y conduce hasta su casa con las manos tan cerradas en el volante que, a pesar del poco tiempo que tarda en llegar, cuando lo suelta le duelen los dedos. Está nerviosa, y no debería porque solo es una cena. Ella ha hecho esto cientos de veces con Vivian, las dos sentadas a la mesa o en el sofá, según el tipo de comida, hablando del día a día, de sus preocupaciones o de sus planes —que de estos Amber últimamente tiene muy pocos—. La presencia de Elena no debería cambiar esto; además, su vecina es muy abierta y está segura de que se entenderá bien con Vivian, pero, de algún modo que ella no puede explicarse todavía, lo cambia. Saber que Elena —con la que ella tiene sueños húmedos que todavía la dejan desconcertada— entrará en su casa, su zona de confort, un lugar que no ha pisado nadie que no sea su familia o su amiga en los últimos diez años, la hace sentir extraña, como si estuviera abriendo una puerta cerrada con diez pestillos a una mujer a la que supuestamente odia y que no ha hecho nada para ganarse este privilegio salvo existir, sonreír de esa forma espontánea que siempre acelera el pulso de Amber y ser una descarada que, en lugar de parecerle maleducada, la hace sentir viva de un modo inexplicable.

Amber enciende las luces del árbol del salón, se asegura de que todas las bolas están perfectas y, tras darse una ducha rápida, empieza con los preparativos de la cena. Abre la nevera y se queda mirando el pollo que esta mañana ha marinado para dejarlo listo solo para meterlo en el horno, y el solo pensamiento la hace

parpadear y fruncir el ceño. ¿Por qué se ha levantado dos horas antes para preparar esto? ¿Acaso pretende impresionar a su vecina con sus artes culinarias?

El asado de pollo de Amber es uno de los favoritos de la familia y también el de Vivian, por eso siempre suele reservarlo para ocasiones especiales, festivos, cumpleaños o cualquier tipo de celebraciones. Se convence de que lo ha hecho porque hoy está dando un paso hacia delante abriendo sus puertas a otra persona, ampliando su círculo de amistades, aunque a veces tiene ganas de cerrar la boca de Elena estrangulándola con el cable de las luces.

Por un momento, se arrepiente y piensa en dejar el pollo donde está y usar la aplicación para pedir comida, dejándole claro a Elena que no merece ningún tipo de esfuerzo por su parte, pero cuando está a punto de cerrar la nevera, algo le impide hacerlo: quiere saber si a Elena le gusta su comida, y eso la pone de mal humor.

Mete el pollo en el horno, lo programa y se pone con la ensalada. Sin darse cuenta, coge cada uno de los ingredientes que compró hace un par de días para hacerse su ensalada favorita, una delicia que paladea con gusto muchas noches y que también hace que a todo aquel que la prueba se le haga la boca agua y, cuando ya tiene todo lo que necesita sobre el mármol, se da cuenta de que tiene que dejar de fingir que no quiere impresionar a la enfermera.

Lo primero que hace es sazonar un bote de garbanzos cocidos: un poco de sal, pimienta, páprika y aceite para tostarlos en la freidora de aire. Después, y una vez limpios, corta los tomates en cuadrados pequeños, al igual que la cebolla y el pimiento verde. Coge un par de aguacates y, con un arte que no tiene, los pela y echa en el bol. Por último, hace un aderezo simple con mostaza de Dijon, aceite de oliva, sal y unos ajos confitados. Utilizará una pieza de pollo que está haciéndose en el horno para completarla.

El timbre suena justo cuando está terminando, y Amber se limpia las manos en el trapo y se dirige hacia la puerta tras mirar la hora en el reloj del salón que hay encima del televisor. Es Vivian; le dijo —a propósito— que viniera media hora antes que su vecina porque quería asegurarse de que ya estaba aquí cuando Elena llegara. ¿Es que teme quedarse a solas con ella?

—Dios mío, Amber, céntrate de una maldita vez y compórtate como una adulta —susurra para sí.

—¿Por qué has tardado tanto en abrir? —se queja Vivian atravesando el umbral como una bala—. Tengo el culo helado, ¿sabes el frío que hace esta noche? —farfulla, quitándose los guantes para poner las manos sobre el radiador después de dejar la bolsa con el postre sobre la mesa.

—Más o menos el mismo que ayer —suelta Amber—. Buenas noches, por cierto.

Vivian levanta la cabeza de golpe y empieza a olfatear como un perro. Tiene la nariz congelada y goteando y su sentido del olfato ha tardado unos segundos de más en funcionar.

—¿Estás haciendo pollo al horno? —pregunta asombrada.

Vivian no ha llegado con hambre, pero su estómago acaba de rugir con el aroma.

—Sí —Amber responde como si no tuviera importancia—. Lo compré para cocinarlo el fin de semana, pero no sabía qué hacer y he pensado que hoy también podía ser un buen día.

Pasa por su lado y entra en la cocina, dejando a Vivian confundida en el salón. Su amiga la sigue con la intención de no hacer ningún comentario a pesar de que ella sabe de sobra que, para que Amber prepare ese plato, hace falta una ocasión especial, pero cuando sus ojos se clavan en el bol de ensalada, no puede detener la lengua.

—¿Asado de pollo y tu ensalada estrella? —pregunta asombrada, y su ceja se levanta—. Para despotricar de ella a todas horas, parece que te esfuerzas mucho en impresionarla.

Amber se gira tan deprisa que tiene que parpadear para que Vivian deje de estar borrosa ante ella.

—No quiero impresionarla, solo dejarle claro que soy mejor cocinera y decoradora que ella.

Se calla cuando se da cuenta de la estupidez que acaba de decir.

—Vale, pasaré esto por alto, pero voy a necesitar un poco de vino para soportarlo.

Vivian abre la nevera, saca una botella y coge dos copas del mueble y las llena casi hasta el borde. Beben mientras hablan de la jornada que han tenido en el trabajo y de que Vivian está pensando hacer un día especial al mes en el que llevar a un autor al café para que firme libros allí.

—Es una idea genial —aplaude Amber.

—Sí, el problema es encontrar a autores dispuestos a venir; tengo que ponerme con ello.

El timbre suena en ese momento, justo cuando Amber iba a sentarse tras haber terminado de preparar la mesa del salón. El estómago se le gira y le vibra con un cosquilleo que disimula haciendo ver que ha tenido un escalofrío. ¿Por qué demonios se siente así? Solo es Elena, su vecina promiscua y mentirosa que se tira a su asistente y le cuenta mentiras a la pobre Prudence, que ha incluido a Elena en sus plegarias todas las noches.

Amber abre la puerta sin pensar y deja de respirar un segundo cuando ve la sonrisa amplia de la enfermera, que lleva el pelo suelto y tiene los mofletes rojos por el frío.

—Vino, no me he olvidado. —Elena levanta una bolsa con dos botellas y Amber se hace a un lado para dejarla pasar.

—¿Qué tal? Soy Vivian, la única amiga de Amber.

Elena se ríe y le estrecha la mano con un apretón fuerte y seguro.

—Yo soy Elena, la vecina molesta que espera poder sumarse a esa lista extremadamente corta y exclusiva de amigas de Amber.

Amber pone los ojos en blanco y le quita la bolsa de la mano.

—Cuando terminéis de decir tonterías, podéis sentaros. Deja el abrigo en el sofá —le dice a Elena.

Durante los siguientes diez minutos, Elena observa con asombro cómo Amber se mueve de un lado a otro, dejando el asado en el centro de la mesa, cortando trozos como si fuera una chef y sirviendo la ensalada en cuencos más pequeños.

Por un momento, Elena no puede decir nada: el pollo tiene una pinta increíble y huele mejor, y la ensalada la está llamando desde que la ha visto. Mientras Amber termina de servir, ella se levanta, abre una de las botellas que ha traído y empieza a llenar las copas sin estorbar a la anfitriona, que la ve moverse por su lado y, en lugar de molestarle, le gusta, porque parece que en una casa tienen la misma coordinación que en el hospital.

—Si alguien quiere más, que lo diga, hay de sobra —dice Amber, tomando asiento al lado de Vivian, frente a Elena.

Después coge los cubiertos y se queda muy quieta, con los ojos clavados en su vecina a la espera de que se lleve el primer bocado a la boca, porque necesita asegurarse de que le gusta, y eso solo puede hacerlo viendo la cara que pone tras probarlo, porque alabar una comida es fácil y se puede mentir aunque esté nauseabunda, pero las expresiones no fallan.

Elena corta un trozo de pollo, se lo lleva a la boca y los ojos se le cierran de golpe mientras sacude una mano y casi bota sobre la silla de pura emoción.

—Dios mío —dice, abriendo los ojos mientras se relame—, creo que hacía años que no me comía algo tan bueno; está delicioso.

Amber no puede describir el placer que siente al escucharla; los labios se le estiran aunque intente evitarlo y la cara se le ilumina de un modo que hace que Vivian, que ha presenciado toda la escena, encienda todas sus alarmas.

—Amber es una cocinera excelente; este es uno de sus mejores platos y solo lo hace en ocasiones especiales —explica Vivian—, así que tendrás que venir más a menudo, porque por mí no lo hace nunca.

Amber se atraganta con el vino y, cuando los ojos curiosos y hambrientos de Elena se clavan en ella, tiene que taparse la boca para no escupir al toser.

—No es una ocasión especial —se defiende, con la cara morada como el vino—. Es solo que hace tiempo que no lo hago y me apetecía comerlo.

—Claro —dice Vivian.

—Yo no dudaba ni por un segundo de que serías buena cocinera —dice Elena, devorando la ensalada a cucharadas—. Eres una excelente decoradora —señala hacia la entrada—, y una médica mejor; estoy segura de que eres magnífica en todo lo que haces.

Amber parpadea sorprendida por la naturalidad y la sinceridad con las que ha hablado mientras sigue comiendo como si llevara semanas pasando hambre y Vivian vuelve a mirar entre las dos.

—¿Te pongo más? —pregunta Amber, con un ligero temblor en la mano cuando señala la bandeja con el pollo.

—Por favor. —Elena levanta su plato.

Los siguientes minutos —para sorpresa de Amber, que pensaba que la cena sería incómoda— pasan con una naturalidad impresionante. Elena y Vivian han conectado de inmediato y se comportan como si se conocieran desde hace años, hablando sin parar con la enfermera respondiendo todo tipo de preguntas que lanza su amiga y cuyas respuestas ella escucha con atención porque algunas son personales y le están permitiendo conocer un poco más a su vecina. Elena habla de su familia con adoración, de su infancia feliz, de que supo que quería ser enfermera desde que su tía —

enfermera también— le curó una herida en la rodilla cuando era pequeña, mientras le explicaba cómo era su trabajo en el hospital.

—¿Y tú, Amber? No estás hablando mucho —dice Elena, que no le ha quitado los ojos de encima en toda la velada.

—Mi vida es aburrida; no tengo mucho que aportar.

—Eso lo dudo bastante. —Elena se la come con los ojos, sin disimular, y Vivian se limpia los labios con la servilleta antes de hablar.

—Claro que tiene cosas que contar: ha sido una madre estupenda de unos gemelos que eran dos torbellinos, ha sabido darles amor, convertirlos en dos personas maravillosas y no se ha quejado ni una vez de las horas que ha pasado sin dormir. ¿Te acuerdas del día que me llamaste histérica porque no los encontrabas?

Amber abre mucho los ojos; ella no quiere recordarlo porque se puso como una auténtica histérica.

—No creo que a Elena le interese eso. —Hace un aspaviento con la mano.

—Me interesa todo de ti —suelta la enfermera con ese descaro al que Amber no se acostumbra y que, sin embargo, hace que su autoestima suba por las nubes y su cuerpo se relaje, hormiguee en algunos sitios que no debe y su sonrisa aparezca sin permiso.

—Pues verás —empieza Vivian, y Amber se desconecta y se queda mirando a Elena, sorprendida por la atención con la que escucha y el montón de preguntas que hace después, pidiendo a Vivian que le cuente cosas de la doctora, riendo con las anécdotas que sacan los colores de Amber y reclamando más información como si de verdad quisiera saberlo todo de ellas.

—Bueno, debería marcharme ya; mañana por fin se decide el concurso y tengo que madrugar para dar los últimos retoques y asegurarme de que todo está como quiero —dice Elena, y a Amber se le tuerce el gesto, aunque después se le pasa cuando la enfermera sigue hablando—. Me ha encantado venir; me lo he pasado muy bien. —Elena coge su abrigo mientras Amber y Vivian se acercan a la puerta para despedirla—. La cena ha sido exquisita y la compañía mucho mejor.

El último comentario lo hace mirando directamente a Amber, que deja de respirar mientras su amiga se despide de su vecina con un abrazo que le parece exagerado para el poco tiempo que hace que se

conocen, ¿o es que tiene envidia? Claro que no, ella no quiere que Elena la toque.

—Suerte en el concurso mañana, Amber, que gane la mejor.

Elena le tiende la mano y Amber tarda un segundo en cogérsela, pero cuando lo hace, una especie de corriente demasiado agradable le recorre el brazo entero, le baja por el cuerpo y le provoca un calor interno que la deja ahí, con su mano cogida, las dos mirándose como si no hubiera nadie más ni prisa por soltarse.

Vivian tose para llamar su atención y Amber suelta su mano y da un paso atrás.

—Sí, que gane la mejor.

Elena se va y Vivian se pone su abrigo para marcharse también.

—¿Hay algo que quieras contarme sobre vosotras? —pregunta antes de abrir la puerta.

Amber se pone rígida.

—No sé a qué te refieres; es mi vecina y mi compañera de trabajo, nada más.

—¿Segura? Porque ella parece realmente interesada en ti y a ti parece gustarte mucho cómo te mira.

—Solo he sonreído para ser educada; ahora vete, que tengo que recoger todo esto y quiero acostarme pronto.

—Con ella has sido mucho más amable —dispara Vivian antes de salir.

Amber se queda frente a la puerta cerrada, mirándose la mano que hace un minuto estaba unida a la de Elena Bishop. Todavía la nota ahí.

Capítulo 13

Amber camina libreta en mano y el ceño fruncido, producto de la concentración extrema del momento. Va marcando recuadros de la gran lista que, como todos los años, imprime para cerciorarse de que no se le ha pasado nada por alto. Ha pulido su técnica, y a estas alturas es muy poco lo que se le olvida, pero aun así tiene que confirmar tres veces que todo está perfecto.

Levanta la cabeza y sonríe complacida al ver la conexión y las tomas de luz ancladas al tejado. Allí aguarda la sorpresa final para esta noche, la noche en que se celebra por fin el concurso de decoración de casas del barrio y en el que espera ganar una vez más. En cuanto lo piensa, su cuello se gira hacia la casa de enfrente; Elena no ha salido en toda la mañana para revisar su jardín y eso la hace llenarse de ilusión, porque Amber —por experiencia— sabe que si no se hacen esas últimas comprobaciones, algo siempre puede fallar.

El timbre de su móvil la sobresalta y entierra la mano en uno de los bolsillos de su chaquetón. El nombre de Vivian aparece en la pantalla y ella no duda en contestar de inmediato.

—Hola, Viv —saluda con tono alegre, contagiada por el día tan especial.

—Eh, te noto contenta y eso me alegra —señala la mujer al otro lado de la línea—. ¿Cómo van los preparativos?

Amber echa un rápido vistazo a su lista; solo le quedan por revisar un par de decoraciones.

—Casi acabados —responde mientras se arrodilla frente a las casitas que bordean el jardín—. Lo tengo todo controlado.

—¿Nerviosa? —quiere saber su amiga—. Imagino que tienes la adrenalina hasta arriba; este año por fin cuentas con una contrincante a tu nivel.

La doctora Carver se endereza al instante como si alguien le hubiera pinchado la espalda por detrás. No, no estaba nerviosa hasta el preciso momento en que su mejor amiga ha hecho alusión a Elena Bishop. Vuelve a mirar la casa de su vecina y todo lo que ve es tan

bonito que no sabe si el cosquilleo en su pecho es por envidia o miedo. De cualquier forma, no va a confesar sus temores: lleva muchos años adjudicándose el primer lugar y no solo por tener buen gusto, sino también porque Amber es una buena estratega: coloca las decoraciones más llamativas delante, no usa relleno innecesario, distribuye bien las figuras que tienen movimiento y no sobrecarga ningún espacio. Por supuesto, deja lo mejor para el final; las bases del concurso son muy específicas y ella se las sabe de memoria. Los jueces —normalmente tres— pasean durante varias noches por las calles del barrio, toman nota de todo lo que ven y se aseguran de que cumplen cada una de las exigencias. Luego, cuando llega la última etapa, es decir, hoy, cada participante puede mostrar algo que hasta ahora mantenía oculto como una especie de truco final para sorprender. Y en eso Amber es experta.

—Estoy tranquila —miente como una actriz de renombre—. Y estoy contando las horas para colocar el premio en mi estantería. Ya he hecho un espacio para él.

Vivian tarda en responder y Amber entrecierra los ojos. Su amiga no estará dudando de su victoria, ¿no?

—Bueno, espero tu llamada después de que repartan los premios —dice, y Amber sabe que está poniendo cuidado en sus palabras. Maldita traidora—. Siguiendo con tu absurda tradición, no te acompañaré esta noche.

—No es absurda. —La doctora Carver mueve la cabeza mientras entra en casa. Se le ha enfriado el cuerpo de golpe—. Las únicas veces que he perdido es porque Douglas, tú o los niños os habéis empeñado en acompañarme.

Vivian chasquea la lengua; su amiga es bastante obsesiva cuando se trata de este concurso. Cuando se dio cuenta de que —casualmente — ganaba cuando estaba sola y perdía al tener compañía, obligó a todos a alejarse de la casa mientras los jueces deliberaban y elegían al vecino que se llevaría el primer premio. Una auténtica pirada.

—Sí, ya. En fin, tengo que dejarte. —Varias voces se cuelan por el auricular y Amber supone que Vivian tiene movimiento en la cafetería—. Que tengas bu…

—Ni se te ocurra —la amenaza Amber con rudeza.

Vivian suelta un bufido; a veces se le olvida que desearle suerte a Amber es lo mismo que empujarla a perder, según ella.

Cuelgan la llamada en el momento en que la doctora está en medio de su salón. El silencio la golpea, ese que está presente desde que sus gemelos se marcharon y Douglas se mudó. Suspira con tristeza; hay días que extraña tanto a su familia que se pregunta si aceptar divorciarse fue buena idea. No ama a Douglas, ya no, no siente deseo por él ni le apetece siquiera dormir en la misma cama, pero se lleva tan bien con su exmarido que no puede evitar pensar cómo sería su presente si él estuviera aún allí cada día.

• • •

Un hombre con un ligero sobrepeso, una barba poblada y pelo más bien escaso se detiene frente a la casa de los Aston. A su lado, dos mujeres, una con aspecto alegre que no deja de sonreír y otra con el gesto torcido, como si alguien la hubiera obligado a estar allí. Los tres llevan una carpeta en la mano, en la que van haciendo anotaciones, caminan de un lado a otro, se agachan para ver de cerca alguna figura y dan la vuelta por el jardín.

—Joder, qué espanto —susurra Amber para sí misma. El jardín de sus vecinos hace daño a la vista; hay tantos objetos juntos que resulta difícil decidir adónde mirar. Eso por no hablar de la cantidad de luces y colores elegidos sin ningún criterio que adornan cada maldito centímetro de la fachada.

Hay bastante gente reunida alrededor y un poco más adelante están los finalistas del concurso. Hace veinte minutos que ha comenzado el recorrido después de que los jueces indicaran que ella, Elena Bishop —cómo no— y la familia Aston serían los que disputarían el premio final. Las demás casas fueron descartadas y han recibido un triste diploma por haber participado. Amber observa a la enfermera de reojo, que parece tan animada como un niño viendo a Papá Noel en persona, tiene las mejillas rojas por el frío y no ha parado de sonreír desde que ha llegado.

—Qué bonito —le dice a Amber, y la doctora no sabe si habla en serio o su comentario incluye una bien merecida burla para esa monstruosidad—. Me lo estoy pasando muy bien, ¿y tú?

Amber nunca se lo pasa bien porque sus contrincantes jamás han sido competencia para ella y más bien suele aburrirse. Sin embargo, hoy lo que está es cagada de miedo; siente cómo sus manos tiemblan

y no es precisamente por el frío, sino porque sabe que su atesorado primer puesto se tambalea gracias a la mujer que tiene a su lado.

—Sí, es divertido. —Hoy es una mentirosa profesional, lo sabe.

—¿Tiene algo más que enseñarnos? —pregunta el juez, y Ted Aston sonríe a la vez que da un asentimiento.

El hombre se acerca a un lateral de la casa, abre una pequeña caja y aprieta un botón. Empieza a sonar una música navideña y... todo queda a oscuras.

—¿Qué pasa, papá? —pregunta el niño, desconcertado.

Ted aprieta el botón varias veces y se mueve de un sitio a otro intentando encontrar qué ha fallado. Amber sonríe con malicia; este hombre sin criterio decorativo esta vez ha sobrecargado el sistema eléctrico. No se asombra: hay tantas luces como para iluminar el barrio al completo.

—Casa treinta y siete, familia Aston, descalificada —anuncia una de las mujeres —la amargada—, y se oye el murmullo de los espectadores.

El niño —que tendrá unos doce años— se enfurece y da un grito que la sobresalta. Empieza a patear el suelo con rabia mientras su madre intenta calmarlo. En esos momentos, Amber agradece que sus hijos no hayan sido de esa forma.

—Vamos a continuar —prosigue el juez, y todos caminan hasta llegar a la casa de Elena. Por norma, la ganadora del año pasado es la última en participar.

Elena le sonríe y el corazón de Amber da un vuelco. Esta mujer siempre consigue la manera de que se sienta llena de atención: da igual en el lugar en que estén, Elena le regala miradas que la hacen saberse única.

Se repite la escena de hace un momento: los jueces toman nota mientras lo inspeccionan todo y dan vueltas por el jardín a la vez que comparten entre ellos opiniones que nadie más oye. Cuando el juez pregunta si quiere enseñar algo más, su cuerpo se tensa por completo. Este es el momento que ha temido desde el principio porque si su vecina ha tenido el gusto para hacer tal decoración, su truco final tiene que ser...

—Joder —exclama quizá demasiado alto, pero lo que está viendo no le da opción a decir otra cosa.

De la esquina derecha del tejado ha aparecido un reno de tamaño mediano, es de color blanco y de inmediato otras luces se encienden,

haciendo que aparezcan más de esos bichos y un Papá Noel con una jodida bolsa de regalos en el hombro. Es como ver un vídeo en 3D; todo es tan mágico que los presentes se han quedado sin palabras.

—Qué pasada —escucha Amber a un grupo de niñas detrás de ella —. Es lo mejor que he visto nunca.

La doctora Carver se siente odiosa al desear callar a esas niñas con un balde de agua muy fría. Se recompone: aún no ha perdido; ahora le toca a ella.

—Bien —dice el juez y todavía mantiene la expresión de asombro por lo que acaba de ver—. Vamos a la última casa.

En unos segundos están frente al jardín de la doctora y todos guardan silencio expectantes mientras los jueces hacen su trabajo. Ella se va preparando y se posiciona al lado del interruptor que Douglas ha instalado y, cuando le dan la señal, mueve el dedo para que comience el espectáculo.

Una luz de color rojo parpadea en el suelo, justo a la mitad del jardín, y dos segundos después empieza a moverse con velocidad por todo el césped. Otras pequeñas luces se unen a ella y representan una especie de carrera que acaba sobre la fachada de su casa. De repente, el sonido de los fuegos artificiales lo inunda todo a la vez que se va dibujando en la pared la figura de varias personas, una familia, que se abraza con la llegada del año nuevo. Cuando la imagen queda estática, el público aplaude con fuerza y los jueces levantan las cejas impresionados.

—Amber, es... es espectacular. —Elena se materializa a su lado sin que ella sea consciente. Sonríe ampliamente mientras la observa con los ojos muy abiertos—. Es precioso, de verdad; has hecho un gran trabajo.

Se siente una completa mezquina: ella no ha sido capaz de decirle unas palabras como esas a Elena cuando ha tenido la oportunidad, así que aprovecha el momento.

—Gracias, la tuya también ha quedado muy bonita —dice y le devuelve la sonrisa—. Me has dejado impresionada.

—Eso espero —suelta y ladea los labios en un gesto tan sensual que las rodillas le tiemblan.

Está a punto de replicar cuando los jueces las llaman: parece que ya tienen el veredicto, así que Elena y ella se acercan a ellos.

—Han hecho un gran trabajo —anuncia el hombre con gesto solemne—. Todos los participantes lo han hecho, pero solo hay un

primer lugar, así que nos gustaría anunciarlo.

Todo el mundo guarda silencio y el juez le hace una señal con la cabeza para que su compañera entusiasta diga los nombres.

—El segundo premio del concurso decorativo de 2026 es para… —Hace una pausa de unos segundos—. Amber Carver y la ganadora de este año es Elena Bishop.

Amber se queda petrificada en su sitio, escucha los vítores de los presentes y apenas puede parpadear. Oye que Elena la felicita, ¿por qué demonios lo hace si ha perdido?, y acto seguido le entregan el horrible diploma que piensa quemar en la chimenea. Luego le dan una pequeña estatuilla y les indican que posen para la foto. A Amber le cuesta sonreír, pero por el rabillo del ojo mira a su enemiga con los labios estirados a la vez que levanta su premio.

Todo para ella es ruido de fondo y, cuando se da cuenta, está cerrando la puerta de su casa, todavía absorta por lo que acaba de pasar. Camina hasta la cocina, se sirve un poco de vino y se sienta aún con la mirada perdida. Algún tiempo después, el timbre suena y, aunque podría fingir que se ha mudado, no quiere ser maleducada. A menudo, los vecinos pasan por casa para felicitarla, aunque esta vez no sabe si tiene mucho sentido.

—Hola. —La voz de Elena le llega en el momento en que abre la puerta—. Te he traído esto. —Extiende una botella de vino y una bolsa de papel con algo cuadrado—. Has sido una gran rival.

Amber la mira sin saber qué decirle; Elena ha tenido la deferencia de traerle un presente con toda la buena fe mientras ella aún trata de comprender qué es lo que siente.

—Gracias —dice y recibe los regalos. La botella la pone en la mesilla de la entrada y abre la bolsa de papel—. ¿Estos somos…?

Las palabras se le atascan en la garganta con un nudo que amenaza con dar rienda suelta a su llanto. Tiene que hacer fuerza para no romperse allí mismo frente a su vecina.

—Bueno, no son exactamente tus hijos, pero es la representación de ellos —explica con la voz baja.

Amber levanta la bola de nieve navideña de cristal, con una base decorativa de cerámica en tonos crema y rojo oscuro. En su interior hay tres muñecos de aspecto delicado, cabezas ligeramente grandes, rasgos sencillos y mejillas sonrosadas. En el centro aparece una doctora con bata blanca, uniforme azul y un estetoscopio alrededor

del cuello. A ambos lados, dos jóvenes, una chica y un chico, vestidos con ropa de invierno. Es Amber con sus gemelos.

—Es perfecto, muchas gracias, Elena.

La enfermera encoge los hombros y se despide de ella levantando una mano. Se gira y cruza la calle al mismo tiempo que Amber cierra la puerta preguntándose qué es todo eso que su vecina le está haciendo sentir.

Capítulo 14

Amber está sentada con la espalda contra el cabecero de la cama y la mirada fija en la pared de enfrente, donde tiene un televisor que algún día debería quitar de ahí porque ella jamás lo ha utilizado, fue un capricho de Douglas que decía que necesitaba poner un documental para dormirse y se quedaba traspuesto a los cinco minutos, pero no es en eso en lo que está pensando desde hace media hora, cuando ha abierto los ojos después de una noche en la que ha dormido a trompicones. Son las seis de la mañana y Amber no empieza a trabajar hasta dentro de una hora, y lleva despierta desde las cuatro, pensando en la noche de ayer.

Al principio le costó dormirse, estaba muy acelerada y daba vueltas en la cama sin parar, desesperada, creyendo que estaba furiosa porque había perdido el concurso por primera vez en muchos años por culpa de esa vecina de enfrente que había llegado a su barrio sin permiso y había irrumpido en su vida como un huracán, sacudiéndolo todo, pero entonces, tras varios minutos dando vueltas al asunto, se dio cuenta —con espanto— de que no era en el concurso en lo que pensaba, sino en el momento en el que sonó su timbre y Elena apareció al otro lado de la puerta con una botella de vino y esa bola de cristal que hizo que Amber sintiera que se le olvidaban todas las penas.

Cuando Elena se marchó, ella se quedó allí, mirando las tres figuras a través del cristal intentando descifrar qué era lo que le pasaba, porque en cuanto su vecina se fue, ella sintió un vacío que no sabía explicarse. Se suponía que era eso lo que deseaba, que desapareciera de su vista, pero lo había hecho y ella notaba un desasosiego incomprensible, hasta que, sin darse cuenta, se llevó los dedos a los labios y descubrió, con los ojos muy abiertos, que había querido besarla, que cuando su vecina, con las mejillas rojas por el frío y esa expresión alegre que tanto la irritaba, la había mirado a los labios un instante antes de despedirse, Amber había querido que la besara.

Se incorporó de golpe entre las sábanas cuando lo entendió, como si hubiera tenido una pesadilla de la que acababa de despertarse, pero no lo era, solo era ella consumida por las ganas de besar a su vecina. Quiere besar a Elena, y la constatación de ese hecho es la que la tiene ahí, sin parpadear, como una perturbada mientras se intenta convencer de que ella no puede querer eso por innumerables razones. Para empezar, Elena es insufrible, es descarada, miente a señoras mayores y se tira a su asistente.

Cada vez que piensa en esto último, siente que el estómago se le retuerce. ¿Debería preguntarle a Cristal si todavía se ven? O mejor, prohibírselo bajo la amenaza de despedirla. Amber sonríe con maldad ante la idea, pero de inmediato lo aparta porque ella no es así, no es una mujer celosa y, aunque lo fuera, no tiene ningún motivo para sentirse celosa de Elena porque ella no le gusta, por supuesto que no, ella la odia porque la ha hecho perder un estúpido concurso que estaba aburrida de ganar.

Al fin se decide a levantarse y se maldice por haberse quedado en la misma posición tanto rato porque al moverse le han crujido partes del cuerpo que le preocupan. Se da una ducha y, mientras se hace el café, empieza a leer todos los mensajes de apoyo de sus hijos, de Vivian y de Douglas tras enterarse de que había quedado en segundo lugar. Anoche no pudo hacerlo, no se sentía capaz de soportarlo, pero ahora se sorprende porque en cualquier otro año habría contestado desde la indignación diciendo que los jueces no tenían criterio y que el concurso estaba amañado desde el principio, pero esta vez solo da las gracias a todos por el cariño, les dice a sus hijos cuánto los echa de menos, le pregunta a Douglas cómo está del catarro que arrastraba desde hacía un par de días y le recuerda a Vivian que hoy no podrá pasar por el café porque tiene turno doble en el hospital.

Tras beberse su café, coge su bolso y se marcha hacia el trabajo con una calma que la sorprende porque solo puede pensar en el gesto de Elena, en ese momento en el que apareció con un regalo después de ganar, cuando Amber está convencida de que, de haber sido al revés y resultado ella la ganadora, se habría plantado en su casa solo para restregárselo con toda esa rabia que llevaba semanas acumulando. ¿En qué clase de persona la convierte eso? No le gusta lo que piensa de sí misma, la mujer amargada en la que se ha transformado tras un divorcio que en el fondo sabe que era necesario.

Cruza la puerta del hospital con otro ánimo, dispuesta a redimirse, a ser amable con Elena y demostrarle a la enfermera que no es desagradecida, que sabe perder y que no le guarda rencor por arrebatarle su premio, bueno, quizá un poco sí, pero se le pasará, está segura.

—Buenos días a la doctora más guapa del hospital.

Amber se gira tan rápido que la sala de urgencias le da vueltas durante un momento. Frente a ella, está Elena con esa expresión radiante y las manos metidas en los bolsillos del uniforme.

—¡Qué pronto has llegado! Buenos días —saluda Amber.

—Debo confesar que no he dormido mucho esta noche —admite Elena.

—¿Por lo del premio? —pregunta Amber mientras ambas caminan hacia el vestuario, donde ella deja sus cosas en la taquilla y empieza a cambiarse al tiempo que Elena se sienta en el banco para esperarla.

No es algo nuevo, lleva pasando varios días y no es hasta hoy cuando Amber repara en lo mucho que se ha acostumbrado a ella, y empieza a pensar que a lo mejor tiene algún tipo de trastorno que no le permite comportarse con coherencia, porque no se explica que cuando está con ella simplemente se olvide de todo y disfrute de su compañía —porque Amber disfruta mucho a su lado— y cuando Elena desaparece de su vista, ella se pone maldita y despotrica contra una mujer que en realidad sabe que nunca le ha hecho nada.

—Bueno, supongo que sí. —Elena se sonroja, le sabe mal hablar de esto con Amber, pero siente que es la única que la puede comprender porque es la única persona a la que conoce que vive la Navidad con tanta pasión como ella—. Llevaba muchos años queriendo poder participar en un concurso así, y ahora que lo he conseguido y he ganado no sé cómo sentirme. Siempre me imaginaba celebrándolo por todo lo alto con Ruth, mi amiga, pero anoche me di cuenta de que no me apetecía, que solo tenía ganas de estar tranquila en casa.

—Pero viniste a la mía —murmura Amber.

—Sí, bueno, me pareció lo mínimo que podía hacer, pensé que a lo mejor estabas triste, yo lo hubiera estado, y quise animarte.

Amber se queda mirándola, con el cuerpo burbujeando y un calor repentino subiéndole desde los pies hasta la cabeza.

—¿También fuiste a consolar a los Aston?

Los ojos de Elena se abren mucho y en su expresión se dibuja una sonrisa malvada.

—No, joder, fueron tan horteros que merecían perder.

Amber suelta una carcajada profunda que le sacude todo el cuerpo y hace que Elena la recorra con la mirada con ese destello de fuego en los ojos que Amber ya ha detectado varias veces y que hasta ahora se negaba a ver como lo que es: deseo. Carraspea y mueve los hombros mientras busca algo de lo que hablar para cortar esta tensión sexual que está invadiendo el vestuario y poniéndola muy nerviosa, y entonces se queda muy quieta cuando cae en un detalle en el que no había pensado hasta ahora.

—Un momento, ¿cuándo compraste mi regalo? La bola de cristal, porque no creo que fuera anoche.

—No, claro que no, la compré hace unos días —dice Elena sin entender.

Amber se pone las manos en la cintura con la intención de dar miedo, pero a Elena solo le parece sensual.

—Es decir, que estabas segura de que iba a perder, por eso lo compraste con tiempo.

Elena la mira un momento y después suelta una risita y levanta la mano.

—Culpable. No voy a decir que no deseaba que lo hicieras, pero en realidad no estaba tan segura, solo lo compré por si acaso.

—¿Y qué hubieras hecho con él si no hubieras ganado?

Elena se levanta.

—Dártelo igualmente, lo compré para ti.

Amber no sabe qué decir.

—Gracias, de verdad, no sabes cuánto me gustó.

Elena sí que lo sabe, se lo vio en la expresión y eso le sorprendió porque la llenó más que el hecho de haber ganado.

—¿Lista? Hoy nos espera un turno largo y aburrido. Las urgencias están casi vacías —dice Elena cuando salen al pasillo.

—¿No tenemos ningún paciente ahora?

La enfermera niega con la cabeza.

—No, solo hay dos boxes ocupados ahora mismo, es casi un milagro.

—Entonces podemos aprovechar para desayunar. Te invito, así celebramos tu triunfo y me cuentas de una vez de dónde sacaste todas esas ideas.

—Será un placer.

Las dos mujeres caminan una al lado de la otra en un silencio cómodo que Amber ya no sabe cómo interpretar. Está nerviosa, mirando a Elena de reojo, hacia esos labios que ahora se muere por besar y, cuando Elena la pilla, Amber no retira la vista y las dos se detienen cerca del hueco de las escaleras.

—Oye —empieza Elena—, me gustaría volver a cenar contigo, pero esta vez, tú y yo solas.

El corazón de Amber da un vuelco.

—No me malinterpretes, Vivian me cayó muy bien y me encantará verla de nuevo, pero quiero pasar tiempo contigo, conocerte mejor y…

Amber está a punto de decir que sí, que ella también lo está deseando y que también desea lo que intuye que pasará si se quedan a solas en su casa, pero entonces aparece una enfermera en el pasillo y las llama para una urgencia.

—Seguiremos esta conversación en otro momento. —La señala Elena, y la respuesta de Amber es sonreír.

A pesar de que la mañana parecía tranquila, todo se complica después y las siguientes horas son un no parar que no les permite respirar ni un segundo. Elena se escapa cuando puede y aparece con un café para cada una y algún sándwich de la máquina que Amber degusta con deleite solo porque se lo ha traído Elena, porque a ella la asquea esa comida.

—Necesito ir al baño —dice Amber apretando los muslos.

—Aprovecha, nuestro paciente no necesita nada hasta que lleguen los resultados de las pruebas —dice Elena.

Amber atraviesa el pasillo como una bala, sin ser consciente de cuánto tiempo ha estado aguantando las ganas de orinar. Se encierra en uno de los baños y empieza a cortar trozos de papel higiénico que va colocando por la tapa, no porque se quiera sentar, sino por miedo a calcular mal y que su pierna roce el inodoro, y está en plena operación antibacterias cuando alguien entra y Amber se queda muy quieta tras escuchar el nombre de Elena.

—¿Crees que Elena ha ganado ya la apuesta? —pregunta una mujer cuya voz a Amber no le suena en absoluto.

—Estoy segura de que sí. —La voz que contesta sí la reconoce, es una enfermera de urgencias que se llama Susan—. Tiene a la doctora Carver comiendo de su mano, ¿las has visto esta mañana en el

pasillo? Si no fuera porque sé que es una apuesta, diría que Elena también siente algo por ella.

Amber se sienta en la taza, tan hundida que se siente como una auténtica mierda, así que está donde tiene que estar. Debería estar sintiendo una rabia profunda ahora que sí que tiene motivos reales para odiar a Elena, pero lo que siente no es eso, es otra cosa que le ha cerrado la garganta y la hace tener ganas de llorar. Está decepcionada, y desilusionada, porque sí, Amber se había hecho ilusiones, pero, al parecer, todas esas miradas profundas de Elena y esas otras tantas que la han hecho sentirse tan deseada han sido pura ficción. Elena solo se ha acercado a ella por una maldita apuesta.

Capítulo 15

—Hija de puta —susurra Amber con los dientes tan apretados que siente cómo la presión le sube por la mandíbula hasta la cabeza.

Una vez está segura de que el baño se ha quedado vacío y ese par de chismosas se han marchado, sale del cubículo abriendo la puerta con tanta fuerza que rebota en la pared. Se lava las manos como si hubiera tocado un trozo de mierda y, cuando levanta la mirada, el espejo le regala el reflejo de algo que le molesta demasiado: el de una mujer herida.

—Doctora Carver, viene de camino la ambulancia con una herida leve por un accidente de tráfico. —Una enfermera irrumpe en el baño y se lleva la mano al pecho cuando Amber la mira con furia. —La esperamos fuera.

La pobre chica desaparece tan rápido como ha llegado y Amber tiene que darse un momento para intentar serenarse. No puede ser esa médica odiosa que mira a sus compañeros de esa manera, mucho menos porque alguien ha decidido jugar con ella de la forma más mezquina que conoce. Toma un par de respiraciones controladas y entiende de un momento a otro lo mucho que le ha afectado que todas esas atenciones, miradas y halagos de parte de Elena no hayan sido más que una actuación para conseguir un premio. ¿De verdad era necesario? Amber no lo cree, pero más le enfurece el hecho de que ella misma se haya dejado seducir y, sobre todo, que su cuerpo le abriera una pequeña puerta a esa miserable.

Sale del baño con la barbilla levantada; tiene una urgencia que atender y nada que tenga que ver con el sonido horrible que ha escuchado hace un momento, cuando se le ha roto el corazón en varios pedazos, va a influir en su trabajo.

—¿Qué esperamos? —pregunta deteniéndose al lado de la doctora Cadwell—. Accidente múltiple, sin heridos de gravedad. Vamos a atender a una madre que se ha dado un golpe con el cristal de la ventanilla cuando ha recibido el impacto lateral. Los dos adolescentes que venían con ella están bien, sin lesiones.

Amber asiente y se coloca los guantes de látex para tener algo que hacer mientras llega la ambulancia. Sabe que Elena está allí, puede sentir su olor y la mirada clavada en alguna parte de su cuerpo.

—Allí vienen —anuncia la jefa de urgencias y se hace a un lado para que Amber tome el control.

La doctora Carver se concentra en la paciente, una mujer de cuarenta y cinco años con un cuadro ansioso que hace que el cuerpo le tiemble con violencia. Gira el cuello de un lado a otro y Amber, que también es madre, sabe lo que busca.

—Tracy, tus hijos están bien —dice con la voz baja—. Fuera de peligro, la única que ha recibido un golpe has sido tú.

La paciente mira a Amber, tiene los ojos llenos de lágrimas y el labio inferior le tiembla.

—Soy la doctora Carver y me ocuparé de ti junto a… —Se queda callada; no es capaz de mencionar el nombre de la mujer que ha traicionado su confianza—, las enfermeras de turno. Cuidaremos de ti, ¿de acuerdo?

Tracy apenas mueve la cabeza en un leve asentimiento antes de pasarse los dedos temblorosos por la mejilla húmeda por el llanto.

Amber empieza la exploración y en ningún momento levanta la cabeza. Lanza órdenes y peticiones sin mirar a nadie, lo que hace que Elena frunza el ceño con cierta confusión. Algo ha cambiado; puede notarlo porque hace unos minutos, Amber le sonreía con los ojos brillantes y estaba absolutamente segura de que —al igual que ella— estaba entusiasmada con la idea de cenar a solas.

Pasados unos minutos, Amber solicita un par de pruebas que considera importantes. La mujer parece estar bien, pero sabe que un golpe así puede causar una conmoción cerebral y ella quiere estar segura de que no le da el alta a una madre que puede acabar desplomada frente a sus hijos por un mal diagnóstico.

—No creo que esta…

—Haz lo que te pido, por favor.

La doctora Carver corta cualquier intento de Elena por aconsejarle que esa prueba no es necesaria. No lo hace porque esté furiosa —que también— sino porque ya no es esa médica insegura que volvió a un hospital después de tantos años. Sabe qué hacer en la mayoría de los momentos y este es uno de ellos.

—Claro, doctora. —Elena busca su mirada, pero Amber no le da el gusto de devolvérsela. Que se joda la apostadora.

El doble turno no solo es agotador sino también agónico. La sala de urgencias ha tenido picos de trabajo extenuantes y otros en los que las horas pasaban sin que entrara nadie, pero lo peor que ha llevado Amber es tener que trazar estrategias dignas de un militar entrenado para mantenerse fuera del alcance de Elena Bishop. Han atendido a varios pacientes juntas y la doctora se ha comportado de forma profesional, rozando la frialdad. Ha ido a descansar en una sala de la planta tres donde ha descubierto que algunos de sus colegas usan el tiempo libre en hacer de todo menos dormir porque está alejada de miradas curiosas. Cuando ha entrado en la cafetería para comer algo, se ha sentado en una mesa con unos sanitarios que no conoce, todo con tal de no ponerle a Elena el caramelo en la boca y darle la oportunidad de hablarle porque ¿qué va a decirle? Amber no se siente preparada para tener ningún tipo de conversación con esa canalla.

En cuanto Amber acaba con su último paciente, se lanza con rapidez al vestuario. No se cambia de ropa como es habitual porque hacerlo sería seguir con la rutina que ha instaurado los últimos días, cuando Elena también estaba allí con ella y charlaban durante un rato antes de despedirse. Esta vez, se coloca la bufanda y la chaqueta, y coge su bolso para salir de ese hospital que hoy ha sido como una especie de mazmorra, solo que con batas blancas.

Elena la observa atravesar las puertas que llevan al exterior y durante un segundo se debate si ir o no tras ella, pero decide dejarlo porque sabe que Amber necesita espacio cuando algo le ocurre. No tiene claro qué es lo que le pasa, puede intuir que quizá echa en falta a sus hijos, ha perdido un concurso que anhelaba ganar y hoy ha sido un día bastante largo. Mañana ambas libran y espera poder acercarse a casa de su vecina para hablar con ella en un ambiente más distendido; la jodida Ruth no para de darle la brasa con que va perdiendo y eso no lo va a tolerar.

• • •

—¿Que ha hecho qué? —La expresión de Vivian es de desconcierto. Parpadea con incredulidad ante lo que su mejor amiga le acaba de contar.

—Una apuesta —repite Amber con enfado y se lleva la copa de vino a los labios, tomando un trago demasiado largo—. No sé quién más está involucrado, pero seguro que medio hospital está al tanto. Esas dos mujeres lo comentaban en el baño como si fuera algo normal, ¿sabes? Como si estuviéramos en el instituto y fuéramos crías descerebradas que aún no han madurado lo suficiente como para entender que jugar así con las personas no está bien.

Amber coge aire; se le ha escapado todo el oxígeno en medio del desahogo. Vuelve a tomar un poco de vino y sus hombros se hunden otra vez.

—Joder, es que me cuesta creerlo. —Vivian sigue con el mismo gesto en el rostro mientras niega con la cabeza. —No parece esa clase de mujer; además, la forma en que te miraba en la cena, Amber, parecía bastante real.

La doctora suelta una risa irónica y después chasquea la lengua. Sí, a ella también le parecía verdadero cada uno de los gestos que Elena tenía con ella. No solo la forma de mirarla, sino de centrarse en Amber como si ella fuera su único foco de atención. Las conversaciones que han tenido en los pasillos del hospital, en el vestuario y en la cafetería, todo parecía real.

—Tiene que estar muy desesperada porque anoche se presentó en mi casa con un regalo. —Los dedos de Amber se aprietan alrededor de la copa con fuerza. —Botella de vino incluida, supongo que quiere emborracharme para que abrirme de piernas sea más fácil.

Vivian se remueve incómoda porque, si su amiga está en lo cierto, Elena Bishop no es diferente a esa clase de hombres de los que ella misma ha huido media vida. Le molesta y le sorprende a partes iguales porque, al conocerla y observar cómo se comportaba con Amber, tuvo la esperanza de que su amiga volviera a ser feliz. La doctora sonreía al escuchar a la otra mujer y hasta las mejillas se le teñían de un rosa claro cuando la enfermera la miraba con intensidad.

—¿Qué piensas hacer? —decide preguntar—. No solo es tu vecina sino que es una compañera de trabajo que tienes que ver cada día. Es una situación engorrosa.

Amber se encoge de hombros porque no ha tenido ni tiempo ni ganas de pensar en eso. Por su cuerpo navegan varios sentimientos, la mayoría de ellos negativos, y no va a tomar una decisión bajo el efecto de la ira.

—No lo he decidido aún. —Cierra y abre los puños durante unos segundos antes de seguir hablando. —Nunca me había pasado algo así.

Vivian se acerca un poco más a ella y suspira.

—Mira, no quiero ser extremista, pero algo de ese calibre yo lo reportaría a un superior. —Amber se tensa y su amiga le coge la mano. —No estoy hablando de denunciarla, pero creo que esas prácticas dentro de un entorno tan delicado como un hospital no deberían consentirse. Quizá comentarlo al responsable de urgencias, aunque, si te soy sincera, primero hablaría con ella.

—¿Con Elena? —La pregunta a Amber le sale demasiado alta, casi como un grito.

Vivian hace un gesto afirmativo.

—Sí, yo le pediría una explicación, le diría todo lo que pienso sin filtros y después hablaría con mi jefe. —Vivian levanta ambas manos. —No es necesariamente lo que debes hacer tú, claro; solo te digo lo que yo haría.

Amber lo analiza durante unos largos minutos en silencio. La cafetería de su amiga está cerrada, por lo que no hay nada que las interrumpa. Cuando salió del hospital, estaba demasiado inquieta como para marcharse a su casa, así que condujo hasta *Chapter & Bean* rezando porque Vivian estuviera allí todavía. Había perdido la esperanza cuando observó el lugar cerrado, pero una pequeña luz al fondo del local le indicó que su amiga seguía dentro, y gracias a Dios, porque se hubiera vuelto loca de no haber podido desahogarse.

—Por más que le doy vueltas, no lo entiendo —habla Amber después de un buen rato—. ¿Todo era falso? ¿Incluso esa amistad que se empeñaba en forjar? ¡Joder, qué miserable!

Vivian vuelve a cogerle la mano; esta vez se la aprieta para demostrarle a su amiga que está ahí para lo que necesite.

—Espero que nunca venga por aquí —contesta disgustada, aunque ladea una sonrisa—, porque su café podría llevar un buen laxante que le haga recordar en la taza de váter todas las cosas que ha hecho mal.

Amber rompe en una carcajada que la hace tener que sujetarse bien de la silla y Vivian se alegra de poner un poquito de felicidad en ella.

—Hoy intenta no pensar en nada de eso; simplemente has dado con alguien a quien, al parecer, le gusta jugar con las personas, pero, por suerte, vuestra… amistad no había llegado a más.

«Estaba a punto de convertirse en algo más», piensa Amber de inmediato, porque hoy había llegado al trabajo con la certeza de que algo pasaría, solo que jamás pensó que sería enterarse de que la mujer que empezaba a hacer que su cuerpo temblara de anticipación había reducido todo a una simple apuesta.

La doctora Carver se pone de pie y tira de Vivian para que lo haga también. La abraza con fuerza mientras suspira gracias a esa paz que solo una buena amiga puede darte.

—Gracias por soportarme, te prometo que te haré caso.

Vivian se separa de ella y le sonríe, pero lo que ve en los ojos de Amber no parece determinación sino más bien dolor.

Capítulo 16

Amber está en el jardín cambiando una tira de guirnaldas que anoche dejó de funcionar. Ni siquiera sabe por qué lo hace si el único motivo por el que están ahí era para ganar el concurso y lo perdió, pero entonces se queda quieta unos segundos tratando de aplacar su irritación y, cuando levanta la vista hacia su fachada, no puede hacer otra cosa que sonreír y reconocerse a sí misma que no es solo cosa del concurso. A Amber le gusta la Navidad y disfruta decorando como cuando era niña y ayudaba a sus padres a adornar el árbol. Puede que no haya ganado, pero un segundo puesto es muy digno y sabe de sobra que hizo un buen trabajo. Termina de cambiar el cable y tira la guirnalda estropeada en el cubo de basura, y cuando alza la vista, Elena Bishop está a su lado con su ropa de correr, algo que Amber ha visto hacer a Elena muchas veces. El corazón le da un acelerón y, por un momento, su primer pensamiento sobre esta mujer es que quiere besarla, es algo que dura una fracción de segundo en su cabeza, pero es suficiente para ponerla de mal humor por ser tan débil.

No puede desearla, no puede dejar que su cuerpo responda de este modo por una mujer que solo se esfuerza por conquistarla porque quiere ganar una apuesta de la que Amber ni siquiera sabe el premio. Sus ojos van a la boca de la enfermera otra vez porque Elena tiene los labios húmedos y entreabiertos mientras su respiración se acompasa tras los kilómetros de carrera, y Amber vuelve a sentir esa punzada de necesidad por probarla, algo que ayer parecía factible y que una conversación le arrebató de inmediato.

—Buenos días —dice Elena con su sonrisa radiante, ajena a toda la confusión y rabia —y dolor— que siente Amber en ese momento.

—Hola —dice bajando la mirada hacia sus pies para evitar la tentación de que ese pensamiento pecaminoso se apodere de ella de nuevo.

—¿Cómo estás? Ayer parecías un poco preocupada por algo. ¿Va todo bien?

La pregunta le llega a Amber como si Elena estuviera muy lejos, una especie de eco odioso que rebota por su cráneo y la hace suspirar de angustia, preguntándose qué clase de persona es Elena Bishop para jugar con la gente así, y qué clase de idiota es ella para haber caído de lleno sin verla venir.

—Perfectamente.

Elena parece sonreír de puro alivio y los ojos de Amber vuelven a su boca, y entonces frunce el ceño y se queda pensando. Desea besarla; lo ha imaginado muchas veces y hasta se corrió soñando con ella. Recuerda la conversación con Vivian y sabe que su amiga tenía razón, que debería preguntarle ahora que la tiene delante y están solas, exigirle una explicación y después mandarla a la mierda y hablarle solo lo justo para que trabajar con ella no sea incómodo. Sí, eso va a hacer, pero cuando levanta la vista y ve la sonrisa seductora de Elena, se enfurece tanto que decide que si Elena va a jugar con ella, al menos sacará algo a cambio, no solo porque quiera besarla, sino porque Amber jamás ha estado con una mujer: ninguna otra le había llamado la atención y mucho menos conseguido que quisiera acostarse con ella, así que por lo menos acabará con esta farsa sabiendo lo que se siente al besar unos labios que no pinchan.

—¿Qué haces esta noche? —suelta Amber de repente.

A Elena le da un vuelco el estómago y la sonrisa se le ensancha.

—¿Qué me propones?

A Amber le molesta su arrogancia, que dé por hecho que le va a proponer algo, pero la muy zorra tiene razón.

—Dijiste que querías cenar conmigo a solas, y he pensado que podría ser esta noche si no tienes ningún plan. Quiero agradecerte lo del regalo, fue muy importante para mí, y también tu paciencia en el hospital; sé que a veces soy un poco insoportable.

—A mí me encanta cómo eres, tanto cuando estás de buen humor como cuando estás enfadada y se te marcan dos líneas en la frente. —Se señala la suya—. Es sexy.

La furia invade a Amber, pero se traga ese pensamiento y lo empuja muy abajo.

—¿Eso es un sí?

—Por supuesto —responde Elena, encantada.

• • •

La enfermera es puntual y Amber la odia un poco más cuando abre la puerta y la encuentra vestida con unos leggins y un jersey ceñido que dejan visible cada curva de su cuerpo.

—Gracias por invitarme, he traído vino. —Elena se acerca y le deja un beso cálido en la mejilla que prolonga unos segundos de más.

Amber cierra los ojos por un momento y después se muerde los labios porque la tristeza la ha invadido junto a la frustración al pensar en lo que podría haber sido si la mujer que tiene delante no la estuviera utilizando como a un felpudo.

—No tenías por qué, pero gracias. Ven, la cena ya está lista, vamos a sentarnos.

Durante una hora, cenan sin parar de hablar y la conexión entre ambas es tan fuerte que Amber logra olvidarse por un tiempo de la apuesta, pasando la velada en algo parecido a una burbuja que no le apetece nada explotar.

—Deja que te ayude con esto —dice Elena cuando Amber ha empezado a recoger la mesa.

Ahora están en la cocina, una al lado de la otra mientras Amber friega los platos y se los va pasando a Elena para que los seque con el trapo. Es algo que hacía muchas veces con Douglas, una costumbre que con él ya no tenía ningún significado y que, sin embargo, con la enfermera parece un gesto de intimidad, algo que las acerca un poco más y hace que Amber solo quiera gritar de pura desesperación.

—No hace falta que me ayudes, eres mi invitada y... —lo dice girándose hacia ella y se detiene porque la cara de Elena está tan cerca que nota los labios como si tuviera electricidad estática vibrando sobre la piel.

Sin moverse, Elena estira una mano, cierra el grifo y coge las de Amber, secándolas con el trapo con mucha delicadeza, como si fueran dos piezas de porcelana que debe cuidar si no quiere que se rompan. Amber no reacciona, está paralizada observando lo que sucede, intentando recordar el momento en el que Elena ha soltado el trapo, se ha pegado a ella y le ha puesto las manos frías en el cuello.

—He querido hacer esto desde que te vi la primera vez —susurra Elena con una sinceridad que desconcierta a Amber.

Nota el roce de sus labios y el aire se le escapa en un suspiro tembloroso que hace que Elena se detenga un momento y sonría contra su boca antes de continuar con el beso. Amber no tiene

muchos labios con los que comparar esos, solo los de su marido y un par de chicos con los que tuvo una tontería antes de conocerlo, pero tampoco cree que esta ternura y delicadeza se puedan equiparar con ningún hombre.

Su boca se abre ligeramente al mismo tiempo que se le cierran los ojos y jadea cuando siente la lengua de Elena tanteando sus labios. Vuelve a suspirar y se da cuenta de que las manos le están temblando de ganas de tocarla y, aunque sabe que se arrepentirá de esto, Amber decide no privar a su cuerpo de esta necesidad que le tiene la entrepierna deshecha y el corazón tan desbocado que lo nota por todas partes.

Pone una mano detrás de la cabeza de Elena y, sin ser dueña de sus actos, adelanta su cadera en busca de un contacto que alivie un poco ese deseo que siente, pero lo que hace es aumentarlo y cuando la enfermera suelta un murmullo de placer entre sus labios, Amber pierde la cabeza por completo y no detiene a Elena cuando esta sube las manos desde su cintura hasta sus pechos y los aprieta con la presión suficiente como para que la doctora sienta un estallido de calor que baja directamente hasta su sexo.

Lo siguiente que Amber puede recordar es que la boca de Elena está por todas partes. En algún momento le ha quitado el jersey y la camisa, le ha bajado la copa del sujetador y tiene su pezón entre los labios tras haber dejado un rastro de besos desde su mandíbula hasta su clavícula. La doctora no deja de suspirar, tiene la mente nublada y las manos le tiemblan cuando acaricia su espalda porque lo que siente es tan intenso que su cuerpo no deja de lanzar señales que Elena sabe leer muy bien —y también corresponder— como si llevara toda su vida sabiendo exactamente qué hacer para que Amber se sienta una privilegiada por tenerla ahí, completamente dispuesta a darle un placer que jamás había sentido.

—Párame si voy muy deprisa. —Elena le pone una mano en la mejilla y le besa los labios con dulzura mientras con la otra le desabrocha el pantalón.

Amber sabe que debería detenerla ahora mismo, recordarse que ella solo quería un beso, que deseaba sentir sus labios contra los suyos y que ya lo ha hecho, que todo lo demás es algo que debe permitir a alguien que solo está ahí por una apuesta, pero Elena es tan atenta y delicada que a veces su mente la traiciona y se pregunta

si escuchó bien, si hay una posibilidad de que aquellas dos mujeres hablaran de otra Elena y otra Amber.

Un gemido fuerte y largo escapa de su garganta haciendo que se olvide de lo que estaba pensando cuando los dedos hábiles de Elena se pierden entre su humedad y Amber mira hacia abajo comprobando con asombro que tiene los pantalones y las bragas en los tobillos.

—Dios mío, Elena —jadea temblorosa cuando ella se agacha para besarle el vientre y al final se pone de rodillas y la mira desde abajo.

—Mereces que te den todo lo que necesitas —la mira directamente a los ojos, casi con devoción, y Amber es incapaz de decir nada y vuelve a gemir con fuerza cuando Elena pasa la lengua plana por su abertura.

—No pares —dice rendida, empujando contra su boca.

Nota el aliento de su risa contra su humedad y eso la excita tanto que se tiene que morder el puño para no gritar. Elena se dedica a ella sin prisa, usando la lengua, los labios y los dedos para complacer a una mujer que gime con frecuencia y lo hace de un modo tan sensual que provoca que su sexo palpite desesperado cada vez que la escucha.

Amber se corre en cuanto le mete los dedos y nota la presión en su interior y la precisión de su lengua contra el clítoris. El cuerpo entero se le pone rígido y retuerce un mechón de pelo de Elena cuando la mano se le cierra de golpe, y ella no deja de chupar hasta que se bebe la última gota de su orgasmo y se levanta para sostener a Amber, que tiembla como una hoja y apenas puede respirar.

—Vamos a tu habitación —le susurra al oído, y Amber asiente sabiendo que tiene que decir que no.

• • •

Elena es la primera en despertarse y no puede dejar de sonreír en cuanto abre los ojos y ve a Amber a su lado, dormida de costado con el pelo despeinado sobre la almohada y la expresión relajada. Está feliz, más de lo que lo había estado nunca a pesar de la torpeza y el miedo de Amber cuando ella estaba desnuda y ofrecida y la doctora no sabía ni por dónde comenzar de los nervios. Ella la guio, le dijo que no necesitaba que hiciera nada con lo que no se sintiera cómoda y le fue diciendo lo que le gustaba cuando Amber, mirándola a los

ojos como nadie la había mirado antes, bajó la mano hasta su sexo y le regaló dos orgasmos casi seguidos que la dejaron con una sonrisa tonta que le costó borrar de su expresión. Después se abrazaron y en algún momento se quedaron dormidas, y Elena, que no está acostumbrada a eso, se alegra de que pasara porque lo que sintió anoche con Amber está muy lejos de ser pura atracción sexual. Cuando Amber la tocó, creyó ver fuegos artificiales en la habitación, tenía el pecho como si se hubiera tragado miles de mariposas y el vientre le vibraba con una necesidad desconocida.

Le aparta un mechón de pelo con cuidado de no despertarla mientras piensa mil formas de decirle a Amber que quiere que esto continúe, que le gusta muchísimo y que está dispuesta a ir todo lo despacio que ella necesite.

Escucha la vibración de su teléfono en la mesilla y se vuelve de golpe para cogerlo y silenciarlo, y entonces ve un mensaje de Ruth, a la que ayer le dijo que había quedado con Amber en cuanto la doctora la invitó a cenar.

«¿He ganado la apuesta o la has ganado tú?»

Elena frunce el ceño y la boca se le tuerce cuando recuerda la maldita apuesta.

«Cancelo la apuesta, te pagaré como si hubiera perdido —responde ella sin dudarlo porque tiene muy claro que ella no está aquí por eso, que ni siquiera pensó en ello desde que cruzó la puerta y tuvo una velada sencilla y perfecta con la mujer que duerme a su espalda».

Deja el teléfono sin sonido y se gira, y su sonrisa se ensancha cuando ve que Amber está despierta.

—Buenos días —dice Elena, inclinándose hacia ella para besarla.

Amber gira la cara con brusquedad, retira el edredón y sale por el otro lado de la cama, desnuda y perfecta a los ojos de Elena.

—¿Estás bien? —pregunta la enfermera, confundida.

Amber coge una bata, se la ata a la cintura y se queda a los pies de la cama mirándola con más dolor del que esperaba poder sentir porque ahora que ha estado con ella, la herida se ha hecho más grande y sabe que le va a costar mucho más pasar página, pero no puede seguir fingiendo que no ha pasado nada.

—¿Cuánto? —dice Amber.

Elena arruga la frente y se sienta.

—No te entiendo.

—¿Cuánto valgo, Elena? ¿Cuánto te van a pagar por haber ganado la apuesta?

A la enfermera se le va el color de la cara y la boca se le abre mientras busca una manera de explicar esto sin que suene todo lo mal que pinta.

—Amber.

—Vete, vete de mi casa y no vuelvas a acercarte a mí nunca más.

—Amber, por favor…

—He dicho que te marches. —A Amber le brillan los ojos y le tiemblan las aletas de la nariz—. Voy a la ducha; cuando salga, no quiero verte aquí.

Capítulo 17

La mañana en el Mercy Ridge Medical Center está siendo tan extraña como desconcertante. En tres horas ha entrado un hombre con un objeto fálico insertado en el ano alegando que se ha caído sin querer encima de él; un grupo de adolescentes que quiso gastar una broma y acabó con tres profesores con diarrea intensa tras ingerir una gran cantidad de laxante; una mujer que resbaló al cruzar la avenida y acabó tirando de otra que se estampó contra el suelo, y dos ancianos con las caras magulladas tras una pelea por algo que salió mal mientras practicaban sexo con un tercero. Amber no había visto tal sucesión de acontecimientos tan variopintos, pero sin duda la han mantenido ocupada y con la mente enfocada.

—Coloca una vía e hidratación por dos horas —dice mientras apunta algo en el parte médico—. Cuando acabe la bolsa, búscame, por favor.

Elena la observa mientras Amber suelta la orden, pero la doctora no le dedica ni una sola mirada. Ha sido así desde aquella mañana —hace ya tres días— en que salió de su casa después de que Amber la echara con toda la razón del mundo. Ha intentado hablar con ella en varias ocasiones, pero todo parece confabularse en su contra porque siempre acaba ocurriendo algo que le impide tener ese momento a solas con ella.

—Sí, doctora Carver —contesta sin saber qué otra cosa decir. Tiene que hacer su trabajo de la mejor manera sin que el problema personal entre ambas esté de por medio.

Amber le sonríe de forma conciliadora a la chica que está tumbada en la camilla, le dice unas palabras y sale del box para rellenar los datos en el ordenador. Las urgencias le han dado un respiro y tiene tiempo para tomarse un café antes de seguir con el papeleo. Primero pasa por los vestuarios a coger su móvil porque esta mañana, que ha comenzado tan disparada, apenas le ha dejado tiempo para soltar sus cosas en la taquilla y empezar a trabajar.

—Amber. —El sonido de la voz de Elena la hace girarse de inmediato. No hay nadie más en los vestuarios y al parecer eso la llena de valor para hablarle.

—Doctora Carver —la corrige Amber sin ser amistosa.

Elena mira el suelo durante unos segundos, completamente abochornada por lo que ha conseguido con su actitud. Amber, a pesar de ese mal humor que tuvo durante algunas semanas, ha sido una mujer cercana con las compañeras de trabajo. A Elena le costó un poco más que se abriera con ella, pero cuando lo logró, empezó a ver lo maravillosa que era. Ahora lo ha jodido todo.

—Tienes razón. —Se pasa una mano por la melena y da un paso para acercarse a ella.

Amber retrocede, cierra su taquilla y aprieta el móvil con fuerza.

—Quería explicarte…

—No —la corta la doctora al mismo tiempo que levanta la mano libre—. Primero, estamos trabajando. Segundo, no me interesa nada de lo que puedas decirme. No existe ninguna explicación razonable para que me hayas convertido en objeto de tu apuesta. No solo es humillante, Elena, sino que es infantil y ya tengo dos hijos, no quiero un tercero.

Las palabras de Amber Carver se clavan una a una en el pecho de la enfermera. ¿Qué estaba pensando cuando hizo esa apuesta con Ruth? En nada, justo eso, no estaba pensando y, como siempre, no creyó que el juego hiciera daño a nadie.

Elena ha tenido varios días para adivinar cómo pudo enterarse Amber y se sintió aún más miserable cuando se dio cuenta de que no hay que ser muy listo como para saber que en un hospital todo se sabe. Las enfermeras estaban al tanto —todas menos la jefa, claro—, también algunos médicos y Rose. Y si esa mujer lo sabe, toda urgencias también.

—Lo siento, Amber —contesta Elena porque al menos necesita disculparse, aunque la doctora no quiera escuchar nada más.

—Lo único que te pido es que te mantengas alejada de mí —dice con dureza—. Aquí seremos compañeras, trabajaremos juntas y daremos lo mejor de nosotras por los pacientes, pero nada más, Elena. Así que no vuelvas a buscarme para hablar de algo personal.

Sale del vestuario sin importarle el gesto de dolor que se le ha dibujado a la enfermera. Si tanto desasosiego le causa, que lo hubiera

pensado antes porque Amber lleva días con un ardor en el pecho que ni siquiera han calmado las llamadas que ha tenido con sus gemelos.

Para tranquilidad de ambas, no vuelven a coincidir sino en un par de ocasiones durante la tarde. Elena trabaja asistiendo a la doctora Santana y eso le lleva varias horas. Así que, cuando sale de uno de los boxes después de desinfectar una herida, no le sorprende encontrarse con Ruth lista para salir del hospital.

—Te espero fuera, tengo que hacer una llamada —comenta su amiga y Elena asiente. No tiene demasiadas ganas de socializar, pero sí de desahogarse, porque, si no lo hace, teme asfixiarse por la culpa y el tamaño de su estupidez.

Cuando atraviesa las puertas del hospital, tiene que subirse la cremallera de su chaqueta hasta arriba. Hoy es un día especialmente frío y se da cuenta de que ha empezado a nevar. En otra ocasión, estaría contenta, se marcharía a su casa para encender la chimenea y se quedaría allí frente al calor leyendo hasta la hora de la cena, pero ahora mismo lo único que siente es asco por la actitud que ha tenido y el daño causado.

—¿Vamos? —pregunta y Ruth se sobresalta, haciendo que su móvil caiga al suelo.

—Joder. —La otra enfermera se agacha para recuperar el aparato —. No solo deambulas como un fantasma por el hospital, sino que asustas como uno.

Elena no se ríe, está de muy mal humor, así que echa a andar y siente cómo su mejor amiga la alcanza, aunque no dice nada. Caminan dos manzanas hasta llegar a una pequeña taberna a la que suelen ir alguna vez cuando ninguna de las dos tiene ganas de conducir a cualquiera de los pueblos a su alrededor.

Ambas piden chocolate caliente y la camarera tarda unos pocos minutos en llevárselos a la mesa.

—¿Has podido hablar con ella? —pregunta Ruth dejando caer dos malvaviscos dentro de su taza.

Elena niega con la cabeza y esta vez no le dice a su amiga que no sabe cómo puede tomarse eso con tanta azúcar.

—Hoy he podido verla a solas en el vestuario, pero de inmediato se puso a la defensiva. Me ha dejado bastante claro que me detesta y que no quiere que ni siquiera la mire.

Ruth levanta ambas cejas; comprende el enfado monumental que puede tener Amber al enterarse de la apuesta. Nunca les había

pasado; a menudo han hecho tonterías que se han quedado entre ellas y nada más. Esta vez se les ha ido de las manos.

—¿Pudiste mostrarle el mensaje? —Elena vuelve a negar—. Tienes que insistir. Yo lo haría porque de esa forma sabría que te retractaste.

Elena ha pensado en eso varias veces, pero se ha dado cuenta de que, aunque al final rompiera la apuesta con Ruth, el mal estaba hecho. La gente sabía de su estúpido juego y, además, durante semanas había estado activo. Por mucho que Elena se haya arrepentido, no cree que Amber pueda perdonarla.

—No cambiaría nada, Ruth. —Prueba el chocolate y de inmediato siente el calor colándose en su cuerpo—. Imagina cómo te sentirías si una mujer no dejara de mandarte señales, de intentar seducirte y, por fin, cuando le permites entrar, te enteras de que todo ha sido un juego.

Elena apoya la frente en la palma de la mano y clava sus ojos en la mesa oscura. Está furiosa consigo misma, ¿cómo ha podido ser tan imbécil?

Siente la mano de Ruth en su brazo y cómo su amiga le deja un apretón cariñoso.

—Se le pasará, ya verás —dice ella, completamente ajena a los sentimientos de Elena—. Al principio será incómodo, pero luego todo será normal. Trabajar con una médica con la que apenas te llevas. Nada nuevo para nuestra profesión.

Elena cavila durante un momento sus palabras; es verdad que no es la primera vez que tiene que pasar horas junto a alguien que ni siquiera le cae bien. Como con el doctor Maxwell, un tipo demasiado egocéntrico para ella y con el que estuvo dos meses trabajando codo a codo. El detalle es que con Amber es distinto; aparte de su compañera, es su vecina y también la mujer por la que empezaba a sentir algo.

—Me gusta —suelta Elena y Ruth, entretenida intentando comerse un malvavisco de su taza, levanta la mirada de golpe.

—¿Amber? —pregunta estúpidamente—. Eh, bueno, es muy atractiva, es normal que…

—Me gusta de verdad, Ruth. Me siento cómoda a su lado, he disfrutado de cada momento que he compartido con ella y no como una simple amiga que me cae bien —confiesa y estira los labios, aunque con un deje de tristeza—. Es divertida, inteligente y también

gruñona, pero una mujer fascinante. Desde que la vi por primera vez, me atrajo, ya lo sabes, pero fue cuando pasé la noche con ella cuando me di cuenta de que no era solo atracción.

La otra enfermera intenta adivinar cuándo fue la última vez que Elena habló así de alguien. Puede que haya sido de Stacy y, sin embargo, no fue tan precisa como lo está siendo con la doctora Carver. Siente su parte de culpa: de no haber sellado el trato con su amiga para esa apuesta, quizá ahora estuvieran hablando de otra cosa.

—Sé que no soy la más experimentada, pero dale un poco de tiempo. Ahora todo está muy reciente y, si te gusta de verdad como me estás diciendo, no te rindas.

Elena hace una mueca con los labios.

—No solo es que no confía en mí, es que me ve como una niñata que no sabe otra cosa que jugar con su mejor amiga. —Ruth también hace un mohín; quizá por esa forma de comportarse es que lleva tanto tiempo soltera—. Me da hasta vergüenza intentar hablar con ella otra vez.

Ambas se llevan sus tazas de chocolate a los labios, deseando haber pedido un licor bastante fuerte. Las dos están arrepentidas de su conducta; la diferencia es que a Ruth no le ha causado las consecuencias que a Elena.

—Deberíamos dejar de hacer estas cosas —propone Ruth apoyando su taza sobre la mesa—. No nos había pasado nada así hasta ahora, pero con una vez es suficiente para darnos cuenta de que está mal.

Elena asiente varias veces despacio; lamenta que haya tenido que aprender por las manos.

—Estoy de acuerdo —secunda y las dos sellan un nuevo trato de inicio a la adultez con un firme apretón de manos.

Se quedan en silencio, disfrutando de sus bebidas y del barullo que se escucha en el bar. Los clientes entran y salen, todos con capas de ropa, cubriéndose del frío.

—He invitado a Broke a cenar —Ruth lo confiesa con poca convicción, como si supiera que eso no saldrá bien.

Elena abre mucho los ojos y, por primera vez en tres largos días, una sonrisa real se expande en su cara.

—¿Y cómo es que te lo habías callado? —Lanza una servilleta que su amiga esquiva sin esfuerzo.

Ruth encoge los hombros y empieza a jugar con sus dedos.

—La invité ayer y no quería comentártelo por… ya sabes.

—Oye, el hecho de que yo haya metido la pata no significa que no puedas sentirte bien. —Vuelve a sonreír—. Ahora cuéntamelo todo.

Ruth se muerde los labios y Elena no siente más que alegría por su amiga. Lleva colada por Broke Callahan tanto tiempo que Elena siente que ha visto una telenovela de esas que duran años. Le ha insistido a su amiga mucho para que dé el paso, pero Ruth, con toda esa seguridad que siempre tiene, no ha sido capaz de hacerlo. Además, tiene la certeza de que la jefa de enfermeras la mira de una manera distinta.

—No sé, surgió sin más. Quiero decir, no lo planifiqué. —Se acomoda en su asiento—. Estábamos hablando a la salida de un turno y me mencionó algo sobre un restaurante de carnes a media hora de aquí y yo simplemente le dije que, si fuéramos juntas, lo pasaríamos bien. Ella se quedó en silencio unos segundos antes de contestarme que le encantaría ir conmigo.

—¿Lo ves? Ha sido fácil.

—Ya, pero quizá es una cena de amigas, ¿no? —Los ojos de Ruth se mueven nerviosos—. Ella no tiene líos con gente del trabajo y jamás la he visto con una mujer.

Elena se inclina un poco hacia adelante y mira a su amiga con seriedad.

—Ruth, quizá Broke no vea esto como un simple lío; además, que no la hayas visto con una mujer no significa que no le gusten. —Ahora es ella la que pone la mano en el brazo de su amiga—. Confía en ti, llevas detrás de la jefa mucho tiempo y, ahora que te has atrevido a invitarla a salir, disfrútalo.

Ruth asiente sin estar del todo convencida, pero acaba animándose gracias a las palabras de Elena, a la vez que no puede evitar sentir pena por su amiga, a quien por fin le había gustado alguien y que, gracias a sus tonterías, ahora parece estar completamente rota.

Capítulo 18

Amber se pasa la mano por el pelo y se ajusta el gorro de Navidad que ella y todo el personal de urgencias llevan en la cabeza. No ha tenido elección: cuando ha llegado, Rose los estaba repartiendo como caramelos.

—Mejor dáselo a otro, Rose. —Amber lo ha rechazado con un gesto y una sonrisa amable, pero la cara de la mujer se ha desfigurado.

—Es una tradición de este hospital que hacemos todos los años, tienes que ponértelo o nos traerás la mala suerte.

—Ah, estupendo entonces. —No ha podido evitar el tono de desagrado, pero ha cogido el gorro y se ha pasado todo el turno con él puesto. Esto, en otras circunstancias, lo habría disfrutado porque a Amber le gusta cualquier cosa que tenga que ver con la Navidad, pero su ánimo sigue por los suelos y está de mal humor no solo por la apuesta, sino porque no esperaba que esto le afectara tanto, que Elena le hubiera llegado a gustar de esta manera cuando está claro que es una mujer inmadura y que entre ellas sería imposible que funcionara cualquier cosa.

Ahora está en el pasillo de urgencias, terminando de rellenar un informe en el mostrador antes de marcharse a casa, pero le cuesta concentrarse porque Elena se está despidiendo de todo el personal porque resulta que tiene vacaciones —algo que para ella no es factible debido al poco tiempo que lleva trabajando— y se marcha a Tampa dos semanas para estar con su familia. No es que Elena se lo haya contado, pero Amber no deja de escuchar cómo se lo dice a los demás mientras se despide de cada uno con abrazos efusivos, y entonces pasa lo que ella temía, que Elena se ha girado y ahora se dirige hacia ella.

—Bueno —murmura Elena, a quien la sonrisa alegre que tenía con los demás se le ha borrado de la cara conforme se acercaba para mirarla con tristeza—. Sé que no quieres saber nada de mí, solo vengo a despedirme y desearte que lo pases bien estos días.

Se quedan mirándose y Elena, tras dudar un poco, extiende la mano porque sabe que no tiene derecho a pedir nada más. Amber traga saliva y coloca su palma contra la de Elena, y permanecen enganchadas un momento hasta que la doctora se aparta.

—Que tengas buen viaje —dice con cortesía, pero desprovista de amabilidad.

—Gracias.

• • •

Amber agradece haber tenido turno de mañana porque eso le ha permitido disponer de toda la tarde para preparar un pollo al horno. Esta noche Douglas viene a cenar. Lo hicieron así el año pasado también porque es la manera de celebrar la Navidad en familia, solo que sus hijos se conectan a través de una videollamada y no los tiene aquí, pero al menos estarán los cuatro durante un rato, y ella sabe lo importante que es para los gemelos el saber que sus padres siguen unidos a pesar de que ya no se quieren como pareja.

Douglas insistió en pasar por un restaurante al que solían ir algunos sábados para que ella no tuviera que cocinar; es lo mismo que hizo el año anterior, pero Amber se ha negado esta vez por dos motivos: el primero, necesita hacer algo con las manos si no quiere volverse loca, y el segundo es demostrarse que la primera vez que Elena vino a su casa para cenar con ella y Vivian, no cocinó su plato estrella por ella, sino que es algo que puede hacer cualquier día.

—Dios mío, qué bien huele —dice Douglas encantado.

Acaba de llegar con una botella del vino favorito de Amber y un pastel de postre.

—Ya está listo. ¿Quieres que cenemos ya o esperamos a hablar con los niños y lo hacemos después?

—Por mí ahora, se me está haciendo la boca agua.

Amber suelta una risita y se alegra de tenerlo aquí, convencida de que no pudo haberse casado con un hombre mejor que este, aunque lo suyo no acabara como ella había imaginado. Douglas fue un buen marido, es un buen padre y un hombre amable y trabajador al que está segura de que ninguna mujer que se interese por él dejará escapar.

Cenan hablando del trabajo de él primero, después del de ella mientras Amber le explica lo del gorrito y él se ríe.

—Seguro que estabas monísima.

—Tal vez, pero era realmente incómodo. Se me caía hacia un lado todo el rato y entre el gorro y la calefacción, sentía que me iba a derretir —explica y baja la mirada, y su expresión se vuelve triste.

Le ha ocurrido durante toda la cena sin darse cuenta y Douglas lo ha dejado pasar porque Amber enseguida vuelve a hablar, como si le diera miedo que el silencio le permitiera a él preguntarle qué le pasa.

Douglas prepara el portátil sobre la mesa cuando terminan de cenar, mientras ella saca el postre, una bandeja de sus galletas favoritas y pastel de nata y chocolate, el más simple, pero a Amber le encanta. Sirve una buena porción para cada uno y se sienta a su lado justo en el momento en que sus hijos aparecen en la pantalla, solo que los gemelos no están solos: al lado de Noah hay una chica pelirroja con la cara llena de pecas, expresión nerviosa y una sonrisa tímida.

—Mamá, papá, os presento a Jess —dice Noah con los ojos brillando, pasándole un brazo sobre los hombros a la chica mientras Chloe observa a su madre, que ha sufrido un tic en el ojo y una especie de temblor en el labio.

—Pues es un placer, Jess —dice Douglas.

—Gracias, señor Carver.

Douglas le da un toque en la pierna y Amber se yergue de golpe.

—Sí, lo es, es un placer, bienvenida a la familia.

De pronto, rompe a llorar de emoción y sacude una mano en el aire sin poder evitarlo.

—Mi niño se ha hecho mayor —murmura mientras intenta contenerse.

—Dios, mamá, no me avergüences así —se queja Noah, pero todos se están riendo mientras Douglas le pasa una mano por la espalda y después le tiende una servilleta de papel.

—Lo siento, cariño, ya está. —Amber se seca los ojos—. ¿Qué vais a hacer esta noche?

—Estos muermos se quedan en el apartamento que Jess comparte con su hermana y yo he quedado con unas amigas para salir —explica Chloe.

Durante quince minutos, Amber y Douglas apenas hablan. Chloe lleva la voz cantante al principio, explicando todos sus planes,

comentando que se ha apuntado al gimnasio y que el fin de semana que viene se irá con una amiga a Edimburgo para pasar allí un par de días. Después interviene Noah y los pone al día de la relación con Jess, les cuenta cómo se conocieron, que le gustó de inmediato y que le costó más de cinco intentos que ella le hiciera caso mientras Jess se pone roja y Amber se va secando la humedad de los ojos, que aumenta cada vez que su hijo habla con esa felicidad de quien está realmente ilusionado.

Se despiden hablando todos a la vez y Amber manda todos los besos que puede antes de que la pantalla se ponga en negro.

—¿Quieres más vino? —pregunta Douglas.

—Por favor. —Amber vuelve a su sitio frente a él, se seca de nuevo los ojos y se lleva un trozo de pastel a la boca—. Mmm, me encanta, gracias por comprarlo.

—De nada, ¿estás bien?

Amber levanta la mirada del plato y hace un gesto con la mano como si espantara una mosca.

—Sí, es solo que me he emocionado un poco.

—¿Segura?

—¿Qué quieres decir? —se alarma ella.

—Nada, es solo que te llevo notando rara desde que he llegado, tengo la sensación de que estás triste.

La garganta de Amber se cierra de golpe y deja la cuchara en el plato mientras mira a su exmarido. ¿Puede contarle el motivo por el que está así? Claro que sí, ahora son amigos y le vendrá bien su opinión.

—¿Recuerdas a mi vecina de enfrente?

—¿La enfermera que, según tú, te robó el premio y llegó aquí para amargarte la vida? —pregunta burlón, y ella pone los ojos en blanco sonriendo.

—La misma. —Se calla y busca las palabras—. Mostró interés por mí desde el principio.

—Creo que algo me contaste, un poco coqueta, ¿no? —dice divertido.

—Sí, al principio sí, pero fue más que eso. —Él se pone serio y la mira con curiosidad—. El interés parecía real, siempre me sonreía, era amable, atenta y bastante descarada. Una noche la invité a cenar aquí, con Vivian, y a partir de ahí, no sé, cada vez me llamaba más la

atención, me gustaba gustarle y empecé a experimentar ciertas cosas cuando estaba con ella.

La cara de Douglas es un poema.

—Me gusta, Doug. Nunca me había atraído una mujer y me dio coraje que ella tuviera que ser la primera. Estaba un poco confundida, no sabía si era algo real o solo la intriga, ya sabes, experimentar algo nuevo.

—Podrías haber decidido experimentar con una mujer cuando estabas conmigo —suelta él, y Amber le lanza un trozo de pastel que le cae sobre el pantalón mientras se ríen.

—Me gustaba de verdad y me estaba planteando dar un paso en serio, conocerla, en plan citas y todo eso, y entonces me enteré por casualidad de que todo era una apuesta. —La tristeza le arrasa la cara de nuevo.

—¿Una apuesta? No te entiendo.

—Elena había apostado con su amiga a que se acostaría conmigo. No sé cuánto dinero se jugaban —se encoge de hombros—, ni lo que tenía que hacer exactamente, pero toda esa conquista que logró enamorarme era solo una estrategia, una mentira y un juego de mierda que me afectó mucho más de lo que me esperaba.

Douglas se queda callado unos segundos, primero desconcertado, después con ganas de cruzar la calle y aporrear la puerta de esa enfermera para recordarle que su exmujer no es ningún objeto, y al final solo se pone a pensar.

—Lo lamento, ¿cómo te sientes con eso?

—Como un pañuelo usado. —Amber decide no mencionar que se acostó con ella, porque su debilidad la hace sentirse humillada. Su plan era llevarse un beso de todo eso, pero le gusta tanto Elena que fue incapaz de detenerse cuando probó su boca.

—¿Has hablado con ella sobre el tema? ¿Le has dicho que lo sabes?

—Sí, claro, y también que no se vuelva a acercar a mí. Dios, Doug, todo parecía tan real. —Amber niega con la cabeza mientras destroza una servilleta—. Tendrías que haber visto cómo me miraba, me hacía sentir deseada, especial, pero… —Se calla y traga saliva.

—¿Y ella qué te dijo sobre la apuesta? —pregunta Douglas—. ¿Te pidió perdón al menos?

—No la dejé explicarse, no creo que haya mucho que decir al respecto, lo que pasó estaba muy claro. Ha intentado hablar conmigo

varias veces, y sí, me ha pedido perdón, pero eso no cambia lo que hizo. En fin, ha sido duro y decepcionante, pero lo superaré. —Se hace la fuerte.

—Seguro que sí, pero a lo mejor deberías dejar que se explique —dice él, cogiéndole la mano.

Amber frunce el ceño.

—Mira —dice su exmarido—, no la justifico, lo que hizo está mal, muy mal, pero es más joven y está soltera, y a su edad la gente hace gilipolleces a veces, nosotros también las hacíamos de jóvenes.

—Habla por ti —espeta ella—, yo era muy cabal.

Douglas asiente con una sonrisa.

—Dices que ha intentado hablar contigo varias veces, ¿no?

—Sí.

—¿Y parece afectada? —insiste Douglas.

Ella duda y mira el trozo de pastel que queda. Sí que se lo parece: la mirada de Elena ha cambiado, ya no brilla como antes y se la ve más triste, apagada, pero teniendo en cuenta lo que hizo, Amber no tiene claro si solo está fingiendo para lograr ablandarla y que la perdone.

—Sí, puede que un poco.

—Que empezara como una apuesta no significa que no le gustaras de verdad —opina él, y el corazón de Amber se acelera, aunque también vuelve la rabia—. Habla con ella, al menos deja que se explique y, si no te gusta lo que dice, te dedicas a odiarla y pasas página.

—No quiero hablar con ella, no se merece que le dé esa oportunidad. Me ha hecho daño, Doug, más de lo que esperaba y cada vez que pienso en las risas que debían echarse a mi costa, yo…

Amber se calla, pero la idea de escucharla ahora flota en su cabeza. ¿Debería hacerlo algún día?

Capítulo 19

—Así no. —Amber se acerca a la enfermera y con una mirada gélida le pide que se aparte.

La chica, que no debe tener más de veinticinco años, da un salto atrás mientras alterna la mirada entre la doctora Carver y el paciente, un hombre con una fractura en la clavícula. Amber coge un trozo de gasa estéril y después el apósito adhesivo que pone con cuidado sobre la herida en la pierna que acaban de curar. Bryan, un trabajador de supermercado, resbaló mientras entraba en la cámara frigorífica del pescado y el resultado fueron dos huesos rotos y varias lesiones. Fue una caída de lo más desastrosa que ha empañado las Navidades de Bryan.

—Lo siento, doctora Carver —susurra la enfermera cuando Amber termina con el trabajo que debería estar haciendo ella.

—No te preocupes, estoy segura de que la próxima vez lo harás mejor.

Sale del box después de despedirse de su paciente con la certeza de que se ha comportado como el muñeco verde que odia la Navidad y jode a todo el mundo. Cris —la enfermera novata— no ha hecho nada mal, pero no lo ha hecho como a ella le gusta y como Elena la ha acostumbrado. Maldice con los dientes apretados mientras decide que el descanso no se lo tomará en la cafetería del hospital, como es habitual, sino en una que está a una manzana y donde sirven un café horrible, pero ella necesita un poco de aire fuera de su centro de trabajo.

—Buenos días, ¿café? —le pregunta un camarero con gafas, el pelo engominado y postura desgarbada en cuanto se sienta a una mesa.

—Sí, y un dónut glaseado.

Amber se permite esa pequeña bomba de azúcar porque necesita algo que la saque de ese estado odioso del que no logra salir desde hace semanas. Primero fue la molestia porque una nueva vecina —con un gusto por la decoración exquisito— estaba poniendo en peligro su siempre deseado primer lugar en el concurso. Después fue

la vuelta al hospital tras tantos años y encontrársela allí como la enfermera veterana que le asignaron para guiarla y luego la maldita apuesta cuando Amber se había rendido a las atenciones de esa desvergonzada. Por supuesto, en paralelo sus hijos parecían cada vez más cómodos en Londres, a miles de kilómetros de ella y su corazón de madre roto. ¿Cómo no va a estar amargada? Debería estar gritando, furiosa, siendo descortés y muy gruñona con todo el mundo, aunque esto último quizá lo ha sido un poquito.

—Aquí tiene. —El chico desliza el dónut por la mesa y vierte café en la taza que Amber tiene delante—. El especial de hoy es la hamburguesa con queso, por si le interesa.

Amber niega con la cabeza; pensar en comer algo así no hace más que generarle arcadas. Cuando el camarero se marcha para atender a otras mesas, ella vuelve a sumergirse en sus pensamientos, analizando su comportamiento en los últimos días. Desde que Elena se marchó a Tampa por las fiestas, ha experimentado una serie de sentimientos contradictorios: alivio, furia, dolor y añoranza. Todos ellos mezclados sin ningún orden en específico y apareciendo en días alternativos. La echa de menos y eso la llena de tanta ira que incluso quiere llorar, porque no solo echa en falta su profesionalidad y la forma en la que trabajan juntas, sino que añora verla cuando vuelve de esas carreras matutinas cuando tiene el día libre o simplemente la ve en su jardín haciendo cualquier cosa. Le gusta tanto esta mujer que duda incluso que lo suyo no sea una especie de obsesión porque ni siquiera con Douglas se sintió de esa manera.

Muerde el dónut y cierra los ojos con placer. Al menos comer estos bollos azucarados y petados de quién sabe qué la alivia un poco, pero no puede darle un segundo bocado cuando el móvil empieza a vibrar en su bolsillo. Siente el terrible gusano de la culpa arrastrarse sobre su piel cuando se da cuenta de que Vivian es quien la llama. Lleva días dándole largas a su amiga para quedar y ha contestado cada uno de sus mensajes de una forma bastante escueta, impropia de ella.

—Hola, Viv —saluda intentando sonar alegre, pero el gruñido de su amiga le hace torcer el gesto.

—¿Qué rayos te sucede, Amber Carver? —pregunta con enfado—. No creas que no me doy cuenta de cómo me evitas.

Amber suelta un suspiro entrecortado y le da un buen trago a su café antes de contestar.

—Lo siento, he estado ocupada y…

—¿Ocupada? No me jodas —brama su amiga y Amber se da cuenta de lo enfadada que suena—. Llevo toda mi vida conociéndote, Carver, y ni siquiera cuando los gemelos estaban pequeños y no tenías tiempo ni de ducharte, me habías hecho este vacío. Así que dime qué es lo que pasa antes de que me mates de un disgusto.

Amber está harta de hablar de lo mismo, quejarse de lo que hizo Elena y de lo mucho que le duele todo esto. Por eso es que no ha hablado con Vivian en los últimos días; siente incluso vergüenza de sí misma y no quiere tampoco cansar a su amiga con la misma cantinela.

—Ahora mismo no soy buena compañía —se sincera Amber—. Soy un ogro que solo irradia mal rollo y habla de lo mismo una y otra vez.

El bufido de Vivian hace que Amber tenga que alejarse el auricular de la oreja durante un segundo.

—Las amigas estamos para todo —responde, haciendo énfasis en la última palabra—. Me da igual tener que escucharte mientras te repites; lo que no puedes hacer es desaparecer de esa forma. —Vivian toma una respiración profunda y, cuando vuelve a hablar, lo hace con voz tranquila—. Mira, si necesitas un tiempo para ti, tómatelo, pero no te alejes sin decir nada. Los que te queremos nos preocupamos, ¿vale?

A Amber se le humedecen los ojos y tiene que morderse los labios para intentar que su barbilla deje de temblar. Es una afortunada, cuenta con una buena amiga, la relación con su exmarido es maravillosa y sus hijos la adoran. Además de que tiene el trabajo por el que tanto luchó y su vida en general marcha bien. No puede permitirse que una decepción como la que se ha llevado con Elena nuble todo eso.

—Gracias, Viv, y de verdad siento haberme comportado de esa manera. —Se acaba lo que queda del café y deja un billete sobre la mesa al levantarse. Deja el dónut abandonado a medio comer; ya no lo necesita; hablar con su amiga es mejor que eso—. Desde que me enteré de lo de la apuesta… ya sabes, me he sentido tan estafada que no he podido controlar mi mal humor.

—Y lo entiendo, además de que estás en todo tu derecho. —La voz de Vivian sigue siendo suave y conciliadora—. Solo que me preocupa que no contestes las llamadas ni te pases por *Chapter & Bean* como es habitual, sin saber el motivo. Sé que estás pasando por un

momento desagradable, pero me jodería mucho que te hundieras sin que yo pudiera hacer algo para ayudarte.

Amber sale de la cafetería y el frío le congela las mejillas de inmediato. El clima está siendo desolador y el sol no parece que le apetezca salir ese día. Acelera el paso y camina hacia el hospital con los hombros encogidos mientras sigue hablando con Vivian.

—¿Qué te parece si cenamos mañana por la noche? —propone la doctora un poco más animada—. Así me dejas invitarte y compensar en parte mi actitud.

—Mmm. —Vivian finge que se lo está pensando—. ¿Y adónde sería esa invitación? Porque a mí me apetecen mucho unas costillas de ese sitio tan bueno… ¿cómo se llama?

Amber pone los ojos en blanco; a Vivian le encanta un asador que queda a unos veinte minutos de Ashby Hollow y en que nada más sentarte te colocan una cesta inmensa de patatas fritas con aderezos.

—Lester's —contesta, aunque sabe perfectamente que su amiga recuerda el nombre—. Vale, cenamos allí.

—Fantástico —aplaude Vivian, y Amber siente un sonido seco seguido de un par de maldiciones—. Joder, se me ha caído el móvil.

Amber suelta una carcajada y Vivian, del otro lado de la línea, se alegra de haber contribuido a que eso sucediera. Se despiden después de que la médica le dijera que la pasaría a recoger esa noche y la muy tonta de su amiga le ha contestado que tienen una cita.

—Doctora Carver, esperamos a dos ambulancias —la jefa de urgencias Cadwell le informa en cuanto entra al hospital—. Inhalación de humos tras un incendio.

Amber corre para prepararse y esperar a los pacientes. Agradece que no haya tenido que deambular por los pasillos sin mucho que hacer hasta que le tocara atender a alguien, porque de esa manera su mente está centrada en su trabajo y no en cosas que no debería pensar.

Las horas pasan casi en un borrón, la sala de urgencias se llena de golpe y Amber se pasa el resto del turno atendiendo, recetando y dando de alta sin parar.

—Buenas tardes —saluda la doctora cuando se acerca a una de las camillas apartadas en una esquina. Su último paciente del día es una mujer de mediana edad con fiebre desde la noche anterior—. ¿Cómo se encuentra?

—Como si me hubiera pasado un camión por encima —contesta sonriendo. Tiene los labios secos y los ojos entrecerrados.

—Por fortuna no ha sido eso, aunque sí tiene una infección importante —informa Amber mientras revisa las constantes de la mujer—, pero no se preocupe, ahora mismo empezamos con el tratamiento y después lo puede seguir en su casa con la medicación que le daré.

Unos pasos hacen que la paciente desvíe la mirada hacia la enfermera que se acerca. Amber también se gira y es Ruth quien parece asignada para este caso.

—Doctora Carver, vengo a poner la medicación —anuncia la enfermera después de saludar a la mujer en la camilla—. ¿Necesita algo más?

Amber apenas le dedica una mirada. Sabe que Ruth es la mejor amiga de Elena, de esas que no se separan nunca y a las que ha visto alguna vez en casa de su vecina. Sabe que ella también está metida en el meollo de esa apuesta y siente el rechazo inmediato hacia la chica.

—Nada más —decide responder con profesionalidad—. Asegúrate de que se le baja la fiebre y, cuando se le acabe el suero, busca a la doctora Cadwell.

Amber ignora el gesto de confusión de Ruth porque sabe que el procedimiento es siempre buscar al médico tratante, pero ella no tiene por qué explicarle nada a esa mujer, pero sí que decide hacerlo con su paciente.

—Mi turno termina ahora, pero no se preocupe, se queda en muy buenas manos.

—Muchas gracias, doctora. —La paciente tiene los ojos casi cerrados. La fiebre y el malestar la han debilitado.

Amber se acerca al vestuario, se quita el pijama y se viste con un conjunto cómodo de algodón. Quiere pasar antes de ir a su casa por el supermercado porque tiene la nevera vacía.

Cuando atraviesa las puertas del hospital tras despedirse de algunos compañeros que ha encontrado en el camino, la voz de Ruth Abernathy la sobresalta. La enfermera está esperándola en la esquina, sin abrigo y con las manos hundidas en los bolsillos de su uniforme, lo que le hace pensar a Amber que la decisión de detenerla allí no ha sido premeditada.

—¿Pasa algo con la paciente? —quiere saber, porque no hay nada que desee hablar con esta mujer que no sea del trabajo.

—No, solo quería preguntarte algo. —Ruth no parece incómoda ni nerviosa, más bien segura de estar ahí.

—Tú dirás —contesta Amber sin tener claro lo que quiere la enfermera.

—¿Elena te enseñó el mensaje?

Amber frunce el ceño; no tiene ni idea de lo que está diciendo Ruth.

—No sé a qué mensaje te refieres; tendrás que ser más específica.

Ruth saca el móvil y lo trastea un segundo. Después se lo ofrece a Amber, que duda primero en cogerlo, pero luego se hace con él.

Sus ojos se van al nombre del contacto «Elena B» y de inmediato se centra en la parte de la conversación que ha dejado Ruth para ella. Tiene que leerlo varias veces para comprender que Elena le dice a Ruth que no quiere seguir con la apuesta, que se retira y que le pagará como si hubiera perdido. Mira la fecha y por supuesto que la reconoce: fue la mañana después de que se acostaran.

—No sé por qué me enseñas esto. —Amber le devuelve el móvil y Ruth lo guarda.

—Porque Elena no lo hará —responde con firmeza—. Mira, sé que todo esto estuvo mal, pero Elena es una gran mujer a la que le gustas. Fuimos infantiles, lo acepto, pero no merece sufrir así por un error. No quiero meterme en…

—Exacto, no te metas en esto —la corta Amber con el corazón latiéndole a toda velocidad—. Debería daros vergüenza comportaros de esa forma, que sois dos mujeres adultas, joder. —La doctora Carver siente cómo la rabia empieza a asfixiarla otra vez. Toma una respiración y se calma—. En todo caso, ese mensaje no cambia nada, Ruth. Lo hecho, hecho está.

Capítulo 20

Ha pasado más de un mes desde que Amber echó a Elena de su casa y en este tiempo su cuerpo está funcionando en automático. La espina sigue ahí, clavada hasta el fondo y supurando, pero ha establecido algo parecido a una rutina que le permite seguir adelante cada día.

Elena volvió de Tampa justo después de Año Nuevo y se incorporó al trabajo de la misma manera que se fue, quizá peor, porque antes de marcharse la enfermera había intentado disculparse con Amber, la seguía mirando —con respeto— y trataba de entablar conversación con ella siempre que tenía ocasión, pero desde que volvió eso no ha sucedido. Elena mantiene las distancias con ella y se limita a ser la profesional que es, haciendo lo que Amber le pide, adelantándose si puede y tratando a los pacientes con la misma simpatía de siempre, solo que hay algo en ella que parece estar apagado, como si, al estar lejos del hospital, Elena hubiera entendido que debía concederle a Amber lo que le había pedido y se hubiera rendido del todo. Ahora ya no hay cafés para compartir juntas, no coinciden en el vestuario y mucho menos desayunan.

En el barrio, se han visto un par de veces: una cuando Elena volvía de correr con los auriculares puestos y Amber estaba abriendo el buzón. La saludó desde el otro lado de la acera, levantando la mano mientras detenía la carrera y automáticamente apartando la mirada para buscar sus llaves y entrar en su casa. La segunda vez coincidieron en el centro: Amber salía de *Chapter & Bean* después de haberse tomado un café con Vivian y Elena cruzaba desde enfrente con las manos en los bolsillos y la mirada en sus pies, pero entonces levantó la cabeza como si hubiera presentido su presencia y, durante una fracción de segundo, pareció haberse olvidado de la tensión que había entre ellas y sus labios se estiraron en una sonrisa radiante que hizo muchas cosas en el cuerpo de Amber, entre ellas calentarlo, pero esa expresión se desvaneció con la misma rapidez con la que había

aparecido, y la boca de Elena se frunció en una mueca de disculpa antes de que le hiciera un gesto con la mano y siguiera su camino.

En realidad, Elena le está dando a Amber lo que ella le pidió, distancia y respeto, y ella debería estar contenta y aliviada, pero lo que siente es un vacío enorme en cuanto pone un pie en el hospital y la ve al fondo del pasillo con ese uniforme que parece diseñado para ella, concentrada en su trabajo como si fuera lo único que le importara ahora mismo.

La echa de menos y eso la enfurece porque es una contradicción para sí misma: quiere que la enfermera esté lejos de ella y al mismo tiempo no soporta que se haya alejado, ¿dónde la deja eso? Pero es que una cosa es lo que Amber piensa —a veces— y otra lo que hace su cuerpo porque a este le resulta imposible olvidar lo que sintió cuando se acostaron, y, en ocasiones, se despierta en mitad de la noche excitada y tensa después de haber soñado con ella cosas que deberían estar prohibidas, y Amber se frustra tanto que de vez en cuando tiene que aguantarse las ganas de llorar.

—Doctora Carver, tenemos una emergencia —dice Brooke Callahan, la jefa de enfermeras, cuando entra al despacho de médicos donde Amber está terminando un informe—. Un accidente de autobús escolar. El servicio de emergencias estima entre diez y quince heridos leves, la mayoría niños de primaria con contusiones, cortes y algún esguince. Ya han salido las primeras ambulancias, por lo que no tardarán en llegar.

Amber cierra la carpeta y se pone de pie.

—He llamado a la doctora Cadwell, está de camino, pero mientras tanto…

—Vale. Prepara la zona de triaje en los boxes de la izquierda —dice mientras avanzan por el pasillo—, los cuatro primeros, y que todo el personal disponible esté en la recepción. Necesitaremos mucho material para suturas, vendas y kits de inmovilización, y avisa a radiología por si alguno tiene una fractura.

Brooke asiente y se da la vuelta. Amber ha cambiado mucho desde que llegó; lejos ha quedado aquella mujer que pedía pruebas innecesarias porque tenía miedo de pasar algo por alto. El paso de las semanas ha hecho que recupere la seguridad que tenía cuando comenzó su carrera y ahora es una mujer eficaz que demuestra tener la sangre fría para gestionar cualquier situación.

Se coloca los guantes mientras camina hacia urgencias y, cuando llega, ya hay varias enfermeras preparándose, entre ellas, Elena, que está colocando sillas en un lado del pasillo para cuando lleguen los padres histéricos y dando instrucciones a Cris, la enfermera nueva que está a su cargo y va de un lado a otro con cara de susto.

Sus miradas se cruzan un momento y se quedan enganchadas, pero vuelven en sí cuando Brooke anuncia que la primera ambulancia ha llegado con dos niños.

Amber se gira y se encuentra con dos niños de entre ocho y diez años acompañados por una profesora que tiene un corte superficial en la ceja y no deja de repetir que está bien, que se ocupen de los niños. Uno de ellos llora con fuerza y se agarra al brazo de una enfermera cuando lo sientan en la camilla, y el otro está blanco como una sábana por culpa del susto.

La segunda ambulancia trae a cuatro más, todos con heridas menores: rasguños, lo que parece un esguince de muñeca y un labio partido. En cuestión de minutos, el pasillo se llena de llantos que se superponen a las voces de los sanitarios y de los primeros padres histéricos que comienzan a llegar.

Cadwell aparece al fin y se hace cargo de organizar la recepción de familias mientras Amber y el resto de médicos atienden a los heridos.

—¿Me va a doler? —pregunta una niña a la que tiene que suturarle la frente.

—Te prometo que no, ese pinchacito que te hemos puesto ha dejado la zona sin dolor, así que no notarás nada, ¿vale? Tú cierra los ojos y agárrate a mi bata. —La niña parece convencida y asiente como si fuera mayor, después cierra los ojos y le agarra el bolsillo con tanta fuerza que Amber siente el tirón de la tela en el hombro.

—¿Me quedará marca? —pregunta la niña cuando acaba.

Amber ladea la cabeza y entorna la mirada.

—Yo diría que no, y si te queda, será muy pequeña, pero siempre podrás decir que tú eres una de las niñas valientes que iban en el autobús.

La niña sonríe y Amber va a por el siguiente paciente después de hablar con su padre, que estaba más nervioso que la hija, pero cuando pasa por delante de otro box, algo le llama la atención y la hace detenerse y retroceder. Dentro, Elena está atendiendo a un niño de unos ocho años que tiene un corte en el antebrazo. La enfermera

está de lado, detenida frente a la bandeja de sutura sin mover ni un solo músculo.

No es habitual en ella: Elena no es de las que piensan, es de las que actúan, por eso la escena hace que las alarmas de Amber se enciendan. Da un paso al interior y ve que tiene la jeringa de anestesia local cargada y la gasa lista, pero sus manos están agarradas a los bordes de la mesa y entonces Amber se da cuenta de que está paralizada.

—Elena —dice en voz baja, dando un paso hacia el box.

La enfermera parece salir de su trance de golpe y, cuando se gira, Amber ve que las manos le están temblando, y no es algo leve: es un temblor de esos que hacen imposible que coja una jeringa, y cuando mira su expresión, se de cuenta de que está pálida y que los ojos le brillan.

—Cris —llama Amber a la enfermera—, ocúpate de este paciente. Parece un corte superficial en el antebrazo, limpieza, antiséptico y vendaje compresivo. Si necesita puntos de sutura, busca a Cadwell.

La chica asiente y entra en el box y Amber se acerca a Elena, que se está sujetando una mano con la otra.

—Ven conmigo —le dice en voz baja, acercándose lo suficiente como para que solo la oiga ella.

Elena no contesta, pero se gira y la sigue mientras intenta mantener la compostura. Amber, preocupada, le pone una mano en el brazo y la guía hacia la sala de descanso más cercana, que ahora está vacía con todo el caos que hay en urgencias.

Cierra la puerta al entrar, enciende la luz y se vuelve hacia Elena, que ha pegado la espalda a la pared y ha cruzado los brazos sobre el pecho. Tiene la cabeza baja y respira cada vez más rápido, como si el aire del hospital se estuviera terminando y ella estuviera intentando llenar sus pulmones con lo poco que queda. A Amber se le encoge el corazón y, en esta ocasión, no se permite enfadarse consigo misma, sino que hace lo que tiene que hacer, acercándose y parándose muy cerca de Elena.

—Mírame —le pide, y Elena tarda unos segundos en obedecer, después abre la boca para decir algo, pero el labio también le tiembla y la cierra de golpe.

Amber le coge la mano izquierda con delicadeza y la cubre entre las suyas. Elena tiene los dedos helados y se le mueven como si tuviera corriente por dentro, así que Amber cierra un poco más la

presión, sin apretar, pero lo suficiente como para contener su mano ahí de la misma manera que cogía la de su hija cuando era pequeña y las tormentas la asustaban.

—No pasa nada —susurra, cogiéndole la otra mano también—. Estás bien, solo estás un poco sobrepasada y es normal, ha entrado mucha gente a la vez y eran muchos niños llorando, eso descoloca a cualquiera.

Elena niega con la cabeza.

—Llevo muchos años aquí, no debería…

—No importa el tiempo que lleves, Elena. —Amber le va acariciando los dedos con suavidad—. Puedes tener un día malo y no pasa nada, eso no define quién eres ni tu experiencia, ¿de acuerdo? Has hecho esto miles de veces en situaciones peores, estoy segura, pero son niños, y con ellos siempre es diferente.

Elena coge aire y trata de soltarlo de forma controlada, pero le sale entrecortado.

—Intenta respirar más despacio —pide Amber, que sigue masajeando sus manos hasta que le coge una, le estira los dedos y la pone sobre su pecho—. Sigue mi ritmo, respira como yo.

Elena la mira fijamente mientras intenta acompasar su respiración al ritmo que Amber le marca y, mientras lo hace, Amber se da cuenta de que es la primera vez que están así de cerca desde aquella noche en su casa. Cierra los ojos un momento y se permite oler el aroma cítrico del pelo de Elena y, cuando los abre, se fija en que la enfermera la observa con las pupilas dilatadas, pero no con el hambre de las veces anteriores, sino con vulnerabilidad, y Amber siente unas ganas horribles de abrazarla, pero se contiene.

El temblor se calma y las manos de Elena dejan de moverse. Amber debería soltarle la mano que todavía le tiene cogida, debería dar un paso atrás y decirle que descanse unos minutos y que después salga al pasillo, pero no lo hace porque descubre que, en algún momento, sus dedos se han entrelazado y Elena la está mirando de un modo que hace que Amber se olvide de que está enfadada.

La doctora siente que su cuerpo se mueve solo, que se inclina hacia delante sin que ella haya dado la orden, atraído por la boca de Elena como si fuera un imán que ha estado apagado durante semanas y que ahora se ha activado con tanta fuerza que le cuesta controlarse. Elena se queda muy quieta cuando comprende lo que está pasando, dejando que sea Amber la que decida porque no quiere

responder al impulso que ella también siente y estropear más la relación que tiene con ella, y cuando sus labios están a punto de rozarse, el ruido de una puerta cerrándose en el pasillo hace que Amber parpadee y dé un paso atrás, soltando la mano de Elena despacio, sin brusquedad.

—Tómate un descanso de diez minutos y vuelve cuando estés lista —dice la doctora con voz ronca.

—Vale, gracias.

Amber sale de la sala sin decir nada más, con la sensación de tener los dedos de Elena todavía entre los suyos y sin entender del todo lo que acaba de pasar.

Capítulo 21

—El alta está firmada; podrá marcharse cuando despierte.

Amber Carver está apoyada sobre la madera del módulo central en urgencias, donde los sanitarios informatizan las historias clínicas de los pacientes. Le está dando el parte a su jefa, la doctora Cadwell, porque por fin va a poder irse a casa después de ese turno tan horrible.

—Bien, me encargo —contesta Nelly mirando unas notas que le ha entregado la doctora—. Y, Amber, buen trabajo hoy. Has sabido manejar a la perfección todos los ingresos.

Amber esboza quizá la sonrisa más sincera desde que empezó a trabajar en el Mercy Ridge Medical Center. Se siente orgullosa de su labor, pero que la jefa de urgencias reconozca su desempeño después de estar tantos años fuera de un hospital es más que gratificante.

Las doctoras se despiden con cordialidad y Amber arrastra los pies hasta el vestuario. Está exhausta y la idea de llegar a su casa, darse un baño y calentar la lasaña que hizo ayer le resulta sencillamente maravillosa. Cuando empuja la puerta, por poco trastabilla y aterriza de cara al suelo. Elena Bishop está dentro, inclinada atándose las zapatillas con el torso únicamente cubierto por un sujetador de color blanco. Amber se muerde los labios para evitar a toda costa que el gemido que quiere soltar salga sin ningún reparo. Los dedos le hormiguean al recordar esa suave piel entre sus manos y lo mucho que disfrutó esa única noche que estuvo con ella.

—Hola —Elena la saluda con total naturalidad y se pone una camisa clara de manga larga.

Amber parpadea dos veces, obliga a sus pies a moverse y se acerca a su taquilla fingiendo tranquilidad.

—Hola, turno largo —lo dice como si fuera un robot y hubiera perdido la capacidad de hacer un comentario coherente.

Elena asiente, de acuerdo con ella, mientras coge su bolsa dispuesta a marcharse, pero antes de hacerlo, siente la necesidad de hablar.

—Gracias por lo de hoy. —La enfermera cambia el peso de pierna, nerviosa porque no sabe muy bien cómo tratar a Amber—. Me ayudaste a sentirme mejor y, después de tomarme ese pequeño descanso, pude centrarme en hacer mi trabajo.

Amber se gira y ambas quedan frente a frente. Se miran durante un instante directamente a los ojos y hay tanto fuego allí que no faltaría mucho para arrasar en llamas el hospital. Elena carraspea y se mueve para salir de ahí.

—Que tengas una…

—¿Es cierto lo del mensaje? —Amber no ha podido controlar la pregunta que lleva atascada en su garganta desde que la mejor amiga de Elena habló con ella. La enfermera frunce el ceño sin saber muy bien a lo que se refiere—. El que le mandaste a Ruth a la mañana siguiente de… quedarte en mi casa.

—Sí. —No titubea en su respuesta ni por un momento—. Esa apuesta fue una jodida idiotez de mi parte.

La doctora Carver se mete las manos en los bolsillos mientras se toma unos segundos para pensar. Piensa en las palabras de su exmarido y en que ella no le ha dado la oportunidad a la mujer frente a ella para que le dé una explicación. ¿Es necesario que lo haga? La verdad es que no lo sabe, pero si hubiera sido al revés, a ella le gustaría que se lo permitieran.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —quiere saber Amber—. Porque me gustaría dejar zanjado este asunto. Somos compañeras, además de vecinas, Elena, y siento que lo que ha ocurrido solo ha causado incomodidad entre nosotras. A mí, al menos, no me parece lo más acertado porque en este trabajo una de las cosas más importantes es la confianza.

—Concuerdo contigo. —Elena se echa la mochila al hombro y, aunque le jode mucho que la conversación sea para aclarar y no para darse una oportunidad, asume su error y va a encararlo—. No tengo nada que hacer ahora mismo. Si quieres, podemos ir a la cafetería que está aquí al lado.

—Me parece bien.

—Entonces te espero en la entrada —contesta la enfermera y sale del vestuario con el corazón acelerado.

• • •

—¿Café? —pregunta una mujer joven que se acerca a la mesa que las dos sanitarias acaban de ocupar. Ambas asienten.

—Yo quiero un sándwich de queso y un rollo de canela —pide Elena casi relamiéndose—. ¿Y tú, Amber?

La doctora Carver estira los labios, ¿cómo esta chica puede comer tanto? Hoy la ha visto dos veces en la cafetería y siempre ha estado masticando.

—Un dónut glaseado, por favor.

La camarera toma notas en una libreta diminuta y se marcha por donde ha venido. Entre las dos cae un silencio que no es cómodo, nada que ver con los que tenían antes de que Amber se enterara del juego tonto que habían ideado las dos enfermeras.

Elena toma aire y se llena de valor; no quiere hacer de esto un momento más desagradable.

—Siento muchísimo todo esto, de verdad que sí —comienza y Amber fija su atención en ella—. No hay excusas, eso lo sé, solo una actitud muy infantil de mi parte.

La médica no dice nada: no ha ido allí precisamente a hablar, sino a escuchar.

—Ruth y yo a veces tenemos ciertos comportamientos de los que no estoy orgullosa, pero que hasta ahora no habían hecho daño a nadie. —Pone las dos manos sobre la mesa y siente el tacto pegajoso de la madera—. Eran tonterías, ya sabes: un beso con una chica en un bar, un número de teléfono o...

—Acostarse con la nueva compañera de trabajo —acaba Amber por ella, y Elena aprieta los labios con fuerza.

—En realidad todo comenzó el día que te vi por primera vez, cuando Prudence fue a mi casa y luego fue a hablar contigo. —Amber sube las cejas y Elena levanta las manos para que la escuche—. Me gustaste desde ese mismo instante, me pareciste una mujer preciosa y, antes de que pudiera procesar algo, Ruth y yo estábamos apostando sobre conseguir una cita contigo.

—Vaya, ¿entonces acostarte conmigo qué era? ¿Una apuesta doble? —quiere saber Amber y las preguntas le salen con brusquedad sin que tenga intención de hacerlas de otra manera.

Elena mueve la cabeza de un lado a otro al mismo tiempo que siente un dolor punzante en las costillas.

—Me gustas, Amber, me gustas mucho. —Joder, esa confesión en medio de la conversación la doctora no se la esperaba—. Esa apuesta

fue una idiotez, algo que hice sin pensar, pero cuando empecé a conocerte todo cambió. Tanto que incluso había días en que me olvidaba de ella; simplemente disfrutaba de tu compañía, de verte cada día y hablar contigo. Mi segundo error fue no decirle a Ruth antes que me retiraba.

La camarera llega justo entonces con la comida y Amber agradece la interrupción porque necesita un momento para volver a centrarse. Nada de esto está ocurriendo como ella había pensado, porque en su mente ambas llegarían aquí, tomarían un café y Elena le diría por qué lo había hecho. Fin de la historia.

—Gracias. —Escucha a Elena y a la camarera contestarle algo en un murmullo antes de pasar a la siguiente mesa—. No puedo cambiar lo que hice; soy consciente de que se me fue de las manos y te hice daño. Yo resulté herida por mis propios actos y aprendí una lección muy valiosa porque perder la oportunidad con la única persona con la que había sentido afinidad después de mucho tiempo me enfurece profundamente.

Amber está turbada y por un instante no tiene ni idea de qué responder a eso. Es demasiada información a la vez y decide que se dará tiempo para analizarla en vez de decirle algo a Elena que no sea de verdad.

—Voy a respetar lo que me has pedido —continúa la enfermera, y a ella se le detiene el corazón—. Me mantendré alejada: en el hospital seré tu compañera y en el barrio, tu vecina. Nada más.

La confusión golpea la mente de Amber porque, aunque sabe que eso es lo que debería ser, algo le dice que no es eso lo que quiere oír. Todo lo que ha vivido con Elena hasta ahora ha sido enriquecedor, incluso lo malo, porque ha endurecido la parte blanda que había dejado el haber estado en una relación con su marido por muchos años, pero de nuevo se repite que no es el momento de dar una respuesta profunda, no sin pensarla antes.

—Entonces tema zanjado —contesta, y Elena baja la mirada para concentrarse en su sándwich.

Empiezan a comer en silencio; queda flotando entre ellas un aire espeso que de algún modo tiene que desaparecer. No hay manera de forzar una relación de amistad entre ellas, pero se llevan bien y con toda seguridad pueden mantener eso.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —La enfermera es la primera en romper el hielo que se había formado en unos minutos.

—Sí, pero no te aseguro que vaya a responderte. —Sonríen; la incomodidad ha empezado a disiparse.

—Si no me equivoco, me dijiste que estabas divorciada. —Amber asiente—. Entonces, ¿por qué sigues llevando el apellido de tu marido?

Amber entrecierra los ojos: ella nunca le ha dicho a Elena que Carver sea el apellido de Douglas y está muy segura de ello porque jamás ha tenido la necesidad de dar esa explicación a nadie. La enfermera parece haber entrado en su mente y no tarda en aclararlo.

—Le pregunté un día a Cristal quién era ese hombre que acababa de entrar a tu casa y ella solo me dijo que era el señor Carver. —Endereza la espalda y se inclina hacia Amber—. Tu asistenta es muy discreta: nunca me ha dicho nada más que eso por mucho que pregunté si seguíais juntos.

Esa es la sensación que siempre ha tenido ella de Cristal, una mujer discreta que no se mete en la vida de nadie ni mucho menos le gusta el chisme. De hecho, ella hace algunas horas en otras casas del barrio y jamás le ha comentado a Amber nada sobre los vecinos.

—Nos casamos jóvenes y todo lo que tengo lleva el apellido Carver. —Amber le da un mordisco a su dónut y traga antes de continuar—. Douglas y yo tenemos una gran relación: no solo nos llevamos bien por nuestros hijos, es que nos queremos muchísimo. No había ninguna razón para recuperar mi apellido de soltera y lo que conlleva cambiarlo todo.

—Tiene sentido —contesta Elena con gesto pensativo—. ¿Puedo preguntar por qué os separasteis?

Amber se termina el dónut, se limpia las manos y luego bebe un sorbo de café.

—Hacía tiempo que ya no funcionábamos como pareja. Yo no lo había visto; estaba cómoda en casa siendo una mujer de familia. —Encoge los hombros y recuerda aquella época. Realmente tenía una venda en los ojos—. Douglas y yo no fuimos un matrimonio perfecto, pero siempre nos llevamos muy bien, así que cuando los gemelos se fueron a la universidad todo siguió más o menos igual, al menos para mí.

—¿Para él no?

Amber niega varias veces.

—Douglas es un hombre atractivo y supongo que no quería quedarse atrapado con una mujer que ya no amaba por el simple

hecho de estar cómodo. El día que me preguntó si era feliz, yo le respondí que sí, pero él supo ver más allá. —Hace una pausa para tomar más café y se recuesta en su asiento—. Al principio me hundí; estaba desconcertada. Había dejado a un lado mi carrera por unos hijos que ya habían crecido y se habían marchado a otro continente, y de repente mi marido quiere dejarlo. Fueron momentos complicados.

—¿Y ahora cómo te sientes al respecto? —Elena también se ha acabado su comida, pero está a gusto con la conversación.

—Ahora sé que ha sido una buena decisión: lo nuestro había terminado y no tenía sentido seguir juntos, pero basta de hablar de mí. Espero tener yo la oportunidad de preguntarte algo a ti.

Elena sonríe y con un gesto de manos le pide que continúe.

—¿Has estado casada o tenido una relación formal?

La enfermera hace un mohín con los labios y mueve los hombros.

—Mi primer amor, aunque ese no sé si cuenta mucho; ya sabes, tenía quince años y creía que era la mujer de mi vida. —Sonríe con añoranza—. Cuando lo dejamos pensé que me moría, pero al cabo de dos meses, estaba otra vez enamorada.

Se muerde los labios al decirlo y en su rostro se dibuja una expresión adolescente.

—Estuve saliendo meses con una chica y todo apuntaba a que iba por buen camino —sigue explicando Elena—, pero ella no estaba en el mismo punto que yo. La descubrí engañándome con otra mujer.

—Detesto las infidelidades —suelta Amber con el gesto torcido—. Es lo peor que le puedes hacer a alguien.

Elena mueve la cabeza, incapaz de abrir la boca, porque, aunque ella no engañó a Amber con otra mujer, sí le mintió y le hizo daño.

—Bueno... —Amber ahoga un bostezo con la mano—. Me voy a casa; estoy muerta del cansancio.

Elena saca un par de billetes del bolsillo en ese momento y luego le hace un gesto cuando la doctora abre su bolso.

—Yo invito. Es lo mínimo que puedo hacer. —La enfermera se pone de pie—. Gracias por darme la oportunidad de explicarme, Amber.

La doctora Carver asiente y las dos mujeres salen al frío del mediodía. Cuando llegan al aparcamiento del hospital, se despiden con la mano y se suben a sus coches compartiendo una sensación de desasosiego que ninguna de las dos es capaz de explicar.

Capítulo 22

Amber lleva una hora de haberse despertado, pero sigue en la cama porque hoy tiene el día libre y no tiene nada que hacer más que descansar. Está sentada, con la espalda recostada en el cabecero mientras desliza su dedo pulgar por la pantalla de su móvil. Ha estado viendo los vídeos que han subido los gemelos; aún no han comenzado las clases después de las fiestas navideñas y parece que se están divirtiendo mucho. Le da un *like* a una foto en la que Noah y su novia Jess aparecen de pie en una calle cubierta de nieve y ambos se miran enamorados. Luego suelta una carcajada porque hay un vídeo de Chloe lanzándoles una bola de nieve a la pareja y gritando al ver que su hermano ha empezado a perseguirla. Amber está feliz de ver a sus hijos contentos; los echa mucho de menos y reconoce que todavía le cuesta trabajo asimilar que ellos harán vida fuera de los Estados Unidos, pero prefiere tenerlos lejos a verlos tristes, haciendo algo que no desean.

Decide salir de la cama y ponerse en marcha: va a aprovechar el día para lavar, cambiar las sábanas y limpiar un poco, además de recoger del jardín algunas de las decoraciones que aún están fuera entre la nieve. A Cristal, su asistenta, le ha dicho que no venga por estas fechas; el resto de casas a las que va le habían dado vacaciones y ella no sería la única que la retuviera, aunque nunca confesará que, cuando tomó la decisión, lo hizo pensando en mantenerla lejos de Elena. Sí, está avergonzada de sus acciones.

Lo primero que hace al salir del baño es llamar a Douglas: su exmarido la llamó anoche, pero ella vio la notificación demasiado tarde. Intentan mantener una comunicación continua; fue lo que decidieron al separarse y a ella le parece bien.

—Hola, Doug, ¿qué tal? —pregunta mientras baja las escaleras y camina hasta la cocina para hacerse un café.

—Listo para salir a esquiar —comenta contento. Amber sabe que está en uno de esos hoteles que incluyen en el paquete poder visitar las pistas cercanas—. ¿Y tú, cómo lo llevas?

Amber entiende que se lo pregunta por el trabajo, la ausencia de los gemelos y, por supuesto, por Elena. Douglas ha querido saber más en varias ocasiones, pero ella simplemente ha cambiado de tema; ha estado tan furiosa que no le ha apetecido hablar sobre eso.

—Bien, hoy estoy libre y voy a recoger la casa. —Se sienta en el taburete y observa a su alrededor. Todo está limpio y bastante ordenado, así que tiene un día aburrido por delante.

Hablan durante un par de minutos más, comentan sobre un pago que tienen que hacer a la universidad y quedan en verse la próxima semana para comer juntos. Cuando se despiden, Amber deja el móvil sobre la mesa y aprovecha para meter la ropa sucia en la lavadora; no tiene mucha y con un solo ciclo que haga será suficiente.

Cuando sale al jardín, agradece que solo le queden unas casitas que recoger y uno de los renos, porque, aunque no hace tanto frío como el día anterior, corre un aire que se le mete por el pijama y le congela el cuerpo. Guarda la decoración en una caseta de madera que tiene en la parte lateral del jardín, le pone el candado y se acerca a la puerta para entrar.

—¿Qué demonios? —farfulla mientras intenta girar el pomo, pero este no cede. Con toda seguridad ha sido el viento el que la ha cerrado y ella no ha cogido las llaves ni el móvil—. Mierda.

Da círculos mirando a un lado y a otro, bloqueada por no saber qué hacer. Intenta calmarse y camina hacia un lateral de la casa con los brazos cruzados sobre su pecho buscando calor. Revisa las ventanas; está muy segura de que están bien cerradas, pero igual tiene que probar. Se va a la parte de atrás, a la puerta del patio: cerrada también.

—Mierda, joder. —Da varios golpes con el pie contra el suelo, molesta por su despiste.

De repente tiene la idea de refugiarse del frío en casa de su vecina Prudence: estando allí, a salvo de morir de una hipotermia, podrá pensar mucho mejor.

Llega hasta la puerta y toca el timbre varias veces sin recibir respuesta. Intenta asomarse por la ventana, pero no ve ningún movimiento dentro y cae en la cuenta de que es posible que la mujer no haya vuelto. Ha ido a pasar las navidades a casa de su hermana en Nueva York y quizá sigue ahí.

Regresa a su propiedad: es posible que en la caseta de fuera tenga algún abrigo que echarse encima y, si no le queda de otra, tendrá que

empezar a llamar a las puertas de sus vecinos para que le den refugio.

—Amber, ¿estás bien?

La doctora Carver se gira con un movimiento demasiado violento y se encuentra con la figura de Elena Bishop quitándose los auriculares mientras la observa. Hace dos días que no la ve y supone que, al igual que ella, tiene el día libre porque va vestida con ropa deportiva y viene de correr.

—Sí, eh, bueno, me he dejado las llaves dentro de casa. —Levanta las manos y las deja caer a ambos lados. Luego se da la vuelta y empieza a rebuscar en la caseta.

—¿Hay alguien que tenga una copia? —quiere saber Elena y se frota los brazos. La ropa térmica funciona durante un rato, pero con el sudor de la carrera empieza a enfriarse.

Amber suelta un bufido, no encuentra nada con qué cubrirse y termina cerrando la puerta de la caseta con rabia.

—Mi exmarido, pero está de vacaciones, así que no, no tengo a nadie que me abra la puerta.

—Tendrás que llamar a un cerrajero entonces, ¿por qué no vienes a mi casa y llamas desde allí? Hace mucho frío aquí fuera y va a empezar a nevar otra vez. —Elena lo dice y luego mira hacia el cielo. Está encapotado y sabe que en nada los copos caerán.

Amber duda durante un momento: no quiere ser infantil ni comportarse como una enamorada rabiosa frente a la mujer que le rompió el corazón. Eso ya lo ha dejado atrás; después de la conversación que sostuvieron en la cafetería, la tensión entre ellas se ha rebajado. Han trabajado más a gusto sin el mal rollo que habían tenido.

—Sí, creo que es buena idea —acepta y Elena asiente antes de girarse para caminar hacia su casa.

Cuando entran, la calidez golpea a Amber de forma agradable. El salón está bien caldeado y hay una mezcla de olores que le encanta.

—Pasa, siéntate en el sofá —señala Elena con la mano y luego se mueve hasta un pequeño armario que hay en la entrada—. Toma, con esto volverás a entrar en calor.

Amber siente la suave manta sobre sus hombros y de inmediato su cuerpo se relaja. Ambas van hacia el sofá, la enfermera trastea su teléfono móvil y luego se lo entrega.

—Hay una lista de cerrajeros que trabajan las veinticuatro horas. ¿Te importa si voy a la ducha mientras llamas?

Amber niega con la cabeza y clava sus ojos en el aparato. La mera mención de la ducha ha hecho que se imagine a Elena completamente desnuda y el latigazo en su sexo le ha dejado la garganta seca.

Diez minutos después, la enfermera vuelve al salón vestida con un conjunto deportivo de algodón y unos calcetines de reno de color verde.

—¿Has podido hablar con alguno? —pregunta y se sienta al lado de Amber.

—Dos de ellos no contestan la llamada, uno dice que está demasiado lejos como para venir porque hay varias carreteras cortadas. He dado con otro que me dice que vendrá, pero que tengo que esperar un par de horas porque está ocupado.

Elena sube las cejas, sorprendida. Normalmente este tipo de servicios abundan, sobre todo porque cobran un dineral por venir a tu casa y abrir la cerradura en cinco segundos.

—Entonces habrá que esperar. —Elena se pone de pie; la cercanía con Amber la está poniendo nerviosa—. ¿Quieres un café?

La doctora asiente y, cuando Elena sale del salón, ella se levanta, atraída por la curiosidad. La enfermera tiene el gusto exquisito que Amber sospechaba: el uso de colores marrones, verdes claros y diferentes tonos de blanco crea una atmósfera cálida que no necesita demasiada decoración. Se acerca a las fotografías que están en una estantería y sonríe al ver a una Elena de unos ocho años rodeada de regalos y dos personas que supone que son sus padres.

—Toma. —La voz de la enfermera hace que Amber se asuste de tal manera que, con la mano derecha, golpea la taza que acaba de ofrecerle y el líquido oscuro se derrama por los lados—. Joder.

Elena deja la taza en la estantería y mueve la mano frenéticamente.

—Lo siento, lo siento. —Amber se acerca para revisarla—. ¿Te has quemado?

Elena no puede contestar porque la cercanía con la doctora la deja sin palabras, pero el tacto de sus manos en la suya le seca la garganta. Amber levanta la mirada y sus ojos se enganchan a los de la enfermera haciendo que las dos avancen al mismo tiempo y sus bocas se estrellen sin que ninguna desee evitarlo.

Elena se pega a ella y coloca las dos manos en el cuello de la otra mujer. El beso cada vez es más profundo, con embestidas largas y jadeos cortos. Amber suelta un gemido desgarrado cuando siente cómo unas manos se deslizan por sus costados hasta llegar a sus caderas. Le encantan los besos de esta chica; se estremece con su lengua inquieta, que busca más contacto. Entonces, en el instante en que Elena le muerde el labio inferior, la doctora Carver pierde el control. La empuja hacia el sofá y, cuando Elena cae sentada, Amber se pone a horcajadas sobre ella.

—Moría por volver a tocarte —susurra Elena y la besa de nuevo con ansias.

Amber es inexperta, pero sabe muy bien cómo desnudar a otra persona, así que, después de besarse durante unos minutos y con la certeza de que, si no tiene los dedos de esa mujer dentro de ella, va a explotar, la despoja de la ropa para luego quedarse ella desnuda.

—Necesito que me folles ya —pide Amber y no le importa lo rota que le ha salido la voz.

Elena invierte los papeles y es ella quien se posiciona sobre Amber. Baja la mano y nota lo caliente que está, lo húmedo de su entrepierna, así que con dos dedos empieza a tocarla despacio, tentando su entrada y buscando que se moje más.

—Me gustas mucho —dice Elena con la voz ronca al mismo tiempo que la penetra con lentitud—. Mucho, Amber.

La doctora se arquea cuando se siente llena y los ojos se le van hacia atrás en el mismo instante en que el vaivén comienza a enloquecerla. Tiene la mente en blanco y desea que ese momento se prolongue todo lo posible, porque entonces se da cuenta de lo perdida que está por esa mujer y, justo cuando el orgasmo empieza a formarse en su interior, entiende que se ha enamorado de la que hace unas semanas consideraba su enemiga.

—No dejes de mirarme. —El susurro de la enfermera, acompañado de un suave mordisco en sus labios, hace que Amber no pueda soportarlo más.

Todo empieza a darle vueltas y solo es capaz de escuchar los gritos que al parecer está liberando de su garganta. Encadena un orgasmo con otro, sorprendida, y abre mucho los ojos cuando el segundo es más potente incluso que el primero.

—Dios, joder —jadea, sintiendo cómo la electricidad la recorre de arriba abajo por cada poro de su piel.

Las dos se miran con las sonrisas dibujadas en sus rostros. Elena todavía está dentro de ella y Amber sabe que esa mañana estará bastante ocupada, porque piensa cobrarse todo el tiempo que la estupidez de la enfermera la ha mantenido alejada de esa piel a la que ya es adicta.

Capítulo 23

Amber se despierta desorientada y necesita parpadear varias veces para reconocer dónde está: el sofá de Elena. El recuerdo le viene de golpe, su boca, sus dedos, ella jadeando desesperada y varios orgasmos demoledores que la han dejado tan relajada que, en algún momento después de quedarse abrazadas, ella se ha dormido. Todavía siente flojera en las piernas y, si se concentra, incluso nota el sabor de los besos de la enfermera.

—¿Elena? —Amber se sienta, se pasa los dedos por los ojos y después por el pelo alborotado antes de levantarse—. Elena, ¿estás ahí? —pregunta mirando hacia la cocina.

La enfermera no responde y Amber piensa que quizá está en el baño. Aprovecha para recorrer el salón deleitándose con el gusto exquisito de la chica por la decoración y, cuando pasa por delante de la ventana, se detiene en seco al ver dos sombras en su casa.

La doctora se pega al cristal y descubre que junto a su puerta hay un hombre manipulando la cerradura y, detrás de él, está Elena con los brazos cruzados sobre el pecho, encogida por el frío. Desconcertada, Amber busca un reloj para comprobar la hora y da tumbos por todas partes hasta ver el del horno de la cocina. ¡Han pasado dos horas! ¿Qué le ha hecho esa mujer para que se quede dormida de esta manera? Corre al baño, se lava la cara y las manos, se adecenta el pelo como puede y sale de la casa de su vecina para cruzar hasta la suya.

—Perdona, yo... —empieza cuando llega al lado de Elena, pero la enfermera le dedica una sonrisa tan cálida que a Amber se le olvida lo que iba a decir.

—No pasa nada. Llamó hace unos minutos y me supo mal despertarte —dice señalando al cerrajero justo en el momento en el que el hombre abre la puerta.

—Ya está —anuncia él, satisfecho.

Las dos mujeres entran para protegerse del frío después de que Amber le pague al hombre y lo despidan. Cuando cierran, se quedan

mirándose y se produce un momento de incomodidad que no es como los anteriores cuando todo era tenso de verdad; este se ha producido por lo que ha pasado antes, algo que ninguna de las dos ha podido evitar y que saben que va a seguir ocurriendo porque la atracción es demasiado fuerte como para seguir negándola.

—Deberíamos hablar sobre… —Amber señala hacia la casa de Elena.

—Claro, ¿quieres que lo hablemos ahora?

—Sí, por favor, pero déjame darme una ducha antes. ¿Quieres café? En la cocina hay una jarra de esta mañana, puedes servirte lo que quieras, también hay galletas y…

—Tranquila —la corta Elena con una sonrisa—, yo me apaño, tú ve a ducharte.

• • •

Amber regresa quince minutos después. La ducha le ha sentado bien y se siente más relajada a pesar de que, cuando estaba desnuda y se frotaba con el jabón, solo podía pensar en que estaba borrando el rastro de las manos y la boca de Elena que horas antes habían recorrido su cuerpo.

Encuentra a Elena sentada a la mesa de la cocina revisando su móvil con una taza de café delante y una galleta a medio camino de la boca. Amber también se prepara uno y se sienta frente a ella.

—¿Vamos al grano para que no sea incómodo? —propone directa.

—Sí, por favor —responde Elena, que coge una bocanada de aire como si se preparara para el envite.

—Me gustas —empieza, y Elena siente que el aire se le escapa de los pulmones al oírla porque, aunque le encanta escuchar eso, no esperaba esa sinceridad de Amber—, pero tu mentira, o juego, no sé cómo llamarlo, me hace sentir muy insegura.

Elena abre la boca porque quiere dejarle claro que no debe sentirse así, que está completamente loca por ella y que hará lo necesario para demostrarle que solo fue un error estúpido que no volverá a cometer, pero se calla, porque si la interrumpe, Amber podría pensar que solo tiene prisa por llevársela a la cama otra vez.

—He estado casada casi toda mi vida adulta. Antes de Douglas había estado con algún chico, pero no había tenido nada serio; él fue

el único con el que he tenido una relación de verdad y unos hijos maravillosos. Cuando me pidió el divorcio, fue como un jarro de agua fría, como volver atrás y tener que enfrentarme a un mundo para el que no estaba preparada. Pensar en estar con otra persona se me hacía un mundo y me daba mucha pereza, y de repente apareces tú. Me costó mucho darme cuenta de que ese odio que creía sentir hacia ti era solo mi manera de camuflar la atracción que me provocabas; era más fácil estar rabiosa y justificar lo mucho que pensaba en ti alegando que solo era porque habías venido a ganar un concurso que debería haber ganado yo.

—¿Te preocupa que sea una mujer? —pregunta Elena, asustada.

—No, para nada. A ver. —Amber levanta las cejas—. No es lo que esperaba, eso seguro. Cuando pensaba en rehacer mi vida, no me imaginaba en absoluto que fuera con una mujer, no era una posibilidad ni de lejos, pero pasó así y no es algo que me preocupe. Soy una mujer adulta e independiente que puede hacer lo que quiera. A las únicas personas que les debo algún tipo de explicación es a mis hijos y, gracias a Dios, Douglas y yo les dimos una buena educación que principalmente se basaba en el respeto hacia los demás. No me preocupan ellos ni lo que pueda pensar cualquier otra persona, me preocupa lo que siento yo.

Elena asiente y toma un sorbo de café sin dejar de mirarla.

—Me costó mucho ceder a lo que sentía, Elena, y cuando al fin lo acepté y estaba dispuesta a dar un paso adelante, me enteré de lo de la apuesta. No solo me hundió la autoestima, sino que me hizo sentir insegura; me sigue haciendo sentir así. Eres más joven y muy atractiva, puedes tener a cualquier mujer en la que te fijes y...

—Pero yo solo quiero tenerte a ti —esta vez sí que la interrumpe—. Entiendo cómo te sientes y nunca me cansaré de disculparme por ello, Amber. Fui infantil y muy desconsiderada, y de verdad que estoy arrepentida.

A Amber le parece sincera y la recorre una agradable sensación de calidez, pero no puede ceder con tanta facilidad.

—Sé que la he cagado, Amber, pero dame una oportunidad de demostrarte que voy muy en serio, que me gustas de verdad y que no tengo ningún interés en ninguna mujer que no seas tú. Podemos ir muy despacio, con mucho respeto pero sin compromiso. Solo nos vemos cuando te apetezca, solo nos acostamos si te sientes cómoda, nada de presiones, avanzamos paso a paso.

Amber coge una galleta y da un bocado para tener algo que hacer.

—Yo nunca he tenido una relación tan estable o larga como la que has tenido tú, no porque no haya querido; es simplemente que no se ha dado. Cuando una chica me gustaba de verdad, no era correspondida, y cuando una se interesaba mucho por mí, era yo la que no estaba convencida. Solo hubo una con la que fui en serio.

La doctora la mira con atención.

—Empezó como una tontería, es decir, sexo esporádico al principio, algún café o alguna quedada, pero poco a poco se fue volviendo más serio casi sin que lo notara, y me gustaba; me di cuenta de que de verdad me estaba enamorando de ella. Un día nos sentamos y lo hablamos, y como el sentimiento era mutuo, decidimos intentarlo.

—¿Y qué pasó? —pregunta Amber cuando Elena hace una pausa que se alarga demasiado para su gusto.

—Al principio fue muy bien —dice asintiendo—. Yo estaba cada vez más cómoda en la relación y empezaba a plantearme proponerle vivir juntas. Ya llevábamos unos ocho meses desde que nos habíamos conocido y me sentía lista para intentarlo, pero poco después me enteré de que me estaba engañando, que llevaba unas semanas viéndose con otra mujer.

—Lo lamento —murmura Amber sin apartar la vista de ella.

—Fue un golpe duro, y por eso te digo que entiendo cómo te he hecho sentir con esa maldita apuesta, porque yo perdí toda la confianza en las mujeres en aquel momento; ya sé que generalizar no está bien, pero yo lo vivía así: pensaba que si la única que me había hecho sentir lo suficientemente segura como para dar un paso importante me había traicionado así, ¿qué no podrían hacer las demás? Entonces decidí que no quería nada serio con nadie, que saldría, me lo pasaría bien y después volvería sola a mi casa, donde ninguna mujer pudiera joderme. Lo de apostar solo surgió como un juego entre Ruth y yo: una de las dos se fijaba en una chica y apostábamos cosas tontas como si conseguiría el número, si la mandaría a paseo y estupideces de ese tipo. Nunca se iban a enterar y no le hacíamos daño a nadie con eso, pero entonces te conocí a ti y lo que empezó como un reto se volvió en mi contra y me dio un buen bofetón de realidad, Amber.

La doctora baja la mirada hacia sus manos y se muerde los labios. Cree a Elena y quiere intentarlo, desea olvidar lo que pasó y

centrarse en lo que las dos sienten, pero la inseguridad sigue ahí.

—Me he acostado con muchas mujeres, Amber —sigue la enfermera—, y me lo he pasado bien, eso no puedo negarlo, pero con ninguna he sentido lo que siento contigo. La primera vez que nos acostamos fue cuando realmente entendí que para mí no eras un maldito reto ni una mujer más a la que conquistar y añadir a mi lista de victorias; eras alguien a quien quería y quiero volver una y otra vez, alguien que hace que todo lo que siento se intensifique de tal manera que a veces me cuesta respirar. No me había pasado nunca, ni siquiera con aquella chica. Cuando abrí los ojos aquella mañana y te vi a mi lado, pensé que era la persona más afortunada del mundo porque tú estabas ahí; lo que vino después fue un jarro de agua helada.

Amber asiente; en eso está de acuerdo porque ella también lo sintió cuando se enteró de la apuesta.

—He respetado tu espacio, me he mantenido alejada de ti cuando me lo has pedido y lo seguiré haciendo si es lo que quieres y necesitas, pero, Amber…

—Vale —la corta la doctora.

—¿Vale?

—Acepto tu propuesta de antes. Empezamos de cero, a conocernos, a que me demuestres que de verdad te intereso.

Elena sabe que no debe cantar victoria tan rápido, pero no puede evitar que los labios se le curven.

—Borra esa sonrisa —exige Amber, pero Elena solo puede ampliarla y al final ella también sonríe.

—Te prometo que no te arrepentirás. —Elena extiende la mano por encima de la mesa buscando la de Amber.

Entrelazan los dedos y la doctora se queda mirándola unos segundos. No sabe si está cometiendo un error y si simplemente es una locura, pero no puede controlar lo que siente por Elena Bishop y negárselo es como arrancarse algo de dentro que la dejará vacía. Se arriesgará, se lanzará a la aventura y si al final no sale como espera, al menos no podrá reprocharse a sí misma no haberlo intentado.

—Más te vale. Ahora vete, tengo cosas que hacer —espeta muy digna.

Elena se levanta con una carcajada y se inclina sobre ella para besarle la mejilla.

—A la orden —susurra contra su oreja con un tono tan sensual que Amber siente cómo se le eriza el vello de la nuca—. ¿Me dejas que te invite a cenar esta noche? O mañana, cuando tú quieras.

Amber se hace la interesante cuando la mira.

—Te lo confirmo más tarde, tengo que consultar mi agenda.

Elena le da un beso corto en los labios y se marcha sin poder borrar una sonrisa tonta de su cara.

Capítulo 24

—¡Feliz cumpleaños, ma...! —La voz al unísono de Noah y Chloe se corta en seco y Amber se incorpora de golpe en la cama, asustada y desorientada, mientras Elena se encoge a su lado sin entender del todo el motivo por el que hay dos personas en la puerta de la habitación que las miran con los ojos muy abiertos.

Han pasado tres meses desde la conversación que tuvieron en la cocina y todos y cada uno de esos días, Elena se ha esforzado en demostrarle a Amber que no habían sido palabras vacías todo lo que le dijo, que fue completamente sincera e iba muy en serio.

Aquella noche, Amber acabó aceptando la invitación para cenar y Elena la llevó a uno de sus restaurantes favoritos, platos sencillos pero deliciosos, de los que obligan a comer con las manos.

—Podría llevarte a un sitio más caro y elegante —murmuró con las manos llenas de grasa mientras se comía una alita de pollo—, pero quiero que me conozcas por cómo soy y me gusta venir a estos sitios de vez en cuando.

Amber estaba masticando con deleite y al terminar, se limpió las manos y la boca y la miró con una sonrisa.

—Debo confesar que a mí también me gustan. Douglas y yo solíamos llevar a los niños a sitios así una vez al mes, ya sabes, soy madre responsable de su alimentación y no quería que comieran porquerías, pero esto y unas hamburguesas eran algo casi sagrado para nosotros —explicó encantada.

Después de aquella cena vinieron muchas otras. Citas programadas con anterioridad o que surgían de forma espontánea al salir del hospital. En este tiempo, han asistido dos veces al teatro —un placer olvidado de Amber—, han visitado el museo de ciencia, han ido al cine cuatro veces y Amber la ha llevado a *Chapter & Bean* para presentársela a su amiga oficialmente como su novia.

Vivian aplaudió la noticia, abrazó a Amber hasta hacerle daño y después hizo lo mismo con Elena, solo que a ella le susurró una

amenaza vedada para dejarle claro lo que le podía pasar si volvía a traicionar la confianza de Amber.

Anoche salieron a cenar por la víspera del cumpleaños de Amber porque la doctora dijo que prefería pasar el día en su casa, así que, en esta ocasión, Elena sí que reservó mesa en un restaurante elegante de la ciudad del que la doctora Cadwell le había hablado. La recogió en la puerta —aunque eso no contara mucho como detalle— y casi se cayó de culo cuando Amber salió con un vestido de manga larga que marcaba cada línea de su cuerpo, incluyendo un generoso pero discreto escote que llevó a la enfermera a imaginar distintas formas de quitárselo después. Le besó la mano antes de abrirle la puerta del coche y Amber soltó una risotada nerviosa porque ni siquiera Douglas había hecho algo así cuando empezaron a salir.

La cena fue perfecta e incluyó un trozo de tarta con velas que trajo el camarero. Amber se sonrojó al soplar, y todavía más cuando el resto de las mesas aplaudió, y después se quedó boquiabierta cuando Elena dio su regalo: dos billetes de avión para pasar un fin de semana en Seattle porque Amber había nombrado la ciudad varias veces como un lugar al que siempre había querido ir.

—No es mucho tiempo, pero quiero que podamos ir pronto y tú todavía no tienes muchos días de vacaciones acumulados, así que he pensado que para abrir boca puede estar bien —dijo Elena, nerviosa porque no tenía claro haber acertado.

Había estado rebanándose los sesos con el regalo desde prácticamente el principio, pero le parecía que era demasiado pronto para darle alguna joya, y la ropa le resultaba algo muy personal, así que se decantó por esa escapada.

—Es perfecto, Elena, de verdad. Tengo muchas ganas de ir —aseguró Amber, dándole un apretón en la mano sobre la mesa.

Elena se estremeció de arriba abajo, no solo por el contacto, sino porque, desde el primer momento, Amber se había mostrado muy abierta y jamás había tratado de esconder la relación que tenían.

Cuando terminaron, volvieron a casa de Amber y remataron una noche perfecta en la cama, donde Elena le quitó por fin ese vestido y se entregó con tanta dedicación a complacerla que, cuando acabaron, Amber tuvo claro que al día siguiente tendría agujetas en varias partes de su cuerpo. Se quedaron profundamente dormidas, abrazadas y desnudas, y ahora están ahí sentadas, cubiertas con el

edredón mientras los gemelos contienen la risa desde la puerta de la habitación.

A Amber le cuesta varios segundos darse cuenta de que no está soñando, de que sus hijos están ahí, de que han volado desde Londres sin decírselo para darle una sorpresa. Los ojos se le humedecen y se lleva la mano a la boca, olvidando por un momento que Elena está a su lado y que sus hijos no tienen ni idea de que sale con ella, y cuando repara en ello, se le desorbita la mirada.

—Dios mío —dice mirando a un lado y a otro.

Chloe no puede más y explota en una carcajada a la que enseguida se une su hermano.

—Quizá es mejor que te esperemos abajo, mamá —dice Chloe con las mejillas rojas de la risa—. Hola, por cierto —añade saludando a Elena, que tiene los labios curvados y se está empezando a relajar.

—Hola, un placer —dice divertida, levantando una mano.

—Fuera de aquí —exige Amber a sus hijos—. Necesito cinco minutos para vestirme, mejor diez y me doy una ducha rápida.

Sus hijos cierran la puerta y Amber se deja caer sobre el colchón, tapándose la cara con las manos.

—Dios, qué bochorno.

Elena no puede parar de reírse.

—No era así como tenía pensado que se enterasen.

—Mira el lado bueno, ya no se lo tienes que decir. —La enfermera se encoge de hombros y se levanta—. Venga, ve tú primera a la ducha para que puedas abrazar a tus hijos.

Quince minutos después, Amber está lista y baja a toda velocidad las escaleras para llegar al salón y ver las dos maletas junto a la puerta y a sus hijos en el sofá. Se abraza a ellos llorando y los besa tantas veces que les deja la cara roja.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Cuándo…? —Amber está tan emocionada que se le traban las palabras.

—Cogimos el vuelo ayer por la mañana, papá nos recogió en el aeropuerto y hemos pasado la noche en su casa. Nos ha dejado aquí hace un rato y hemos entrado con su llave, eso sí, sin hacer ruido —explica Noah con una sonrisa maliciosa—, nos hemos descalzado para que no nos escucharas al subir y el resto ya lo sabes.

Amber decide que matará a Douglas, que lo estrangulará con sus propias manos porque él sí que está al tanto de su relación con Elena y sabía perfectamente que podían estar juntas, pero tampoco se lo

puede reprochar porque de haberle dicho algo, habría fastidiado la sorpresa de sus hijos, y Amber está encantada con este regalo inesperado.

—Hola. —Elena acaba de bajar y se queda al pie de la escalera, sin saber muy bien qué hacer.

—Ven —dice Amber, haciendo un gesto con la mano—, quiero presentarte a mis hijos como es debido.

Todos se ponen de pie mientras Elena se acerca.

—Chloe y Noah —los señala Amber—, y ella es Elena, mi… —Amber frunce el ceño porque nunca han definido lo que tienen y ahora no sabe cómo presentarla—. Salimos juntas —las mejillas se le ponen rojas y la lengua parece habérsele hinchado—, como pareja y todo eso…

—Nos ha quedado claro, mamá —dice Chloe, abrazando a Elena—. Bienvenida a la familia Carver.

Noah también la abraza y todos se sientan en el sofá menos Elena.

—Me encantaría quedarme, pero creo que te has de poner al día con ellos. No te agobies, disfruta de su compañía y…

—Ven a comer después —dice Amber, y Elena se queda quieta—. No sé cuánto tiempo van a estar, pero no creo que sea mucho.

—Tres días, mamá, tenemos que volver para no saltarnos tantas clases —confirma Noah.

—Pues eso. Vivian querrá verlos, así que la voy a llamar y comemos todos juntos aquí. Haré pollo al horno; avisad al traidor de vuestro padre para que venga también —dice Amber.

—¿Segura que quieres que venga? —pregunta Elena cuando la acompaña a la puerta.

—Muy segura, quiero estar con todas las personas a las que quiero; mañana ya estaré sola con ellos.

Elena no puede borrar su enorme sonrisa.

—¿Me quieres?

Amber suelta un resoplido.

—Vete.

La doctora cierra la puerta y regresa al sofá, se sienta en medio de los gemelos, les coge una mano a cada uno y sonríe, concluyendo que nunca ha sido tan feliz.

—Así que una mujer —empieza Chloe—. ¿Cuándo te has vuelto tan moderna, mamá?

Ambos se ríen y ella se encoge de hombros.

—Supongo que siempre lo he sido.

—¿Por qué no nos habías hablado de ella? —quiere saber Noah.

—Porque Elena se ha convertido en alguien que gusta más de lo que esperaba, y no quería hablaros de ella por teléfono. Y reconozco que también me daba un poco de miedo; sois las personas más importantes de mi vida y me aterraba que no estuvierais de acuerdo.

—A nosotros nos da igual con quién te acuestes, mamá —Chloe le cubre la mano entre las suyas—, si tú eres feliz, nosotros también.

—Gracias, cariño. Bueno, contadme, ¿cómo va todo? ¿Dónde está Jess? La podrías haber traído —le dice a Noah.

—No corras tanto, mamá. —Se ríe él, y Amber escucha encantada todo lo que le cuentan sus hijos.

• • •

—Dios, está tan bueno que creo que voy a llorar —dice Elena, moviendo la cabeza con placer mientras mastica el primer trozo de pollo.

—No puedo estar más de acuerdo —añade Douglas, que come complacido junto a su cerveza favorita.

Amber se ha pasado dos horas en la cocina después de que todos le confirmaran que venían a comer, y mientras Noah —al que le gusta cocinar— la ayudaba, Chloe ha salido a hacer la compra con una lista que Amber le ha recitado, en la que se incluían las cervezas de su padre, el vino preferido de Elena y la tarta de zanahoria que siempre hace llorar a Vivian.

Aunque al principio estaba nerviosa y no sabía si era buena idea incluir a Elena en una comida familiar de ese calibre, Amber no se arrepiente en absoluto. Sus hijos están encantados con ella y Douglas parece haber congeniado muy bien con la enfermera porque no ha dejado de contarle anécdotas sobre el estrés de Amber meses antes de que se acerquen las Navidades.

—Prepárate, a partir de octubre comienza a volverse una desquiciada y se pasa las horas muertas frente al ordenador, buscando ideas para la siguiente decoración.

—Es horrible —añade Chloe—, de pequeños nos arrastraba a mi hermano y a mí por todas las tiendas de la ciudad a la caza de adornos que pudieran sorprender a todos los vecinos.

—¿De qué te quejas, farsante? —Vivian le lanza una servilleta a su ahijada—. Si os encantaba. Siempre volvíais con algún regalo que le sacabais a cambio de portaros bien.

Los dos se ríen y Amber cruza las manos bajo la barbilla mientras alterna la mirada entre unos y otros, con los ojos brillantes y el corazón demasiado blando.

—¿Estás bien? —le susurra Elena, inclinándose hacia ella.

—Sí, estupendamente, soy muy feliz ahora mismo —confiesa mirándola.

—No me extraña; tienes una familia maravillosa, Amber, y me siento una privilegiada porque me has permitido estar aquí.

Epílogo

Amber Carver, con las manos puestas en la cintura y con mirada afilada, observa con detenimiento la nueva decoración que ha sumado este año a su casa por Navidad. Es una especie de caja que se abre cuando, a través de un mando a distancia, se le da la orden y, por la parte superior, un Papá Noel sonriente, con bolsa de regalos incluida a su espalda, emerge acompañado de música apropiada. Ha tenido que conducir cuatro horas para ir a reservarlo porque en la tienda no aceptaban este tipo de pedidos por teléfono y tres semanas después rehizo el recorrido para ir a buscarlo si quería tenerlo a tiempo. Los envíos en esas fechas son impredecibles y ella no quería dejar al azar lo que estaba segura de que la llevaría a la victoria.

—Está perfecto, mamá —dice Chloe y se lleva la taza de té a los labios. Los años que vivió en Londres hicieron que se decantara por esa bebida y dejara a un lado el café.

—¿No parece inclinado a la izquierda? —quiere saber Amber mientras da varios pasos atrás con la cabeza ladeada.

Chloe se toma unos segundos fingiendo que observa con atención antes de contestar. Es imposible que esté inclinado, además de que han usado una de esas herramientas láser para asegurarse de ello.

—Perfecto —repite la chica y Amber asiente satisfecha—. Por cierto, Noah me ha confirmado que su vuelo llega a las diez de la mañana, no a las doce, como pensábamos.

La doctora Carver expande una sonrisa que hace que le duela la piel de la cara casi congelada por el frío. Su hija Chloe volvió de Inglaterra hace un año, justo al acabar la carrera. Le gustaba todo aquello, pero no se sentía todo lo cómoda como para tomar la decisión de echar raíces en Londres. Así que regresó a casa con un proyecto entre manos y muchas ganas de comerse el mundo. Las primeras semanas fueron estupendas, pero después la chica empezó a echar de menos su independencia: cuatro años viviendo lejos de sus padres la habían empujado a crear rutinas con las que se

encontraba muy a gusto, así que cuando llevaba un mes Ashby Hollow se puso a buscar un sitio al que mudarse.

—La casa es inmensa, Chloe. Podemos vivir las dos sin problema —dijo Amber una noche cuando las dos cenaban en casa de Elena—. No tiene sentido que te mudes.

Chloe soltó un suspiro porque su madre parecía querer recuperar todo ese tiempo que ella había pasado fuera de los Estados Unidos. No iba a ser fácil hacerla entrar en razón.

—No es eso, mamá. A mí también me apetece tener mi propio sitio. —Tomó un trago de su cerveza y la apretó con fuerza cuando la mirada de Amber se entristeció—. Estoy encantada de vivir contigo, pero necesito volver a la independencia.

La doctora Carver asintió como si le estuvieran dando una noticia terrible y devastadora. La mano de Elena se apresuró a tocarle el brazo y dejarle una caricia suave.

—Tiene razón, cariño —dijo la enfermera—. ¿O es que acaso no has disfrutado de tener una casa sola para ti durante mucho tiempo?

Amber no tenía dudas de que había sido así. Al principio, cuando se separó de Douglas, obviamente no, pero después comenzó a darse cuenta de lo bien que se sentía poder salir desnuda de su habitación, no fregar los platos en el momento exacto en que acababa de comer o simplemente estar horas en el sofá sin hacer nada y no tener remordimientos. Luego, cuando empezó a salir con Elena, todo mejoró exponencialmente: poder tener intimidad en cualquier sitio, que su chica paseara por la cocina con poca ropa… todo ventajas.

—De hecho… —la enfermera habló, pero hizo una pausa antes de continuar como si estuviera buscando de dónde impulsarse—. Pasamos muchísimo tiempo aquí en mi casa, duermes tres noches a la semana en mi cama y normalmente los demás días estoy yo en la tuya.

Amber arrugó las cejas sin comprender.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que prácticamente vivimos juntas, cariño, y, si te parece bien, Chloe puede venir a vivir aquí, que es un poco más pequeña, y yo mudarme a la tuya.

El silencio cayó en la mesa mientras las tres se observaban moviendo los ojos entre ellas. Lo cierto es que Amber pasaba mucho

tiempo en la casa de Elena porque se había aficionado a dormir desnuda al lado de su chica, además de tener esa clase de intimidad que nada tiene que ver con el sexo, pero que solo se disfruta con la pareja en soledad. Con Chloe viviendo en casa, nada de eso era posible.

—A mí me parece bien —dijo Amber con un balbuceo nervioso. Era un gran paso y, aunque tenía ganas, también estaba aterrada.

—Si no estás preparada para eso, mamá, no pasa nada. —Chloe se dio cuenta del estado de Amber—. Puedo buscar cualquier otro sitio.

Amber negó con la cabeza al mismo tiempo que sonrió. En solo unos segundos, se dio cuenta de que Elena era, después de sus hijos, la persona a la que más quería en el mundo y de que despertar con ella cada día era maravilloso.

—Estoy preparada —confirmó Amber—. Además, estarás justo al frente. Podré seguir viéndote y tú tendrás tu espacio.

—Prometo mantenerla alejada y que no venga a visitarte cada día —intervino Elena y levantó la mano como si estuviera haciendo un juramento.

Las tres mujeres soltaron una risa liberadora y minutos después estaban envueltas en una conversación sobre mudanzas y nuevos comienzos.

—Iremos a buscarlo con tu padre; quiere enseñarle su coche nuevo. —Amber se agacha y arregla el musgo que ha colocado sobre un par de casitas que decoran el lateral del jardín.

—Pero si apenas caben dos personas en él —se queja Chloe. Su padre está atravesando una crisis por la edad y se ha comprado un descapotable ridículamente pequeño.

Amber encoge los hombros y se incorpora.

—Iremos en los dos coches. No para de hablar de lo mismo una y otra vez; es mejor que se lo enseñe de una vez y así nos deja en paz.

—Es un coche estupendo. —Elena aparece con dos tazas de café humeante, le da un beso a Amber en los labios y le entrega una—. Espero que en unos años pueda comprarme uno.

Las mujeres Carver ponen los ojos en blanco al mismo tiempo. Ya tenían suficiente con una crisis de edad; no quieren una más.

—¿Qué estabas haciendo? —Amber cambia el tema y entrecierra la mirada cuando su chica ladea una sonrisa.

—No te lo puedo decir. Ya conoces las reglas.

La doctora suelta un suspiro de pura frustración: no saber qué trama Elena lleva poniéndola de los nervios todo el mes de diciembre. La enfermera se ha embarcado en un proyecto en solitario para el concurso navideño de este año. Amber, al principio, ofreció resistencia: acumula dos años consecutivos perdiendo —sí, Elena ha ganado— y este, en el que ambas viven juntas, quiere asegurarse de llevarse el primer lugar. La vivienda de los Aston continúa siendo una especie de casa del horror navideña, con tantos adornos que es imposible poner un pie en el jardín. Este año han agregado una pantalla inmensa en el tejado, haciendo que parezca un cine. Es horrible, así que está segura de que esta vez por fin volverá a tener el premio en la estantería, pero teme que a Elena se le vaya la mano.

—No quiero perder. —Amber la señala con un dedo; Chloe mira a Elena y le guiña el ojo—. Y tú, traidora. Se supone que eres mi hija.

—Solo he ayudado un poco porque soy quien más te conoce y Elena quería asegurarse de que te gustaría la sorpresa.

Amber no puede mantener el mohín en sus labios porque su novia siempre encuentra la manera de hacerla aún más feliz. Durante estos dos años que han estado juntas, Elena le ha demostrado que aquel juego estúpido, en el que Amber se vio afectada, no fue más que un error que no volvería a cometer, y desde entonces le ha mostrado lo mucho que se arrepiente, pero también que, gracias a esa apuesta, tuvo una oportunidad con ella que desde luego ha sabido utilizar.

—Bueno, me voy a trabajar. —Elena vuelve a besar a Amber, aunque esta vez recibe una sonrisa de la doctora—. En unas horas estoy de vuelta.

—No dejes que Callahan te arruine la mañana —dice Amber y Elena tuerce el gesto.

—El embarazo la tiene de muy mal humor. —Niega varias veces—. Pobre Ruth.

Aquella primera cita entre Ruth Abernathy y la jefa de enfermeras Broke Callahan fue el inicio de una relación intensa y muy apasionada. Resulta que ambas llevaban meses coladas la una por la otra, así que el noviazgo avanzó con rapidez. Hoy, dos años después, están casadas y esperan al primer bebé juntas. Aunque a Broke los cambios de humor la han convertido en una bruja, la pareja está feliz con la dulce espera.

• • •

El mismo hombre de cada año, ese de barba poblada y gesto serio, hace el recorrido que ya conocen todos los participantes. Se mueve junto a sus dos acompañantes por una de las casas que han quedado entre las tres finalistas.

—El año que viene podríamos decorar tu casa, Elena. —A Chloe le brillan los ojos de entusiasmo—. A ver si a mamá vuelve a sentir verdadera competencia.

Amber observa la vivienda frente a ella con gesto aburrido. Es bonita la decoración, pero, a su juicio, carente de gracia. Apenas tiene luces y los elementos que se han utilizado hacen que el público pierda interés.

—¿Algo más que mostrar? —pregunta el juez como siempre y no puede ocultar la sorpresa cuando la familia niega con la cabeza.

—No debería haberse presentado siquiera —susurra Amber a sus acompañantes en modo competidora—. Ni siquiera sé por qué han quedado entre los finalistas.

Pasan a la casa de los Aston y, joder, ¡qué gusto más horrible! Como espectáculo final, unos duendecillos aparecen en la pantalla y se proyecta un video navideño de la familia y el barrio. Los participantes aplauden e incluso la misma Amber sonríe, aunque no le gusta la decoración, el detalle ha estado muy bonito.

—Última casa —anuncia el juez y se detiene frente a la de Amber.

Las dos mujeres se acercan a cada decoración, toman notas e incluso fotos. Tardan unos cinco minutos en observarlo todo hasta que se hace la pregunta final:

—¿Tenéis algo más?

Elena asiente y Amber nota el cosquilleo nervioso en su pecho. No sabe de qué se trata porque ese es el proyecto final en el que ha trabajado su novia con tanto ahínco desde hace semanas. La enfermera echa una mirada rápida antes de presionar el interruptor y entonces Chloe sonríe mientras levanta su móvil. El tejado se ilumina y una estructura metálica se va llenando de color. Son unas letras, pero hasta que no están completas, Amber no puede entender qué dicen.

—Amber —la llama Elena, que se ha posicionado delante de ella, obligándola a mirarla. La doctora solo puede escuchar los sonidos de «oh» de los vecinos—. Eres la mujer más increíble que he conocido en mi vida, eres una madre maravillosa, una médica fantástica y no puedo estar más feliz de estar a tu lado.

Elena rebusca en el bolsillo de su abrigo y se arrodilla ante una muy atónita doctora Carver.

—¿Me harías el honor de casarte conmigo? Te prometo que ganaremos todos los concursos decorativos de Navidad a los que nos presentemos por el resto de nuestras vidas.

La carcajada cargada de lágrimas de Amber contagia a los presentes, que no se pierden ni un instante de la pedida, y ella, emocionada, lo único que puede hacer es mover la cabeza.

—¿Eso es un sí? —quiere asegurarse Elena.

—Sí —confirma Amber con la voz rota.

Elena se incorpora, le pone el anillo en el dedo y la abraza con fuerza. Detrás, unos fuegos artificiales iluminan el cielo oscuro y los vítores se escuchan de inmediato.

—¿Compraste fuegos artificiales sin saber cuál sería mi respuesta? —Amber lo pregunta con una sonrisa en los labios.

—Soy una presumida. —Elena tiene los ojos húmedos y vuelve a besarla.

—Enhorabuena —escuchan, y es Chloe quien se acerca a ellas con el móvil en alto. Es una videollamada en la que Douglas, Noah y su novia, Vivian, Ruth y Broke aplauden contentos—. Enhorabuena —vuelve a oírse con las voces entremezcladas.

—Bueno… —El juez interrumpe el momento. Ha dejado un espacio para ellas, pero es tiempo de continuar—. Como siempre, habéis hecho un buen trabajo todos, pero lamentablemente tengo que descalificaos. —Amber abre tanto los ojos que le duele la cara—. Este tipo de actuaciones van en contra de las normas del concurso, por lo que me gustaría anunciar a los ganadores.

Amber advierte que la familia Aston se abraza contenta al recibir el primer premio y lo levanta llena de alegría. Entonces, por primera vez desde que participa, se da cuenta de que realmente está feliz: le da igual haber perdido porque sin duda alguna ha ganado el premio más grande.

—Te quiero. —Amber pone las manos en la cintura de Elena—. Y estoy deseando convertirme en tu mujer.

—Nunca más enemigas en Navidad. —Sonríe la enfermera.

Amber le besa los labios mientras suspira.

—Nunca más.